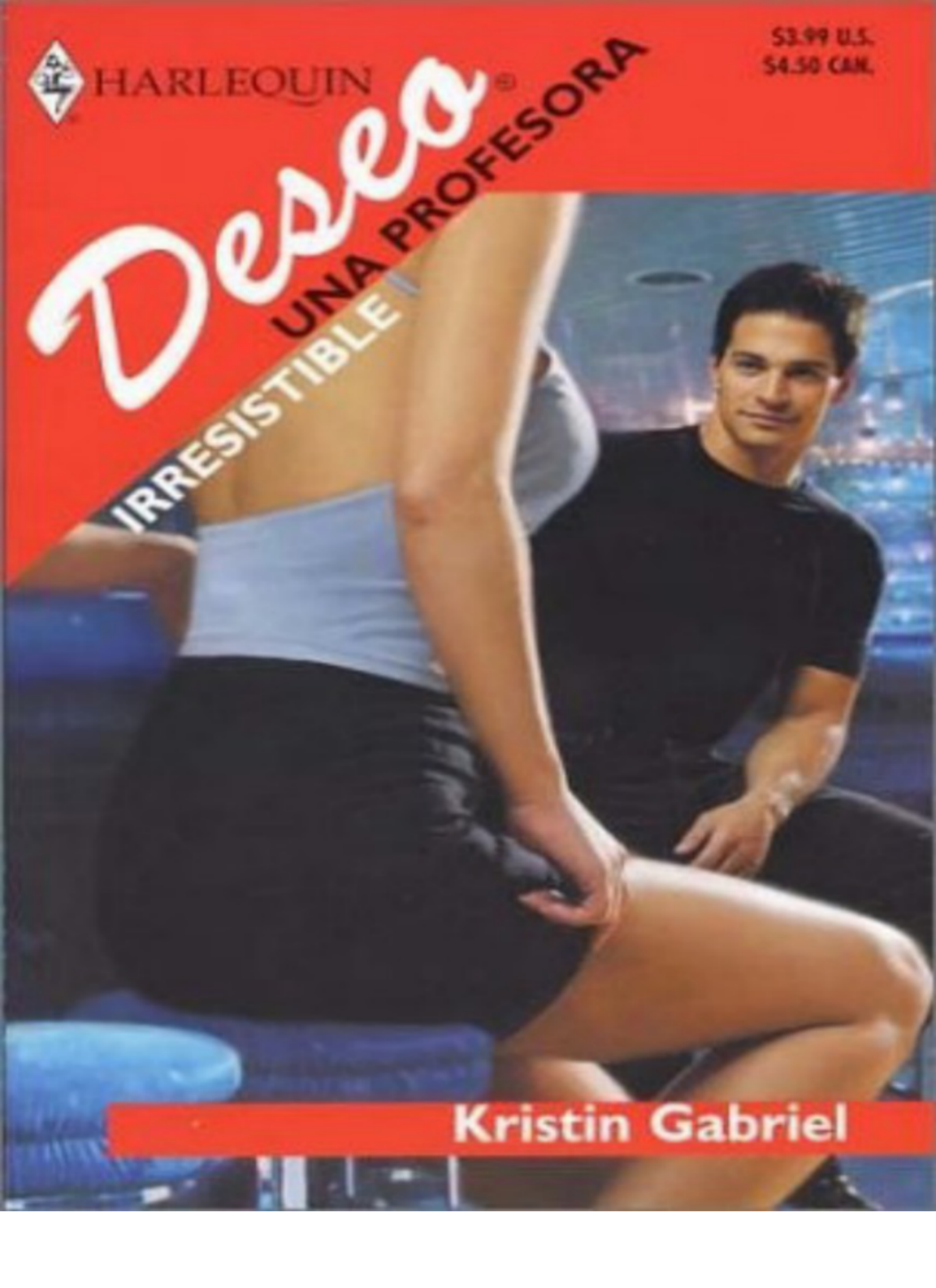

HARLEQUIN
$3.99 U.S.
$4.50 CAN.
Deseo
UNA PROFESORA
IRRESISTIBLE
Kristin Gabriel

Una profesora irresistible

Kristin Gabriel

05 Serie Multiautor La falda mágica

Una profesora irresistible (2003)
Título Original: Sheerly irresistible
Serie: 05 Serie Multiautor La falda mágica
Editorial: Harlequín ibérica
Sello / Colección: Deseo 1194
Género: Contemporánea.
Protagonistas: Mitch Malone y Claire Dellafield

Argumento:

¡La falda era la solución!

Claire Dellafield tenía una misión: tenía que visitar los bares de solteros de Nueva York para recabar información para su tesis sobre los procesos de cortejo de los humanos. Poco sospechaba que la falda que le había dejado su compañera de piso le iba a proporcionar más sujetos de estudio de los que jamás habría soñado. Tampoco imaginaba que acabaría enamorándose del duro Mitch Malone, un policía de incógnito que no había podido resistir la tentación de llevársela a la cama, aunque quizás acabara llevándola también a la cárcel…

Capítulo Uno

—Eso es —dijo el fotógrafo mientras la enfocaba con la cámara —. Arquea la espalda, así… Ahora haz un mohín. Piensa en algo triste.

Desgraciadamente, Claire Dellafield solo podía pensar en lo ridículo que resultaba que una antropóloga se tendiera sobre un contenedor en un callejón de Nueva York. Aquello no era desde luego lo que había imaginado que haría en su primer día en la ciudad más emocionante del mundo.

Se bajó del contenedor de basura y se despegó del cuerpo el escote empapado en sudor.

—Mire, pensé que íbamos a sacar unas cuantas fotos delante del club. Una foto que la universidad pueda publicar cuando se edite mi proyecto de investigación. Esto —señaló a su alrededor—, no tiene sentido.

El fotógrafo bajó la cámara.

—Soy Evan Wang. Y no recibo órdenes de nadie. Usted es la modelo, yo el artista. Confíe en mí.

—Yo no soy ninguna modelo —le aclaró, solo para asegurarse de que Evan tenía claro su cometido—. Soy catedrática de Antropología.

—Sí, eso es un problema —musitó Evan, estudiándola desde un ángulo distinto—. Pero por eso la gente dice que hago milagros.

Claire ahogó un suspiro, deseando haber hecho caso de su instinto y haber rechazado aquel proyecto de investigación. Pero ese era un lujo que una antropóloga novata como ella no podía permitirse. Sobre todo cuando las becas de investigación eran tan escasas. De modo que de mala gana había accedido cuando Penleigh College se había acercado a ella para que revisara un estudio llamado *Extraños en la noche* que veinticinco años atrás había hecho famoso a su padre y a su colega. Sin duda habría gente que seguiría acusándola de ir montada en el carro de su padre. Y a veces Claire se preguntaba si tendrían razón.

Claire se levanto la espesa melena castaña del cuello, esperando refrescarse un poco. En Penleigh, Indiana, la pequeña ciudad que había sido su hogar, jamás había hecho tanto calor. Había compartido una casa con su padre en el campus de la universidad hasta hacía nueve meses, cuando él había fallecido después de librar una dura batalla contra una grave enfermedad del riñón. Después de su muerte, Claire había ocupado el puesto de su padre haciéndose cargo de sus clases, y en el presente estaba repitiendo su proyecto de investigación.

El recuerdo de su padre le atenazó la garganta. Marcus Dellafield había estado en aquel mismo lugar hacía veinticinco años. Aunque en aquella ocasión no había habido ninguna foto sexy que ilustrara su estudio sobre los hábitos de apareamiento en el ser humano que había llevado a cabo en La Jungla, uno de los bares de solteros más conocidos de Nueva York.

Pero el padre de Claire había hecho más que aquel proyecto de investigación todos esos años atrás. Había adoptado a la pequeña Claire, se la había llevado a Penleigh y la había educado él solo. Eso había sido lo que había captado el interés de los medios de comunicación: la historia de un solitario profesor que le había dado a una niña nacida fuera del matrimonio una vida de cuento.

Y así había sido. El padre de Claire se la había llevado en todos sus viajes de investigación, mostrándole mientras tanto lo que era el mundo y la vida. Había estado en lugares como Borneo y Tasmania, comido con los maoríes de Nueva Zelanda, o navegado por el Amazonas.

Y ella había disfrutado de cada momento, al igual que su padre. Durante los últimos meses de su enfermedad, a menudo le había dicho que no se arrepentía de nada. Marcus Dellafield no había dejado nada pendiente, y había disfrutado de su vida.

Claire planeaba hacer lo mismo. Solo que la vida no siempre cooperaba con ella. A lo mejor una vez completado aquel proyecto de investigación, podría empezar a hacer realidad sus sueños, a elegir por sí misma.

—Tengo una idea —dijo por fin Evan—. Vamos a aprovecharnos de tu inocencia natural. Apostaremos por el aire Mary Richards.

—¿Mary Richards? —repitió Claire algo confusa.

—Ya sabes —dijo Evan mientras metía la mano en su enorme cartera amarilla—. Del viejo Show de Mary Tyler Moore. Una chica soltera en la ciudad, lista para revolucionar al mundo con su sonrisa.

—Sé quién es —contestó Claire.

—Aquí está —dijo Evan mientras sacaba una boina color frambuesa de la cartera, que seguidamente le pasó a Claire—. Póntela.

—¿Qué tal? —preguntó después de ponérsela.

—¡Perfecta! —Evan le ajustó un poco la boina y retrocedió un paso—. Ahora ábrete un poco la blusa.

Se miró la blusa de algodón amarillo, entonces se encogió de hombros y se la desabrochó, quedándose tan solo con la camiseta blanca y los shorts color caqui.

—Mucho mejor —afirmó Evan mientras se pegaba la cámara al ojo—. Ahora apóyate sobre la puerta. Imagínate que es un hombre,

y hazle el amor.

Claire se puso de pie mientras miraba con el ceño fruncido la vieja puerta mosquitera llena de óxido.

—No recuerdo que Mary le hiciera el amor a ninguna puerta.

Evan suspiró con fastidio.

—De momento es lo único que tenemos. Colabora conmigo.

De pronto la puerta mosquitera se abrió y Claire se dio un golpe en la espinilla.

—¡Ay!

—Disculpe —murmuró un hombre que salía de espaldas por la puerta.

Era alto, moreno y llevaba el pecho descubierto.

Se volvió hacia ella, con una caja de cerveza vacía en las manos. Pero fue aquel torso amplio y desnudo lo que hizo que a Claire se le hiciera la boca agua, además de un cabello negro y brillante, una barba de dos días y un par de ojos de un azul intenso y luminoso. Tragó saliva para no babear.

El hombre levantó el tono de voz, lleno de impaciencia.

—Disculpe.

Ella se apartó del umbral para dejarlo pasar y él dejó la caja de cerveza junto al contenedor, entonces desapareció de nuevo por la puerta del club.

—Oiga, señor —le gritó Evan, acercándose a la puerta—. ¿Podría ayudarnos? —le preguntó cuando el hombre volvió a salir con otra caja de cerveza.

—¿Qué es lo que necesitan?

—Me llamo Evan y esta es Mary —dijo, señalando a Claire.

—Claire —le corrigió ella.

—Lo que sea —contestó Evan haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. ¿Y usted se llama?

El hombre vaciló unos momentos mientras los miraba a los dos.

—Mitch. Mitch Malone.

—Bueno, Mitch, estoy intentando terminar una sesión de fotos y Mary, quiero decir Claire, tiene problemas para hacerle el amor a la puerta. Se me ha ocurrido que si tuviera un apoyo humano tal vez funcionaría mejor.

Mitch ni siquiera pestañeó ante la extraña propuesta.

—Lo siento, pero tengo que sacar veinte cajas más.

—Perfecto. Es justo lo que necesitamos.

Evan se adelantó y colocó a Claire delante del hombre.

—Te parece atractivo, ¿verdad?

Ella se aclaró la voz al notar que Mitch la miraba. Tenía los ojos más azules que había visto en su vida.

—Yo, esto… quiero decir… Es muy agradable.

—Mitch es más que agradable —le dijo Evan mientras volvía colocarse tras la cámara—. Es todo lo que siempre has deseado en un hombre. Ahora demuéstrame lo mucho que lo deseas. Intenta seducirlo con un estupendo lenguaje corporal mientras él entra y sale del edificio.

Claire se volvió hacia Evan. Se estaba poniendo colorada.

—¿Es todo esto necesario?

Evan levantó ambas manos.

—Nada de preguntas, ¿recuerdas? Aquí el artista soy yo.

—Voy a volver al trabajo —dijo Mitch depositando la caja junto al contenedor.

—Sí, continúe —Evan empezó a tirar una rápida sucesión de fotografías mientras Mitch entraba de nuevo en el edificio—. De acuerdo, ahora espera a que salga, Claire… Ahí está… Ahora, recuérdalo, queremos que sea algo sensual. Picante.

Claire se quitó de en medio mientras Mitch dejaba otra caja en el suelo, cada vez se sentía más ridícula. Y para colmo de males él parecía totalmente ajeno a su persona. Claire intentó ponerse sensual, hacer un mohín. Incluso intentó abrirle la puerta y colocarse en una postura sexy, pero solo consiguió sacar la puerta mosquitera del marco.

—Continúa. Ya vamos mejor —le dijo Evan sin dejar de tomarle fotos mientras ella estaba allí con las manos en jarras y Mitch pasaba una vez más a su lado.

Lo peor de todo fue que Claire no parecía poder apartar la vista de él. Claro que aquel hombre estaba medio desnudo. Una fina película de sudor cubría su musculoso torso de piel bronceada.

Había visto hombres medio desnudos otras veces en sus viajes, pero los movimientos de ese hombre resultaban tremendamente cautivadores. Mitch era sin duda un producto de su entorno. Sólido. Primitivo. Natural.

De algún modo su presencia pareció aumentar la temperatura ambiente.

—No está mal —dijo Evan por fin mientras colocaba otro rollo en la cámara—. Ahora probemos algunas poses estilo Mary. Buscamos un *look* despreocupado. Prueba a lanzar la boina al aire.

Claire se apartó de la puerta de atrás de La Jungla, más que lista para terminar la sesión.

—¿Así? —lanzó la boina al aire, entrecerrando los ojos para protegerlos del brillante sol del mes de junio.

—Bien —dijo Evan mientras la cámara runruneaba—. Ahora, vuelve a hacerlo. Pero esta vez quiero que la atrapes.

Claire atrapó la boina y en ese momento oyó que la puerta mosquitera chirriaba de nuevo. Con el rabillo del ojo vio que Mitch

dejaba en el suelo otra caja de cerveza. Empeñada en demostrarle la misma indiferencia que él a ella, lanzó la boina con fuerza en el aire. Solo que la lanzó un poco desviada y tuvo que retroceder para que la boina no cayera al suelo. Pisó una lata aplastada, perdió el equilibrio y cayó sobre algo duro y caliente.

Mitch.

El le echó las manos a las caderas para evitar que se cayera.

—¿Estás bien?

Claire tomó aire, bien consciente de que unos dedos largos le rodeaban la cintura y de que tenía la espalda apoyada en el pecho desnudo de aquel hombre.

—Estoy bien.

Él la soltó y recogió la boina.

—Aquí la tienes, Mary.

—Claire —suspiró.

—Como sea.

Capítulo Dos

Una hora más tarde, Claire se dijo que debía dejar de pensar en la sesión fotográfica y en Mitch Malone. Bajó del taxi en Central Park West temblando de emoción, después esperó a que el taxista le sacara los bultos del maletero. El Willoughby, un edificio de apartamentos con el borde de la fachada de estilo Art Decó, se alzaba ante ella.

Su madrina, Petra Gerard, vivía allí, y Claire estaba deseando volver a verla. Pero primero tenía que pasar delante del joven que estaba sentado en una hamaca en el vestíbulo de paredes de cristal del edificio. Llevaba un bañador tipo short de lunares azules y blancos, gafas de sol de espejo y la nariz cubierta de óxido de zinc color verdoso.

Mientras arrastraba su maleta a través de la pesada puerta de cristal, él ni siquiera levantó la vista. Solo estaba allí, canturreando la música que salía por los altavoces y con los pies metidos en una piscina para niños.

Ella se detuvo para recuperar el aliento mientras los Beach Boys cantaban *Californian Girls*.

—Si no me das la contraseña —dijo el hombre—, me veré obligado a detenerte con la llave mortal veneciana.

—¿Y usted es? —dijo mientras se fijaba en su torso desnudo y sin vello.

Entonces vio el tatuaje que tenía en su bíceps derecho, parecía un pequeño schnauzer.

—Me llamo Franco Rossi. Aspirante a actor, cinturón negro y portero temporal —se colocó las gafas en la cabeza y siguió con la mirada la de Claire—. Es Toto. El tatuaje, no la contraseña. Soy un gran fan de *El Mago de Oz*.

—Ah —contestó ella, preguntándose si no estaría mal de la cabeza.

Él sonrió.

—Ya no estás en Kansas, chica.

—Soy de Indiana.

—Lo mismo da.

Claire dejó sus maletas sobre el pulido suelo de mármol.

—He venido a ver a Petra Gerard. Me está esperando.

—Ah, Petra —Franco sonrió—. Es una de mis inquilinas favoritas. Aunque algo distraída.

Eso era un decir. Petra siempre le echaba la culpa a la

inspiración de su total falta de atención por el detalle. La madrina de Claire, que había sido profesora de arte en Penleigh, había sido una de las mejores amigas de Marcus Dellafield y con frecuencia los había visitado. Llena de vida y algo excéntrica, Petra tenía más energía que muchas mujeres con la mitad de años que ella. Se había jubilado de la enseñanza a los sesenta y mudado a Manhattan, embarcándose en una muy lucrativa carrera de escultura.

—Haría el favor de decirle que estoy aquí. Me llamo Claire Dellafield.

—Me encantaría, Claire —ronroneó Franco—, si puede pagarme el billete de avión a Las Bermudas. Petra se marchó hará una semana y no sé cuándo va a volver.

A Claire se le cayó el alma a los pies.

—¿Las Bermudas?

—Ha ido a participar en la categoría senior del concurso Miss Universo. Conociendo a Petra, probablemente volverá con el título.

Claire sacudió la cabeza.

—Petra no puede estar en las Bermudas. Se suponía que debía presentarme a un tal señor McLaine. Me va a alquilar su apartamento durante el verano.

El suspiró.

—A ti y todas las demás. Ya hay un grupo ahí esperando la subasta.

—¿Subasta?

—Petra debería haberte dado los detalles, pero probablemente creyó a Tavish cuando este prometió no volver a hacerlo —Franco se inclinó hacia delante y bajó la voz, aunque estaban solos en el vestíbulo—. Tavish McLaine subasta su apartamento todos los veranos. El año pasado se pelearon por él una bailarina rubia y un clon de Madonna. La bailarina incluso ofreció un incentivo extra, ya me entiende. A Tavish le encantan las rubias, de modo que se divirtió muchísimo.

Claire se apoyó contra la puerta de cristal, vagamente consciente de que su ropa aún olía un poco al contenedor donde se había apoyado. Con Petra fuera del país, no tenía ningún sitio dónde ir y desde luego tampoco dinero suficiente para pasar el verano en la habitación de un hotel de Nueva York. Se preguntó si acampar en Central Park no sería más peligroso que montar una tienda en la sabana africana.

Franco hizo un gesto con la mano para que se retirara.

—Me estás tapando el sol. Estoy intentando ponerme moreno.

Entonces gimió al ver que otra mujer entraba en el edificio con paso resuelto.

—Vaya, aquí viene otra. ¿Cómo se supone que voy a relajarme si

no para de entrar y salir gente de aquí todo el día?

Claire miró a la mujer, que entraba en ese momento en el vestíbulo. Era bonita. Y rubia. Precisamente el tipo de McLaine… , a no ser que Claire llegara primero hasta él. Se volvió de nuevo hacia Franco.

—Necesito ver a Tavish McLaine. Inmediatamente.

—Contraseña.

—¿Podría darme una pista?

—Estoy esperando —dijo Franco con impaciencia.

—Toto —aventuró la rubia mientras le miraba el brazo.

—Casi, pero no —entonces empezó a entonar la primera estrofa de *Somewhere Over de Rainbow* antes de recuperar la compostura—. ¿Estáis aquí por el apartamento?

—Sí —contestaron al unísono.

—Este es el día de suerte de McLaine —declaró Franco—. El día con el que sueña los trescientos sesenta y cuatro restantes del año. Estará rodeado de mujeres.

—Nos gustaría unirnos a las demás —dijo la rubia.

Franco se acercó a ellas y susurró:

—Podríais intentar darme el nombre del actor que hacía de león cobarde.

Claire y la rubia se miraron, y seguidamente ambas soltaron:

—Bert Lahr.

—Excelente —contestó Franco con una sonrisa.

—¿Entonces Bert Lahr es la contraseña? —preguntó la rubia.

—No. Pero me gusta que las dos conozcáis bien la película *El Mago de Oz*, de modo que podéis pasar.

Claire se volvió hacia Franco mientras la rubia apretaba el botón del ascensor.

—¿Qué te parece si me das un consejo para ganarme a McLaine?

Franco se encogió de hombros.

—Como he dicho, le gustan las rubias. Pero tal vez puedas enseñarle un poco el escote, menear un poco las caderas y ver lo que pasa.

Claire se miró la camiseta. A Mitch Malone no parecía haberle impresionado demasiado su escote. Claro que en realidad la opinión de un extraño le importaba muy poco. Un bravucón espabilado que sin duda trataba a las mujeres como juguetes. Sin duda no era su tipo.

Un timbrazo anunció la llegada del ascensor y sacó a Claire de su ensoñación. Agarró sus maletas y avanzó para meterlas en el ascensor, afortunadamente, la rubia la ayudó a meter la maleta más grande.

—Gracias —dijo Claire cuando se cerraron las puertas—. Me

llamo Claire Dellafield.

—Yo A. J. Potter —contestó la rubia mientras la estudiaba con la mirada—. Me figuro que somos competidoras.

Ella suspiró.

—No tengo suficiente dinero para competir.

—¿Quieres aunar fuerzas y que apostemos juntas?

¿Y vivir con una extraña?

—No lo sé. Yo…

—Chica lista. Alguien te aconsejó antes de venir a la grande y peligrosa ciudad —A. J. metió la mano en su bolso—. Me acabo de enterar que la apuesta va a ser muy reñida, y tengo la intención de ganar. Piénsatelo.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta sexta y Claire arrastró sus maletas hasta un atestado pasillo. Había otros apartamentos en esa planta, pero resultaba obvio cuál pertenecía a McLaine. Docenas de personas se agolpaban alrededor de la puerta abierta.

—Creo que va a costar algo más que enseñar el escote —se dijo Claire entre dientes.

Claire y A. J. se metieron como pudieron en el apartamento justo a tiempo de ver empezar la subasta. Había rubias de todos los tamaños y modelos. Claire se sentó en su maleta y se preguntó cómo competir con tantas.

—Esto es ridículo —murmuró A. J., y seguidamente sacó su teléfono móvil.

Claire levantó la vista y vio a una mujer alta y morena que iba hacia ellas. Al menos no era la única por allí que no era rubia.

La morena miró a A. J. y después se volvió hacia Claire.

—Qué pasada, ¿verdad?

—No es exactamente lo que yo esperaba —señaló sus maletas—. Tenía pensado mudarme hoy mismo. Ahora no sé qué voy a hacer.

La morena se pasó el paquete que llevaba en un brazo al otro.

—Hoy es tu día de suerte. Trabajo en un hotel, así que te prometo que esta noche no dormirás en la calle. Y puedes darte un estupendo baño de espuma, si quieres.

Córcholis. Tal vez Claire no fuera la única que había notado el olor a basura que impregnaba su ropa. Pero aún no estaba dispuesta a aceptar caridad.

—No puedo…

—Oh, eso ya lo he entendido —dijo la morena en voz baja—. Sería una de esas habitaciones que no se alquilan. No te van a cobrar nada.

Aquella mujer estaba echando por tierra la reputación que tenían de indiferentes los habitantes de Nueva York.

—¿Y por qué ibas a hacer eso? Ni siquiera me conoces.

—Porque puedo. Porque ser solidaria con las demás mujeres fue algo que me inculcó mi madre. Y, oye, me gusta esa maravillosa sensación que noto por dentro cuando hago el bien a una mujer.

A. J. se echó a reír.

—A mí también, pero no me pasa cuando ofrezco a alguien una habitación de hotel gratis.

La morena le sonrió.

—Samantha Baldwin.

—A. J. Potter —las dos mujeres se dieron la mano—. Al decirle eso parecía una *madam* recogiendo a una pobre chicuela en una casa de mala reputación. Creo que la has asustado.

—No me ha asustado —protestó Claire—. Solo estoy fascinada por un comportamiento tan anormal. Anormal para un neoyorquino, al menos.

Pensó en el comportamiento de Mitch de esa tarde y una sensación de calor le trepó por el cuello. Aquel tipo no le había hecho ni caso. Nadie le había dicho jamás que fuera una belleza, pero tampoco habían salido corriendo los hombres al verla. Era de peso y estatura media, más alta que A. J. pero más baja que Samantha. Le habría gustado adornar con mechas su larga melena castaña, pero tras hacerse cargo de las clases de su padre no había tenido tiempo para nada. Su grandes ojos color topacio, un tono poco habitual, eran su mejor atributo, y muchas veces se preguntaba si los habría heredado de la madre que la había entregado en adopción. Se miró el anillo de esmeraldas que llevaba en la mano izquierda, y el vibrante color le recordó a los ojos de su padre. Él le había regalado el anillo cuando había cumplido dieciséis años. Ese verano habían realizado un viaje de investigación a Sudamérica y ella se había enamoriscado de uno de los alumnos de su padre que hacía el último curso, pero el hombre apenas se había fijado en ella.

Cosa que parecía seguir ocurriendo con los demás hombres.

De pronto se preguntó qué tendría ella que los hombres la ignoraban. No había salido con demasiados en Penleigh, pero había supuesto que se había debido a que la mayoría de los que vivían en el campus sabían de la enfermedad de su padre y no habían querido importunarla.

¿Pero y si hubiera otra razón? Claire se dijo enseguida que eso era una tontería y que no era el momento adecuado para obsesionarse con su vida amorosa, o la falta de ella. Necesitaba centrarse en aquel proyecto e intentar encontrar el modo de dar un giro nuevo y refrescante al asunto de las relaciones amorosas. *Extraños en la noche* había sido uno de los primeros proyectos

dedicados a estudiar el efecto de la revolución sexual en los jóvenes solteros. A este le habían seguido muchos estudios que Claire no imaginaba que hubieran añadido nada nuevo a aquel tema. Y eso mismo le había intentado comunicar a la junta de dirección de Penleigh, pero sin éxito.

Lo cual le ponía más difícil la tarea de encontrar un sido en el mundo de la antropología, aunque no fuera una tarea imposible. Pero antes que nada debía encontrar un lugar donde hospedarse.

Tal vez debería aceptar la oferta de Samantha y después mudarse a casa de Petra cuando volviera de Las Bermudas. Desgraciadamente, Claire no tenía idea de cuándo podría ser eso. Conociéndola podría ser a la semana siguiente, o a año siguiente.

—¿Cómo te llamas?

Claire pestañeó y vio que las mujeres la miraban. Había perdido totalmente el hilo de la conversación.

—Claire Dellafield. ¿Por qué?

—Vamos a formar un grupo para alquilar juntas. ¿Quieres unirte a nosotras?

Claire se puso de pie, sintiendo que su suerte estaba a punto de cambiar.

—¿Queréis decir que compartiríamos el piso?

—Parece que las funciones cerebrales están intactas —comentó A. J.—. ¿Fumas?

Claire sacudió la cabeza.

—Pero puedo aprender.

Samantha se echó a reír.

—Parece que le va la diversión.

Claire las miró a las dos, dándose cuenta de que sería la primera vez en su vida que viviría con mujeres de su edad. A pesar de lo mucho que había querido a su padre, a veces no había podido evitar sentir que le había planeado demasiado la vida. En ese momento entraba en terreno desconocido, y le pareció aterrador y emocionante al mismo tiempo.

—¿Con cuánto puedes contribuir al alquiler?

Claire hizo un rápido cálculo mental.

—Con ochocientos.

—En total serían cuatro mil seiscientos —suspiró A. J.—. No creo que el alquiler llegue a tanto.

La puerta se abrió y las presentes se dieron la vuelta al unísono para ver entrar a dos hombres.

—A por ello —dijo A. J. entre dientes.

Claire notó que varias rubias se ajustaban la blusa al tiempo que Tavish avanzaba hacia el centro de la habitación. A Claire le recordó a un chamán que había visto una vez en Sudamérica.

Ambos tenían aquel aire de machito, como si pensaran que controlaban el mundo.

—Ponte delante de mí —le dijo Samantha, que de pronto se llevó las manos a la cintura y se bajó la cremallera de la falda.

Claire observó con incredulidad cómo Samantha se quitaba la falda.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que tengo algo que tal vez convenza al señor McLaine para que nos dé lo que queremos.

—¿El qué? —preguntó A. J.—. ¿Una pistola?

—Mejor aún —contestó Samantha mientras deshacía el paquete que tenía en la mano y sacaba una prenda negra—. Una falda mágica.

Claire y A. J. se miraron con escepticismo.

—¿Has dicho una falda «mágica»?

—Sé que parece una locura —Samantha la sacudió un poco—. Pero atrae a los hombres. Aparentemente la falda se originó en el Caribe, donde hay una especie de raíz fibrosa de la que las mujeres sacan un hilo. Esta falda lleva ese hilo. Los hombres harán cualquier cosa por la mujer que la lleve puesta.

—Estás de broma —dijo A. J., que miró a Claire para ver lo que pensaba.

Samantha se puso la falda.

—Mira, yo tampoco me lo creo, pero no perderemos nada por intentarlo —le pasó la americana a Claire y se alisó la falda que se había puesto.

Claire tenía que reconocer que era bonita, y la tela tenía un brillo especial, pero desde luego no parecía mágica.

—Síganme, señoritas —dijo Samantha y entonces se dirigió hacia Tavish.

A. J. miró a Claire y se encogió de hombros.

—¿Qué daño puede hacer?

—Cierto —contestó Claire mientras caminaban detrás de Sam—. Y si no funciona, siempre podemos pasar al plan B.

—¿Cuál es el plan B? —preguntó A. J..

—Colgamos a Tavish boca abajo de la ventana hasta que acceda a alquilarnos el apartamento.

A. J. sonrió.

Pero, sorprendentemente, la falda funcionó. Claire observó con incredulidad cómo Tavish se quedaba boquiabierto al ver a Samantha. El hombre se quedó mirando la falda sin pestañear, parecía como si estuviera drogado.

A los pocos minutos A. J. le estaba entregando un cheque por valor de dos mil dólares.

Tavish sonrió.

—¿Así que queréis pagar todo el alquiler por adelantado? —se metió el cheque en el bolsillo del chaleco—. El perfecto inquilino. ¿No te parece, Roger?

—Yo diría lo mismo.

No había duda. Tavish les estaba dando su apartamento para todo el verano y por solo dos mil dólares. Claire miró la falda que llevaba Samantha y su escepticismo desapareció.

Mientras A. J. y Sam terminaban de cerrar el trato con el acompañante de Tavish, Claire ayudó a las decepcionadas candidatas a abandonar el apartamento antes de que Tavish tuviera la oportunidad de cambiar de opinión. Después volvió junto a sus nuevas compañeras de piso, Tavish y el otro justo a tiempo de oír el final de la conversación.

—*Cleo* es el caniche —dijo el otro—. Vive en el sexto B. Tendréis que sacarla a pasear. Es parte del trato que tiene Tavish con esa vecina.

—No hay problema —dijo rápidamente A. J. mientras echaba una firma debajo de la de Sam.

—¡No puedo creer que lo hayas hecho! —exclamó A. J. a Sam cuando los hombres se marcharon.

—Ha sido esa falda —murmuró Claire entre dientes, embobada por lo que acababa de ver.

Hizo una anotación mental de buscar información sobre la falda en Internet esa misma noche. Entonces se le ocurrió otra cosa. ¿Y si escribía su siguiente proyecto de investigación sobre afrodisíacos y su efecto en las culturas del mundo? Sería un estudio que podría llamar propio.

Pero ninguna universidad le daría una beca si fallaba en su proyecto actual. El establecer una buena relación de comunicación con los posibles sujetos de su investigación en La Jungla sería crucial para tener éxito.

Si tan solo Samantha le prestara la falda…

A Claire se le puso la carne de gallina al pensar en las posibilidades. Si pudiera provocar al menos la mitad de la reacción que acababa de ver en Tavish, el encontrar voluntarios para participar en su proyecto sería coser y cantar. Y al mismo tiempo aprovecharía la oportunidad para estudiar la eficacia de la falda. Especialmente en un hombre como Mitch Malone, que tan claramente la había ignorado.

Tal vez pudiera embaucar al mundo con su sonrisa, después de todo.

Capítulo Tres

Al día siguiente, Mitch estaba a la puerta del hospital de St. Luke, preguntándose si debería haber hecho caso a su abuela y haberse hecho sacerdote en lugar de policía. Ella siempre se había preocupado de los peligros que entrañaba su profesión, pero Mitch jamás había sufrido más que unos cuantos moretones estando de servicio.

Solo deseaba poder decir lo mismo de su compañera, Elaine O'Brien.

Mitch se había dado a sí mismo una excusa tras otra para evitar ir a ver a Elaine desde que la habían trasladado allí en ambulancia hacía ya una semana. Había llamado casi a diario, pero no podía soportar el ver a su compañera confinada a una cama de hospital. Sobre todo porque había sido culpa suya.

Una y otra vez Mitch había revivido con el pensamiento los acontecimientos de aquella terrible mañana. Habían quedado con un informador anónimo que les había prometido darles una pista esencial para la resolución del caso Vandalay. Dick Vandalay, dueño del club La Jungla, era sospechoso de tráfico de sustancias ilegales. Específicamente Viagra de contrabando y distintas partes de animales de importación, como los cuernos de rinoceronte, supuestamente afrodisíacos.

La Jungla había ido renqueando para mantener el negocio en esa época en la que los bares para solteros perdían protagonismo a causa de los anuncios en la prensa e Internet.

De lo que la policía carecía era de pruebas contundentes. Sabían que la mercancía salía del club, solo que no sabían cómo entraba. Vandalay no tenía ningún antecedente policial, pero seguía siendo el principal sospechoso. Solo necesitaban dar con la pista adecuada para poder trincarlo.

El informador había prometido hacer precisamente eso, aquella mañana del primero de junio. Pero Mitch había llegado tarde por culpa de una mujer que había conocido la noche anterior. Se pasó la mano por la cara, incapaz de creer que ella hubiera desconectado la alarma sin despertarlo.

Al ver que Mitch no llegaba, Elaine había decidido ir sola al lugar donde habían quedado con el soplón. Solo que este debió de asustarse por algo, porque cuando Mitch llegó al edifico abandonado donde habían quedado, había encontrado a Elaine al pie de unas escaleras, con contusiones diversas y una cadera

destrozada.

En esos momentos estaba en aquel hospital recuperándose de una grave lesión de cadera que tal vez la alejara de la brigada de estupefacientes y la condenara a una mesa de oficina para el resto de su carrera profesional. Pero Elaine aún no sabía eso, y Mitch desde luego no pensaba contárselo. Ella amaba el trabajo de investigación demasiado como para renunciar a ello. Debía de ser por eso por lo que había montado casi un puesto de mando desde su cama, llamándolo para darle toda la información de fondo que había recopilado y cualquier pista posible acerca del caso.

Tal vez hubiera intuido que sería el último.

Mitch aspiró hondo, dándose cuenta de que llevaba mucho tiempo actuando cobardemente. Entonces cruzó las puertas automáticas de cristal del hospital y entró en una tienda de regalos. No quería subir a ver a su compañera con las manos vacías.

—¿Qué desea?

Mitch levantó la cabeza y vio a una señora menuda de cabellos plateados.

—Estoy buscando un regalo para una colega.

—Bueno, tenemos por ejemplo unas joyas en plata muy bonitas —señaló una estantería—. ¿Qué le parece una pulsera?

Su última novia había detestado unos pendientes que le había regalado de esos que brillaban en la oscuridad. Mitch se fijó en una caja que había al fondo del estante de arriba y supo que había dado con el regalo perfecto.

—Quiero eso —le dijo, señalando la caja.

La dependienta se puso de puntillas y arrugó el entrecejo.

—¿Está seguro?

Mitch sonrió mientras se imaginaba la cara que pondría Elaine.

—Totalmente.

Diez minutos después Mitch estaba a la puerta de la habitación de su compañera, con el regalo en la mano y una sensación de náusea en el estómago. Detestaba el olor de los hospitales, pero debía dejar de pensar en sí mismo y empezar a pensar en los demás. Levantó la mano y llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante.

Los ojos verdes de Elaine se iluminaron cuando lo vio entrar por la puerta.

—¡Hola, desconocido!

—Tienes buen aspecto —dijo, y entonces le pasó el regalo con timidez—. Te he traído una cosa.

—Por favor que sean unas cervezas —imploró mientras aceptaba el regalo.

—No sabía que aquí se pudiera beber.

Ella sonrió.

—¿Y desde cuándo sigues las reglas, Malone?

—De acuerdo, en mi próxima visita te traeré unas cervezas.

Después de abrir la caja, Elaine se quedó mirando un momento el envoltorio de plástico.

—¡Un balón de playa!

—Inflable. Se me ocurrió que así podrías hacer un poco de ejercicio aquí.

Ella sonrió.

—Vaya, Mitch, no sé qué decir.

—¿Quieres que te la infle?

—Claro —dijo y le lanzó el paquete.

Mitch sacó la pelota del envoltorio de plástico y empezó a inflarla.

—¿Y qué hay de nuevo sobre el caso?

Mitch levantó la cabeza.

—Estoy trabajando en secreto de portero en La Jungla.

Ella abrió los ojos como platos.

—Creí que el capitán rechazó esa idea cuando se la propusimos hace tres semanas.

—Eso fue antes de que te hirieran.

Ella asintió, entendiendo las intensas emociones que afloraban cuando un agente resultaba herido estando de servicio. El capitán tenía el compromiso de resolver aquel caso, costara lo que costara.

Y también Mitch. Incluso había jurado que pasaría temporalmente de las mujeres, su penitencia por dejar que una cara bonita lo distrajera. Aunque su resolución había sido sin duda puesta a prueba el día anterior con aquel bombón que había visto en el callejón de La Jungla. Parecía que aún la estaba viendo con aquel top tan ceñido y empapado en sudor que poco dejaba a la imaginación. Pero había pasado el test y estaba empeñado en dedicar más atención a su trabajo que a sus hormonas, al menos hasta que cerraran el caso.

—¿Mitch?

Mitch pestañeó y vio que Elaine lo miraba.

—Lo siento.

—¿Cómo se llama?

Mitch continuó inflando la pelota.

—¿Quién?

—El plato del día en el menú de Malone.

—No estoy con nadie —dijo y cerró el pequeño tapón del balón.

—¿Cómo es eso posible? —se burló ella—. Las mujeres han caído postradas ante ti desde que diste tus primeros pasos de bebé. Yo estoy casada con un hombre maravilloso, de modo que soy

inmune a ello, pero he visto el efecto que causas entre la población femenina.

—Pensé que estábamos hablando del caso Vandalay —dijo lanzándole la pelota.

Ella la atrapó con las dos manos.

—Un caso en el que de momento no hemos avanzado. Pero tal vez eso cambie, ahora que estás trabajando en La Jungla.

Mitch asintió.

—Lo único que necesitamos es identificar al proveedor de Vandalay. Entonces podremos trincar a ese tipo y desmantelar la operación.

Parecía fácil, pero Mitch sabía demasiado bien lo compleja que podía ser una red de narcotráfico. Como se había criado en las calles de Nueva York, había conocido a su primer camello a los seis años y había sido reclutado de mensajero un año después. Sus padres eran dos de los mejores clientes del camello. Cuando los arrestaron, él se había ido a vivir con su abuela materna. Una solución que se había convertido en algo permanente cuando sus padres habían huido estando en libertad bajo fianza.

Jamás habían vuelto por él.

Mitch asumió que estaban muertos y no dudaba de que él también habría acabado igual si su abuela no hubiera intervenido para enderezarlo.

—Seguiré trabajando en ello desde aquí —le prometió Elaine, sacándolo de su ensimismamiento—. O eso o me volveré loca en este sitio. Estoy deseando volver al trabajo.

Mitch no fue capaz de mirarla. Sobre todo sabiendo como sabía que tal vez su carrera no volvería a ser la misma. Ese pensamiento lo afianzó en su empeño de llevar a Vandalay ante los tribunales. Tenía que hacer algo para librarse del sentimiento de culpabilidad que sentía.

—Eh —ella le lanzó la pelota a la frente—. No haces más que perder el hilo de la conversación.

Mitch se puso de pie.

—Perdona. Ha sido una semana muy larga. Uno de los camareros de La Jungla se despidió, de modo que he tenido que hacer turno doble hasta que Vandalay encuentre a un sustituto.

—Las alegrías de trabajar en secreto —Elaine abrió una carpeta que había sobre una mesita—. Aquí están los informes sobre los demás empleados del club. Ninguno de ellos tiene o ha tenido contacto con ninguna actividad delictiva.

Él asintió y entonces miró su reloj.

—Será mejor que me vaya. La Jungla abre en menos de una hora.

Elaine se cambió de postura, y al hacerlo sintió un dolor agudo.
—De acuerdo. Mantenme informada.
—Desde luego —dijo él y agitó la mano antes de salir.
En el pasillo aspiró hondo. De momento aquella investigación estaba medio estancada. Pero Mitch se negaba a fallarle de nuevo a su compañera. Encontraría el modo de resolver el caso, aunque acabara con él.
Y si tenía que resistirse de nuevo a los encantos de una mujer como la de aquella tarde, le pasaría eso muy probablemente.

* * *

Aquel día, dos semanas después de su llegada a Nueva York, Claire entraba torpemente en el salón de su apartamento. Se tambaleaba, subida en unas sandalias negras de seis centímetros de tacón que A. J. le había prestado para la noche más importante de su vida. Esa sería su primera incursión en La Jungla, a la caza de voluntarios para su proyecto de investigación.
—Vaya —Sam la observó desde el sofá—. Franco tenía razón. El rosa es tu color.
Franco le había hecho los colores a las chicas hacía unos días, anunciando que Claire era como un otoño suave, y que a partir de ese momento debía vestirse de rosa, de turquesa y de jade.
Claire miró la camisola de seda rosa que había adquirido esa tarde cuando había salido de compras con A. J.. También habían encontrado unas faldas negras en Bloomingdale diseñadas por alguien llamado Daryl, que eran idénticas a la que tenía Sam. Pero esa noche Claire necesitaba la auténtica, de modo que había dejado su falda en el ropero y se había puesto la de Sam. En las orejas se había puesto unos aros de oro.
—¿Se me olvida algo? —preguntó Claire.
—¿Llevas algún preservativo? —preguntó A. J.—. Después de todo, vas a dirigir un estudio sobre los hábitos de apareamiento en los humanos.
—Yo simplemente seré una observadora—. No una participante activa.
—Hablando de los hábitos de apareamiento —dijo Sam—. La señora Higgenbotham me trajo la agenda de *Cleo* para que podamos coordinar el programa de paseos. Su caniche tiene que ver a un terapeuta dos veces por semana para tratarse de una disfunción de intimidad canina que aparentemente padece.
—También tiene que presentarse ante un tribunal de delitos menores —añadió A. J.—. Yo la represento.
—¿A la señora Higgenbotham? —le preguntó Claire mientras se

ajustaba la cinturilla de la falda.

—No, a *Cleo*. La señora Higgenbotham ha intentado cruzarla, pero parece que la caniche no tiene interés por el sexo. Cuando uno de los pretendientes de *Cleo* se puso demasiado amoroso, ella lo mordió en una parte… muy sensible —A. J. sonrió—. Tal vez quieras tener en mente esa estrategia, Claire, por si alguno de esos hombres se pone demasiado pesado contigo esta noche.

—No creo que tenga ningún problema —dijo Claire v se acercó al sofá por su bolso—. En cuanto explique por qué estoy allí.

Sam se quedó pensativa.

—¿Y no sería más efectiva tu investigación si ninguno de los del club se diera cuenta de que los vas a observar?

—No es ese tipo de estudio —le explicó Claire—. Quiero recopilar observaciones generales, además de indagar sobre las costumbres de algunos de sus clientes en el tema de las relaciones. Tendré que planear algunas entrevistas en las que podré incluir preguntas sobre la duración media de las relaciones, sobre los elementos de atracción física, sociológica y espiritual, sobre la interacción verbal y no verbal… Cosas así.

Vio que a A. J. y a Sam se les pusieron los ojos vidriosos y no pudo evitar experimentar cierta aprensión.

Incluso a Claire le aburría el tema. ¿Entonces, cómo iba a salirle bien?

Entonces Sam la miró con interés.

—¡Ay, casi se me olvida! Por fin he localizado la dirección de correo electrónico de Kate Gannon. Está en una nota pegada en tu ordenador.

—¿Quién es Kate Gannon? —preguntó A. J..

—Es la mujer que tenía la falda antes de Sam —Claire se echó la correa del bolso al hombro—. Quiero averiguar más cosas sobre el origen de la prenda para mi tesis —aspiró hondo—. Pero primero tengo que pasar esta primera prueba.

—Déjalos K.O. —le dijo A. J. mientras Claire avanzaba hacia la puerta.

—Y cuéntanoslo todo cuando llegues a casa —añadió Sam.

Claire esperaba tener algo que contarles. ¿Y si la falda no causaba efecto alguno a los hombres que estuvieran alrededor de ella? ¿Y si todos se mostraban tan ajenos como se había mostrado Mitch Malone? ¿Y si su tesis no era más que un grandísimo fracaso?

Entonces las puertas del ascensor se abrieron y Franco silbó al verla.

—Dios bendito, chica —dijo, llevándose la mano al corazón—. Viéndote así me entran ganas de hacerme heterosexual.

—¿Entonces estoy bien? —le preguntó mientras daba una vuelta

por el vestíbulo.

—Solo te falta una cosa —Franco sacó una pequeña bolsa que había junto a la puerta y se la pasó—. Toma.

Claire metió la mano y sacó un foulard de seda rosa.

—Es precioso.

—El toque final perfecto —contestó Franco, que se lo quitó y se lo puso alrededor del cuello, entonces se le empañaron los ojos—. Me siento como Glinda la Bruja Buena a punto de mandarte por el camino amarillo.

—Me conformaré con un taxi amarillo —contestó, y se inclinó para besarlo en la mejilla—. Gracias, Franco.

—Adelante, Dorothy —la empujó por la puerta—. Y cuidado con los monos voladores.

* * *

Mitch se olía que iba a haber jaleo.

Estaba en su puesto cerca de la entrada principal de La Jungla, paseando lentamente la mirada por la enorme sala. Esa noche el local se estaba llenando muy deprisa, y los hombres doblaban en número a las mujeres. Los ventiladores del techo del local, manchados de marrón por el humo de tabaco de treinta años, proporcionaban una ligera brisa que no podía con la humedad del aire nocturno que entraba en el local cada vez que se abría la puerta.

Como la mayoría de los clubes nocturnos, las luces de La Jungla eran lo suficientemente tenues como para oscurecer las facciones de las personas, y la música sonaba lo bastante alta para evitar conversaciones profundas. Unas cuantas personas bailaban ya sobre la pista de parqué, y los camareros se afanaban en servir copas detrás de la barra.

Esa noche, Mitch sentía el nerviosismo de la gente. Lo típico de un viernes, cuando todo el mundo estaba deseando desahogarse después de una larga semana de trabajo. El hombre al que le habían asignado vigilar, Dick Vandalay, estaba detrás de la barra, enseñando a un camarero nuevo, un joven que parecía que fuera a hacerse pipí encima si Vandalay le levantaba la voz.

Un acalorado expletivo llamó la atención de Mitch, que se volvió hacia la pista de baile, donde enseguida vio que acababa de originarse una pelea. Cuando llegó, las dos mujeres se estaban tirando de los pelos. El hombre por el que peleaban estaba a un lado de la pista, con una sonrisa de borracho en los labios.

—Déjenlo —dijo Mitch mientras las separaba.

—Eh, no se meta en esto —dijo el hombre—. Empezaba a divertirme.

—Si este es el tipo de diversión que busca, entonces váyase a otro sitio.

El hombre avanzó hacia Mitch.

—Tendrá que obligarme.

El indiscutible desafío en su tono de voz hizo que las dos mujeres dejaran de pelear y se fijaran en Mitch. Él las soltó y se volvió hacia el hombre.

—Si fuera inteligente, se daría la vuelta y se marcharía.

Pero Mitch sabía que había muy pocas posibilidades de que eso ocurriera. Aquel tipo se parecía mucho a infinidad de personajes que había visto de pequeño cuando vivía en la calle. Demasiado machitos para evitar peleas y líos. Miró hacia la barra y vio que Vandalay asentía con la cabeza.

Con el rabillo del ojo vio un puño regordete avanzando directamente hacia su mandíbula. Mitch se agachó justo a tiempo de evitar el golpe. Entonces le pegó una patada en las rodillas, y el tipo cayó al suelo.

Desde muy pequeño, Mitch había aprendido a sobrevivir en las calles, y eso se había visto afianzado por el entrenamiento recibido cuando había entrado en el cuerpo de policía. Mitch esperaba que el tipo fuera lo suficientemente listo para darse cuenta de ello antes de que lo obligara a hacerle daño.

Pero no hubo suerte.

Para cuando Mitch levantó al tipo del suelo y lo metió en el asiento trasero de un taxi, las dos mujeres que se habían peleado por él estaban en la pista, bailando con dos hombres.

Donna Cummins, una camarera rubia que siempre mascaba chicle, se acercó a él.

—Creo que no te iría mal un trago, Mitch.

Él se frotó los nudillos.

—Me iría mejor tomarme la noche libre, pero me conformaré con un trago. Ponme lo de siempre, o mejor uno doble.

Ella sonrió.

—Marchando un refresco de uva.

Mitch volvió a su puesto junto a la puerta, comprendiendo que iba a ser una noche muy larga. Hubiera preferido hacer cualquier cosa con tal de no tener que estar allí vigilando a un grupo de personas solitarias y desesperadas en busca de amor.

Lo que más le asqueaba era que él había sido en el pasado uno de ellos. Ir de bar en bar en busca de mujeres había sido uno de sus pasatiempos favoritos. Pero en el último año ese estilo de vida había perdido atractivo.

Había evitado con éxito los coqueteos e invitaciones no tan sutiles de las clientes de La Jungla durante sus primeras dos semanas en el trabajo. Pasado ese tiempo, la mayoría de las clientes regulares sabían que no tenían nada que hacer con él. Aunque Donna, recién casada y dispuesta a confinar a todo el mundo a esa institución, seguía intentando hacer de celestina con Mitch.

—Aquí tienes —le dijo mientras le pasaba la bebida—. ¿Has visto a la rubia de la barra? Es muy mona.

—Demasiado delgada para mi gusto.

—Eres muy exigente —le dijo Donna—. ¿Por qué no te buscas a una buena chica? Alguien que te haga feliz.

—Las mujeres son como las patatas fritas —dijo sonriendo—. No soy capaz de comerme solo una.

Ella volteó los ojos.

—¿Patatas fritas?

—Tal vez debería haber dicho como los M&M.

—¿Y si dejas de intentar engañarme, Malone? Creo que en el fondo eres uno de esos románticos chapados a la antigua, de los que ya no veo por aquí. Tú buscas algo más que el cuerpo en una mujer.

Mitch sacudió la cabeza.

—Donna, no me has entendido en absoluto. Soy un experto en el cuerpo femenino. La única razón por la que trabajo aquí es por el paisaje —señaló en dirección a la pista de baile, donde había varias mujeres medio desnudas—. Todas las noches contemplo un estupendo espectáculo.

—Eres incorregible —dijo Donna riéndose.

Había llegado el momento de trabajar un poco.

—Eh, mejor eso que estar desesperado. Por cierto, me he enterado de que este es el lugar adecuado para conseguir ayuda en el tema del ligue. Algunos de los tipos con los que he hablado vienen aquí a conseguir Viagra de contrabando, esperando potenciar su… vitalidad.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿De verdad? ¿Quiénes son?

—No conozco sus nombres —entonces sonrió—. ¿Es que tu marido necesita un empujoncito?

—De eso nada —resopló—. En ese apartado no tengo queja.

El asintió y miró a su alrededor. Estaba entrando en terreno peligroso y debía intentar sacar información sin levantar sospechas.

—Tal vez tenga que probar eso alguna vez. A ver qué pasa.

Ella arqueó las cejas.

—¿No será peligroso?

—Agotador, tal vez. Pero no peligroso.

—Aun así, es ilegal. Ninguna droga merece tanto la pena como

para arriesgarse a ir a la cárcel.

Entonces se dio la vuelta y volvió a la barra.

Mitch tachó mentalmente a Donna de su lista de sospechosos. Ella no había picado el anzuelo. No le hacía gracia estar engañándola a ella o a los demás empleados del local, pero si quería tener éxito en la investigación debía continuar trabajando en secreto.

Un ruido de cristales lo sacó de su ensimismamiento. Miró hacia la barra y vio una jarra de cerveza hecha añicos en el suelo. Una repentina quietud cayó sobre la sala, aunque la música continuaba sonando a todo volumen. La bola de luces iluminaba una pista vacía, pues la mayoría de los clientes estaban mirando hacia la puerta. Mitch hizo lo mismo y vio una mujer extrañamente familiar junto a la entrada del local.

La miró y tragó saliva con dificultad. Su mirada abarcó todo a la vez: la larga melena castaña, los grandes ojos marrones, y unas curvas bastante poco pronunciadas y que no deberían atraer la mirada de ningún hombre… Pero a él le gustaban así. Finalmente se fijó en la falda corta y ceñida de color negro que dejaba al descubierto un par de estupendas piernas. Pestañeó y miró de nuevo. La tela de la falda era tan fina que se trasparentaba. Una intensa sensación de calor lo invadió y se propagó por todo su cuerpo como un reguero de pólvora.

Era la mujer del callejón, aunque no recordaba su nombre. Pero al verla avanzar en dirección a él, Mitch supo perfectamente que esa mujer le iba a traer problemas.

Capítulo Cuatro

Cuando Claire entró en La Jungla sintió que la falda negra le acariciaba los muslos. Le intrigó la extraña sensación de poder que le proporcionaba la prenda, y el modo en que el sedoso tejido se amoldaba a su cuerpo. Además, estaba encantada porque la falda le hacía las piernas más largas y las caderas más esbeltas. Pero sobre todo, se quedó encantada al ver el deseo en la mirada de Mitch.

Mitch la miró de arriba abajo muy despacio mientras ella avanzaba hacia él.

—Hola —dijo Claire y le tendió la mano, sería mejor que se acostumbrara a hablar con extraños si quería completar su estudio—. Soy Claire Dellafield.

—Claire —repitió él con énfasis, como si esa vez estuviera empeñado en no olvidar su nombre.

Mitch le dio la mano y Claire sintió un delicioso estremecimiento. Según aquellas primeras observaciones, sin duda la falda estaba provocando una reacción química.

Hasta ese momento, tanto Mitch como el taxista que la había llevado hasta allí, parecían estar bastante afectados. El taxista incluso la había seguido al interior del club.

—Eh, nena —le dijo el hombre desde la puerta en un fuerte acento del Bronx—. Te estoy esperando.

Claire sonrió a Mitch.

—¿Podrías indicarme dónde está el lavabo de señoras?

Mitch no dijo nada, tan solo señaló con el pulgar a espaldas suyas.

—Gracias —murmuró antes de salir disparada en esa dirección.

Claire apretó el paso al oír de nuevo la voz del taxista. Aquel hombre era sin duda muy insistente. Había parado el taxi con un frenazo en la esquina del bloque de apartamentos, después había echado a su airado pasajero y acto seguido le había ofrecido a Claire llevarla donde quisiera sin pagar un centavo.

Cuando había detenido el taxi a la puerta de La Jungla, el hombre le había dejado bien claras sus intenciones, y por esa razón Claire se veía obligada a esconderse en el servicio. Tal vez la falda tuviera sus desventajas, después de todo.

Claire se metió en el lavabo de señoras, que en ese momento estaba vacío, preguntándose cuánto tiempo tendría que quedarse allí dentro antes de que el taxista se aburriera y se marchara.

Pero lo había sobrestimado.

El hombre cruzó la puerta y al verla se le alegró la mirada.

—¿Estamos jugando al escondite?

Claire puso los brazos en jarras.

—Creo que no se ha fijado en el cartel de la puerta. Este lavabo es solo para mujeres.

—Continuemos jugando en mi casa —le ofreció—. Dejaré que te escondas en mi cama.

—No voy a ningún sitio con usted —dijo con firmeza—. Ni siquiera sé cómo se llama.

Sus finos labios esbozaron una sonrisa.

—Mis amigas me llaman El Semental.

—Bien, señor Semental, me halaga su interés, pero en este momento estoy trabajando.

El la miró de arriba abajo.

—Pagaré lo que sea por una mujer como tú.

Claire pestañeó.

—¿Pagará... ? ¿Cree que soy una prostituta?

—Creo que eres mi fantasía —dio otro paso adelante—. Una fantasía de la que deseo disfrutar toda la noche.

Claire se metió la mano en el bolso y agarró el spray antivioladores que A. J. le había dado en caso de emergencia.

—Voy a contar hasta tres. Si no se marcha para entonces, lo va a lamentar.

—¿Por qué? —sonrió—. ¿Vas a darme unos azotes?

—Uno...

El hombre se paso la lengua por los labios.

—Eres tan sensual.

—Dos...

YA taxista arqueó una ceja.

—¿Te quieres hacer la dura? ¿Vamos. ¿Una mujer como tú? ¿Y con una falda como esa?

—Esta es su última oportunidad —le advirtió y con mucho cuidado sacó el bote del bolso.

La puerta del baño se abrió y entró Mitch, que miró primero el bote de spray que Claire tenía en la mano y después al hombre que estaba delante de ella.

—Espero no interrumpir nada.

Claire sacudió la cabeza.

—Él ya se marchaba.

—No me voy a ningún sitio sin ti —anunció el taxista.

—Piénselo un poco —Mitch se cruzó de brazos—. Quiero que salga de aquí. Inmediatamente.

El taxista sacó la mandíbula.

—¿Y si no me da la gana?

Mitch entrecerró sus ojos azules.

—Entonces probará uno de mis derechazos.

Claire se puso entre ellos, sintiéndose en cierto modo responsable.

—No quiero causar problemas.

—Demasiado tarde —murmuró Mitch, que sin más dio un paso amenazador en dirección al taxista.

—De acuerdo —accedió el hombre mientras retrocedía—. Me voy —entonces se volvió hacia Claire—. Pero me quedaré aparcado a la puerta esperándote, nena.

—Gracias por el aviso —le contestó Claire mientras el otro salía por la puerta, después se volvió hacia Mitch, que la miraba con mala cara—. ¿Qué?

—La próxima vez deje los problemas con su novio a la puerta.

—Ese asqueroso no es mi novio. Era el taxista que me trajo hasta aquí.

—¿Se le olvidó pagar la carrera?

—Se negó rotundamente a que pagara nada. Casi no me dejó salir de su taxi —pasó junto a él y fue hacia la puerta—. Ahora, si me permite…

Pero Mitch se colocó delante de ella, impidiéndole el paso. Estaba tan cerca de Claire que esta vio que tenía una fina cicatriz justo debajo de la barbilla, y percibió un suave aroma a loción para después del afeitado. La impresionante altura de Mitch debería haberla intimidado, pero sin saber por qué Claire sintió que Mitch Malone no le haría daño. Por un momento pensó que se iba a acercar un poco más a ella. Instintivamente se le puso el vello de punta y, cosa rara, le dio la impresión de que la falda se ponía caliente.

Claire levantó el cuello para mirarlo, y él la miró durante unos segundos antes de apartarse finalmente de su camino.

—Disfrute de la velada.

—Gracias.

Cuando salió del lavabo, Claire aspiró hondo. Qué extraño. De repente parecía como si le costara respirar. Tal vez tuviera la culpa aquel ansia que había visto en los ojos de Mitch. A los pocos segundos él estaba detrás de ella y su aliento cálido le acarició la piel al hablar.

—Cuando quiera marcharse, dígamelo. La ayudaré a buscar otro taxi.

Claire se volvió hacia él.

—Eso no será necesario.

—Insisto.

Entonces se dio la vuelta y se marchó.

Claire se lo quedó mirando, y pensó que jamás había provocado aquella conmoción en ningún hombre. En realidad resultaba emocionante, sobre todo después del modo en que la había despreciado en el callejón trasero del local hacía dos semanas.

Pero ella no estaba allí para impresionar a Mitch Malone. Había llegado el momento de reclutar a voluntarios para su proyecto de investigación. Miró hacia la barra y vio que había varios hombres sentados en taburetes. ¿Pero por dónde empezar? Claire había leído la tesis de su padre varias veces, además de las copiosas notas. Marcas Dellafield se había presentado a varios clientes antes de elegir cuidadosamente a los diez que habían sido objeto de su investigación. Todos los sujetos habían sido mujeres. Claire planeaba darle la vuelta al estudio esa vez y centrarse en los hombres.

Se sentó cuidadosamente sobre el último taburete vacío y se colocó el bolso en el regazo. Varios taburetes chirriaron cuando sus ocupantes se volvieron a mirarla.

—Pregúntale a la señorita qué desea tomar —rugió un hombre de pelo algo canoso que daba órdenes a un camarero detrás de la barra.

El atribulado camarero fue corriendo hacia ella.

—¿Qué le apetece tomar?

—Tomaré una copa de vino —dijo, decidiendo no complicarle la vida—. Merlot, si tienen.

El camarero miró al hombre que parecía mandar allí.

—¿Tenemos Merlot?

—Maldita sea, sí —señaló hacia una de las estanterías inferiores —. La segunda botella por la derecha.

El camarero dejó una botella sobre la barra.

—¡Ese es Pinot Grigio, no Merlot, imbécil!

—¡Me encanta el Pinot Grigio! —exclamó Claire y sonrió al avergonzado camarero—. Creo que me ha leído el pensamiento.

—Tráele una copa a la señorita —le ordenó el otro en tono enojado, entonces se volvió hacia Claire—. Debe de ser usted nueva en la ciudad.

—¿Cómo lo sabe?

—Es demasiado agradable. Además, llevo treinta años dirigiendo este local. Se nota a la legua que es usted forastera.

—¿Treinta años? —repitió Claire—. Entonces tal vez recuerde a mi padre, Marcus Dellafield. Dirigió un ensayo de investigación aquí llamado *Extraños en la noche*, hará unos veinticinco años. Yo soy su hija, Claire.

La crispación del rostro de aquel hombre dio paso a lo que se podría llamar una sonrisa.

—Eh, vaya, pues claro que recuerdo a Marc. Soy Dick Vandalay, el dueño de La Jungla.

¿Marc? Jamás había oído a nadie llamar así a su padre. De algún modo parecía mermar la dignidad de su persona. Pero por entonces su padre había sido relativamente joven. Y por las fotos que había visto, también muy guapo. Claire sintió una presión en la garganta y tuvo que tragar saliva para no echarse a llorar. Levantó la copa de vino y le dio un buen trago.

—Hace mucho que no sé nada de Marc —miró alrededor de la sala—. ¿Ha venido con usted?

—Mi padre murió hace nueve meses —dijo en voz baja y sintió que las lágrimas le empañaban los ojos.

El le pasó una servilleta de papel.

—Oh, chiquilla. Lo siento.

—No pasa nada —le aseguró con una sonrisa débil—. Me alegro de por fin conocer al hombre del que tanto he oído hablar.

—Marc era un tío estupendo —dijo Dick, y entonces miró a su camarero nuevo—. ¡El Bloody Mary no lleva tequila, pedazo de imbécil! —fue a grandes zancadas hacia el otro extremo de la barra —. ¿Es que pretendes que me arruine?

Claire pensó que según el aspecto del local, eso no resultaría muy difícil. Paseó la mirada por la sala, y se fijó en los surcos de la barra de roble, en las manchas de humedad del techo y en la vieja y sucia moqueta color rojo que cubría las paredes. Desde luego no se parecía en nada al local de moda que su padre le había descrito.

Francamente, aquel sitio se había convertido en un antro de mala muerte.

Claire cruzó las piernas y entonces notó que el hombre que tenía sentado a su lado la miraba. Decidió aprovechar la oportunidad para empezar a trabajar.

—Hola —le dijo en tono cordial—. ¿Viene aquí a menudo?

—No lo suficiente —le contestó el hombre, que sin duda estaba haciendo un gran esfuerzo para mirarla a la cara—. De otro modo la habría visto por aquí.

—Me llamo Claire Dellafield —metió la mano en el bolso y sacó una tarjeta de visita—. ¿Es cliente de aquí?

—Vengo cada noche —contestó sonriendo.

—¿Le interesaría participar en un proyecto de investigación sobre los modos de apareamiento en los humanos?

—¿Con usted? Desde luego.

—Estupendo —sacó un bolígrafo—. ¿Cómo se llama?

—Albert Ramírez.

Claire lo apuntó.

—Tendrá que darme también su número de teléfono, para que

pueda contactar con usted para la entrevista. El número de mi móvil está también en esa tarjeta, por si quiere ponerse en contacto conmigo mientras tanto.

Él miró la tarjeta con curiosidad.

—¿Es usted antropóloga?

—Eso es. Y quiero darle las gracias por ofrecerse voluntario para ser mi primer sujeto.

El volvió a mirarle las piernas.

—No. Gracias a usted.

Su tono de voz le dio a entender que quería hacer algo más que ayudarla en su estudio, pero antes de que Claire pudiera explicárselo, otro hombre se acercó a ella.

—Eh, yo también quiero ofrecerme voluntario.

—Oye, apúntame a mí también —dijo un tercero mientras más hombres se acercaban a ella.

Claire metió la mano en el bolso y sacó un pequeño montón de tarjetas de visita. Misión cumplida.

Mitch no podía apartar los ojos de ella, un problema que obviamente compartía con los demás clientes masculinos del local. Se había formado un pequeño grupo de hombres alrededor de Claire Dellafield. Mitch, que estaba en su puesto junto a la puerta, se preguntó si debería acercarse y disolver el grupo.

La mayor parte de las mujeres se habían marchado, pero ni un solo hombre había cruzado la puerta.

Donna apareció a su lado.

—¿Otro refresco de uva?

—No, gracias.

Donna miró hacia donde miraba Mitch.

—Me sorprende que Dick dejara entra aquí a una prostituta.

—No es una ramera.

—Pondría la mano en el fuego.

Donna resopló.

—¿Entonces por qué le está dando tarjetas de visita a todos esos tíos y diciéndoles que está buscando voluntarios para un estudio sobre hábitos de apareamiento en los humanos?

¿Una prostituta? Su instinto le decía lo contrario. Pero no podía negar que sabía cómo excitar los instintos más básicos de un hombre. Mitch apretó los dientes al darse cuenta de que se había dejado distraer por una mujer. Otra vez. Pero no podía librarse de ella. ¿O tal vez sí?

Miró hacia la barra, notando que, por primera vez, a Vandalay no se lo veía por ninguna parte. El nuevo aprendiz de camarero

estaba tomando nota.

—¿Dónde está Dick?

—Detrás, echándose un cigarro.

Mitch asintió.

—Bien. Entonces me ocuparé del problema.

Donna sonrió aliviada.

—Gracias, Mitch.

Se dirigió a la barra, donde llegó en el momento preciso en que dos hombres empezaban a pelearse. Se agachó al ver que un taburete le pasaba volando por encima de la cabeza y se estrellaba contra el botellero.

—Ya basta —gritó mientras separaba a los dos hombres que había más cerca de él.

Mitch recibió un puñetazo en las costillas, y entonces dio un codazo para neutralizar a su atacante.

—Todo el mundo atrás —declaró, apartando a los hombres de delante de Claire hasta que se colocó entre ella v sus admiradores.

El camarero nuevo se escondió debajo de la barra.

Mitch se volvió a mirar a la mujer que acababa de causar aquella confusión y vio que se había subido encima de la barra. Las luces de neón de la pista a sus espaldas se filtraban a través de la tela de la falda. Al ver aquel espectáculo, Mitch sintió que se le quedaba la garganta seca.

—¿Es que estáis sordos? —Mitch se cruzó de brazos—. ¿No habéis visto lo que le pasó al último que se hizo el sordo? No podrá bailar en una temporada. Ahora, volveré a decirlo muy claramente. Atrás.

Miró a varios de ellos con dureza. Uno por uno, los tipos se fueron retirando y salieron por la puerta, incluido el camarero nuevo. Al poco, Mitch y Claire estaban solos.

Él le abrazó las piernas y la bajó de la barra.

—¿Qué narices cree que está haciendo? —le preguntó mientras forcejeaba para que la soltara, pero no pudo con él.

—Qué curioso —le dijo mientras dejaba que el cuerpo de Claire se deslizara bien pegado al suyo—. Yo estaba a punto de hacerle la misma pregunta.

—Estoy intentando trabajar un poco.

A Mitch le gustaron las motas doradas que vio en sus grandes ojos marrones.

—Un trabajo que en el estado de Nueva York resulta ser ilegal. Considérese afortunada de que no haya llamado a la policía. Aún.

—¿Llamar a la policía? —ella lo miró como si estuviera loco—. ¿Por qué?

—Por buscar clientes.

Ella se quedó pasmada.
—Está tan loco como el señor Semental.
—¿Es así como se llama su chulo?
Ella sacudió la cabeza.
—Yo no tengo ningún chulo. Y no soy ninguna prostituta. Para su información, soy antropóloga.
Él sacudió la cabeza.
—Y yo que pensé que lo había visto todo. Qué ocurrencia más original.
Claire se puso rabiosa.
—¡Pues resulta que es cierto! Si me dejara que le explicase…
—¿Por qué no me contesta a unas cuantas preguntas y así ahorramos tiempo? ¿Estaba repartiendo tarjetas suyas sí o no?
—Sí —contestó, señalando hacia una de sus tarjetas que había quedado sobre la barra—. Puede comprobarlo usted mismo.
El avanzó un paso. Aún la tenía en brazos y, la verdad, no tenía ganas de soltarla. No podía negar el placer que le producía tenerla allí tan pegada a su cuerpo.
—Claire Dellafield. Antropóloga.
—Se lo dije —alzó la cabeza—. Estoy dirigiendo un estudio sobre los hábitos de apareamiento en los humanos. Solamente estaba intentando reclutar voluntarios…
—Claro —le echó el brazo por los hombros y la condujo hacia la puerta—. Es hora de marcharse, Claire.
Ella abrió los ojos como platos.
—¿Marcharme? ¿A dónde?
Mitch aspiró su delicado aroma.
—Voy a pedirle que se marche de aquí antes de que nos cause más problemas.
Ella forcejeó entre sus brazos.
—Es usted el que está montando todo esto.
—Estése quieta —le ordenó y sintió que su cuerpo empezaba a reaccionar ante tanto movimiento.
De no ser tan problemática, sería justo su tipo: una mujer con genio y con un cuerpo de curvas delicadas.
—Solo estoy haciendo mi trabajo —añadió él.
—¿Su trabajo consiste en molestar a los clientes?
Mitch se volvió y salió por la puerta de espaldas.
—No ha pagado ni una sola copa en toda la noche. Sus admiradores se estaban peleando por invitarla todo el tiempo.
—Este es un club para solteros, ¿no? ¿Tan raro es que los clientes se inviten a copas?
En eso tenía razón, pero Mitch no estaba dispuesto a aceptarlo. Sobre todo cuando le estaban entrando tantas ganas de besar esa

boquita tan sensual.

Claire arqueó una ceja fina y bien dibujada.

—¿Y bien?

Pero Mitch ignoró su pregunta y la llevó hasta la acera, ignorando también los pitidos frenéticos de su enamorado taxista. Entonces la soltó, dejando que su cuerpo se deslizara contra el suyo hasta que puso los pies en el suelo. Qué dulce tortura.

—¿Se divierte? —le preguntó ella.

—Me gusta más cuando no habla —le dijo mientras sentía que le palpitaba todo el cuerpo.

Claire entrecerró los ojos.

—Intente impedírmelo.

Y así lo hizo. Claro que fue del único modo que se le ocurrió. Mitch inclinó la cabeza y atrapó entre sus labios aquella boca carnosa y sensual.

—¿Por qué ha hecho eso?

—No voy a contestar más preguntas —dijo Mitch, y paró un taxi que conducía una mujer.

—¡Entonces deje que vuelva a entrar a La Jungla!

El sacudió la cabeza.

—Señorita, no ha hecho más que causar problemas desde que entró por la puerta.

—¡Pues sepa que no me han echado de un bar en mi vida!

—Entonces esta será una nueva experiencia para usted.

Abrió la puerta del taxi, pero Claire no se movió.

—Quiero hablar con el dueño.

—En este momento está ocupado —Mitch se acercó a ella y la obligó a retroceder—. Pero le daré el mensaje con mucho gusto.

Claire cayó sobre el asiento trasero del taxi. Entonces metió las piernas, temerosa de que fuera a manosearla otra vez.

—Dígale que volveré.

—Por encima de mi cadáver.

—Diga lo que quiera.

Y dicho eso cerró la puerta del taxi.

Mitch se quedó mirando el taxi mientras se alejaba y respiró aliviado. ¿Qué le habría pasado? Jamás había tratado así a una mujer. Por una parte se alegraba de que se hubiera marchado, pero su cuerpo aún la deseaba. Tal vez aquel calor le hubiera revolucionado las hormonas.

Al volver al club, Mitch se dio cuenta de que aún tenía en la mano su tarjeta de visita, donde figuraba el número de su teléfono móvil. Vaciló un momento y entonces la rompió en pedazos.

Por una sola noche, la tentación ya había sido suficiente.

Capítulo Cinco

A la mañana siguiente, los rayos del luminoso sol del mes de junio le acariciaron los párpados, despertándola con suavidad.

—Buenos días.

Ahogó un grito al ver a la mujer que estaba sentada a los pies de su cama.

—¡Petra!

Petra sonrió de oreja a oreja.

—Hola, ángel mío.

Claire se sentó como pudo.

—¿Qué haces aquí?

—Ven aquí y dame una abrazo.

Claire se echó hacia delante y abrazó a la mujer que había sido lo más cercano a una madre que había conocido en su vida. Cerró los ojos y aspiró el aroma familiar y reconfortante a sándalo de Petra.

Aunque tendría alrededor de sesenta años, Petra tenía el cuerpo de una mujer de treinta y cinco y participaba con regularidad en maratones por todo el país. Aquella mañana Petra llevaba unos shorts elásticos color naranja y un top corto a juego. Llevaba una melena blanca muy corta y tenía unos ojos verdes que en ese momento le brillaban a causa de las lágrimas.

—Me alegra tanto que estés aquí —le dijo Petra mientras le agarraba la cara con las dos manos—. Estás estupenda.

Claire sonrió.

—Pues me he mirado esta mañana en el espejo y no me he visto nada estupenda.

—Eso es porque siempre te subestimas. Eres tan guapa como tus dos compañeras de piso.

Claire se apartó sorprendida.

—¿Cuándo has conocido a A. J. y Sam?

—No las conozco aún —contestó Petra—. Pero me asomé a sus dormitorios hace un rato para buscarte y me han parecido muy bonitas.

—Son bonitas —le confirmó Claire—. Pero sí que se habrían asustado si hubieran visto a una extraña de pie junto a su cama.

—No soy una extraña, soy la vecina de al lado. Volví de Las Bermudas ayer de madrugada, pero no he podido esperar más para verte.

—¿Cómo has entrado?

—Franco me dio una llave. Siento no haber estado aquí cuando llegaste, Claire. No me enteré bien de la fecha de tu llegada.

—No pasa nada —le dijo Claire—. Me las he apañado bien sola.

—Ya veo —Petra le sonrió—. Sabía que encontrarías el modo de ganarte el apartamento de Tavish McLaine —le retiró un rizo de la cara—. Eres tan lista y tan guapa.

Claire se echó a reír.

—Y tú tan poco objetiva.

—Qué hablas. Yo soy la objetividad pura —le dijo su madrina—. Solo que no tienes suficiente confianza en ti misma ni en tus habilidades.

Claire suspiró al tiempo que se tumbaba sobre el almohadón.

—Y después de lo de anoche tengo aún menos.

—¿Qué pasó anoche?

¿Por dónde empezar?

—Mi proyecto de investigación en La Jungla empezó y terminó anoche. Me echaron del club.

Petra arqueó las cejas.

—Qué interesante. Estoy deseando escuchar toda la historia.

—Fue humillante —Claire se colocó otro almohadón debajo de la cabeza—. El portero, un tipo fuerte y masculino, Mitch, decidió que yo estaba causando demasiados problemas. Cuando pienso en él… —gruñó con frustración y apretó los puños— me entran ganas de darle un puñetazo a algo.

—¿Fuerte y masculino? —dijo Petra—. No lo conozco y ya me gusta.

Claire negó con la cabeza, y volvió a sentir todas las emociones que había experimentado la noche anterior.

—Era un auténtico imbécil. Primero me agarra, después me saca del club. ¡Y luego va y me besa, el muy fresco!

—¿Y tú? ¿Lo besaste también?

Claire vaciló.

—Me pilló de sorpresa. Tal vez lo besara al principio. Un poco.

—Entonces no era del todo repulsivo.

—Yo no he dicho que fuera repulsivo —contestó Claire mientras recordaba aquellos ojos como dos turquesas—. Supongo que se podía decir que es guapo si a una le gusta el tipo troglodita.

—Descríbemelo.

Como artista que era, Petra siempre pedía detalles específicos para crearse una imagen más detallada.

—Tiene los ojos azules —empezó a decir Claire—, como el de las campanillas que papá solía plantar en las macetas de la ventana.

—¿Y su pelo?

—Castaño oscuro y muy tupido. Del color del toffee caliente.

Tiene la piel fina y algo bronceada—. Claire cerró los ojos y se imaginó a Mitch—. Iba vestido todo de negro, con una camiseta, vaqueros y zapatillas de deporte. Ah, y tiene los dientes muy blancos. Sin duda llevará fundas.

Petra le sonrió con complicidad.

—Parece que no has hecho otra cosa que pensar en él.

—He estado pensando en presentar cargos por agresión contra él —Claire sintió un escalofrío por la piel al pensar en cómo se había deslizado por su cuerpo fuerte—. Me estaba agarrando con tanta fuerza que estoy segura de que tendré moretones.

Claire le contó lo que había pasado en la barra, y cómo Mitch la había agarrado y se había negado a soltarla hasta que no habían estado en la calle.

—Me parece un bombón.

—¿Un bombón? Creo que no me has entendido —Claire aspiró hondo—. Mitch Malone es un bruto. Es creído y pretencioso. Además, es de esos que siempre creen llevar razón.

Petra sonrió.

—Y te ha hecho sentir algo que estoy segura que nunca has sentido antes.

—¿El qué? —Claire preguntó con recelo.

—Pasión.

Claire tragó saliva.

—Estoy aquí para estudiar la pasión, no para experimentarla.

—¿Y no podrías hacer las dos cosas?

La idea le agradó más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—Soy profesora —empezó a decir—. Tengo ciertos estándares que mantener.

—Tal vez en Penleigh sí —la interrumpió Petra—. Aquí en Nueva York eres una joven bella y soltera. ¿Por qué no disfrutar de todo lo bueno que la vida pueda ofrecerte? Sé que te resultó difícil criarte en un campus. Siendo la hija de Marcus Dellafield, todo el mundo esperaba de ti una conducta intachable. Y la tuviste. Marcus estaba tan orgulloso de ti.

—Y yo de él —contestó con voz estrangulada por la emoción.

—Lo sé —le dijo Petra en voz baja—. Pero ahora tienes una oportunidad única de vivir la vida de verdad. He leído entre líneas en todas esas cartas que me has mandado, Claire. Nombraste todas las razones por las cuales no estabas segura de poder recrear el proyecto de Marcus excepto la verdadera razón.

Claire alzó un poco la barbilla.

—¿Que es?

—Pues que te falta experiencia práctica en relación con los hábitos de apareamiento en los humanos.

—Eso no es cierto —contestó—. He salido con chicos varias veces.

—Bajo la vigilante mirada de todos los alumnos y profesores de Penleigh. La vida del campus es tan distinta al mundo real. Has estado aislada allí. Protegida —Petra se puso de pie y dio una vuelta por la habitación—. Ahora tienes la oportunidad de salir de ese capullo y de echar a volar.

Nadie podía acusar a Petra de no ser apasionada.

—No me da miedo volar —dijo Claire—. Pero me gustaría tener un destino.

—¡No, no, no! —Petra volvió a la cama—. Lo importante es el viaje. El salto a lo desconocido.

—Así que básicamente lo que estás diciendo es que debería tener una aventura mientras estoy aquí este verano.

—Exactamente.

Claire se quedó pensativa.

—No me opongo a las aventuras amorosas. Pero mi intención es centrarme primero en mi carrera. Después de terminar mi tesis me tomaré un par de semanas de vacaciones.

Petra se sentó en la cama con desaliento.

—No puedes apuntar la pasión en tu calendario. Debes perseguirla. O más bien a él.

Claire negó con la cabeza.

—Si te estás refiriendo a Mitch, olvídalo.

—¿Por qué no? Parece un bombón.

Claire suspiró.

—Porque no lo atraigo.

Petra arqueó una ceja.

—¿Entonces por qué te besó?

—Por la falda. Cuando no la lleve puesta, ni sabrá que existo.

Petra la miró con mucha curiosidad. Ya había metido la pata, pensaba Claire.

—Volvamos atrás un momento. ¿Qué es esta falda de la que estás hablando?

—La falda es la razón por la que A. J., Sam y yo pudimos convencer a McLaine de que nos arrendara su apartamento. Pertenece a Sam y se supone que el tejido lleva un hilo que sale de la raíz de una extraña planta que tiene la propiedad de atraer a los hombres.

Petra se quedó pensativa.

—Parece práctico.

Claire asintió.

—Me la puse para ir a La Jungla anoche y así poder atraer a unos cuantos hombres para mi estudio. Y funcionó. Me vi

literalmente rodeada de hombres de todas las edades. Hasta que Mitch me echó.

—Tal vez estuviera celoso.

Claire no había pensado en esa posibilidad.

—No parecía celoso.

—Los hombres son criaturas complejas —le informó Petra—. Por eso me gusta tanto estar con ellos. Por eso y por el sexo —Petra nunca se había mostrado reacia a hablar de su vida social, su último novio había sido un obrero de la construcción de treinta y siete años —. Pero estoy divagando. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Tengo que encontrar el modo de volver a entrar en La Jungla. Anoche hice varios contactos prometedores. Necesito continuar hablando con ellos antes de que pierdan interés.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Mitch Malone. Me dijo que no volviera a aparecer por allí.

—Ah, un ultimátum —Petra la miró divertida—. Entonces debes volver, te estará esperando.

Claire sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. Lo dijo en serio.

Petra se echó a reír.

—Oh, Claire, me gano la vida esculpiendo a hombres desnudos. Los entiendo mejor de lo que piensas.

—¿Hombres desnudos? ¿Desde cuándo?

—Empecé hace seis meses y de repente no puedo parar. Hay algo tan… estimulante en el cuerpo de un hombre. ¿No te parece?

Desgraciadamente, Claire no había tenido experiencias personales que le dejaran expresar una opinión. Tal vez Petra tuviera razón. Tal vez hubiera llegado el momento de añadirle un poco de pasión a su vida.

Durante un breve instante se imaginó a Mitch desnudo y la recorrió un escalofrío.

—¿Entonces crees que debería volver a La Jungla y hacer como si nada hubiera ocurrido?

—Sin duda. ¿Qué es lo peor que te puede hacer?

—Echarme a patadas.

—Pero tal vez no lo haga. Tal vez admire la valentía en una mujer.

Claire tenía sus dudas acerca de eso. Pero si esa vez no se ponía la falda, no podría acusarla de causar problemas. Los hombres jamás la habían rodeado en su vida como lo habían hecho la noche anterior. A lo mejor Mitch ni la reconocía.

¿Pero era eso de verdad lo que quería?

—De acuerdo —dijo Claire, exigiéndose a sí misma dejar de pensar en Mitch—. De un modo u otro, encontraré el modo de

volver a La Jungla.

Petra empezó a palmotear.

—Deja que empiecen los juegos de apareamiento.

Mitch miró alrededor de la sala, preparándose para otra ajetreada noche de sábado. La música latina empezó a retumbar por los altavoces y varias parejas se dirigieron a la pista. El dueño, Dick Vandalay, estaba detrás de la barra, observando a la clientela.

Por alguna razón Mitch se sentía inquieto esa noche. Tal vez fuera su frustración por tener que esperar a que Vandalay hiciera algún movimiento fuera de lo común. O tal vez la monotonía de ver las mismas caras noche tras noche. O el hecho de que cada vez que se abría la puerta esperaba ver entrar a Claire Dellafield.

El problema era que por una parte deseaba verla. O tal vez su celibato temporal estuviera afectándolo demasiado. Por eso, cuanto antes terminara con aquel caso, mejor.

Vandalay le hizo una seña con la mano desde la barra para que se acercara. Mitch se apartó de la pared y se abrió paso entre el público.

—¿Necesitas algo?

—Nos falta whisky escocés y bourbon —le contestó Vandalay—. Trae un par de botellas de cada del sótano. Y también unas de tequila.

Mitch asintió y seguidamente se dirigió hacia las escaleras. Estaba oscuro y había mucha humedad, y la única iluminación era la que provenía de una bombilla desnuda que colgaba del techo. Los escalones de madera chirriaron bajo su peso al bajar a la bodega. En ese momento se acordó de Elaine y de la caída en el edificio abandonado. Eso había sido a plena luz del día. Si al menos hubiera visto quién la había empujado.

Otra pregunta sin respuesta. Todavía. Después de agarrar las botellas, volvió a la planta primera v llevó el licor a la barra. Solo que Vandalay ya no estaba allí. Mitch miró a su alrededor de la sala y enseguida lo vio sentado a una mesa con una pelirroja muy menuda.

Era muy bonita. Tenía unos grandes ojos marrones y una boca sensual. Bonitas curvas también. De pronto aquella mujer le resultó conocida.

Entrecerró los ojos y volvió a mirarla. No se atrevería. ¿O sí?

—¿Un refresco de uva, Mitch?

Se volvió y vio a Donna a su lado.

—No, gracias —entonces señaló hacia una esquina del local—. ¿No te suena esa pelirroja?

Donna se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Dijo que quería ver a Vandalay. Imaginé que querría solicitar un empleo.

Mitch no dejaba de mirarla.

—No creo que quiera ningún empleo. Esa es la misma mujer de anoche, la que decía que era antropóloga.

Donna se quedó sorprendida.

—¿La que tú echaste?

Él asintió.

—Claire Dellafield.

Donna la miró largamente.

—Creo que tienes razón. La peluca es muy natural. Aunque supongo que la señorita Dellafield no captó el mensaje la primera vez.

—Supongo que no —dijo Mitch sin dejar de mirarla—. A lo mejor debería averiguar por qué ha venido en realidad.

—¿Cómo vas a averiguar eso?

—Ya se me ocurrirá algo —afirmó Mitch mientras se dirigía hacia la mesa.

Fue evidente que Claire lo vio ir hacia ella, porque rápidamente se inclinó hacia delante y empezó a hablar con Vandalay como una cotorra. A Mitch se le aceleró el pulso, en preparación para la batalla.

Solo que aquella no tenía intención de perderla.

Capítulo Seis

Una larga sombra cayó sobre la mesa, pero Claire no apartó la mirada de Dick Vandalay. Si podía convencerlo de que su tesis favorecería el negocio, Mitch Malone no se atrevería a echarla de nuevo.

—Mi plan es reconstruir el estudio que mi padre condujo aquí hace veinticinco años —le explicó Claire—. Un estudio que espero que proporcione a La Jungla tanta publicidad gratuita ahora como lo hizo entonces.

—Solo hay un problema —apuntó Mitch, Vandalay finalmente se dio cuenta de que estaba allí—. Tal vez no sea la ciase de publicidad que favorezca al local.

Vandalay frunció un ceño velludo.

—¿A qué te refieres?

Mitch asintió en dirección a Claire.

—Esta es la mujer que empezó la pelea anoche.

A Vandalay se le pusieron los ojos como platos.

—¿Tú?

—Yo no empecé nada —dijo Claire con indignación—. Un par de hombres habían bebido demasiado y se descontrolaron. Estoy segura de que podría haberme hecho con la situación de no haber intervenido su gorila.

—Mi interferencia le salvó su bonito trasero —respondió Mitch.

Claire estaba empeñada en no perder los estribos.

—Yo preferiría si dejara mi trasero fuera de la conversación.

—Un momento —Vandalay alzó ambas manos, y entonces miró a Mitch—. Donna me dijo que anoche tuviste que echar a una mujer. ¿Me estás diciendo que Claire es esa mujer?

—La misma —replicó Mitch—. Solo que anoche era morena, no pelirroja —se volvió hacia ella—. ¿De verdad pensaste que esa peluca me engañaría?

Pero ella lo ignoró y se fijó en Vandalay.

—Esperaba poder engañarlo el tiempo suficiente para tener la oportunidad de hablar con usted. La pelea de anoche fue una mala suerte, pero le prometo que no volverá a ocurrir nada así.

—Claro —refunfuñó Mitch—. Supongo que no habrá mencionado el incidente en el lavabo de señoras.

—¿Qué incidente? —repitió Vandalay, mirando a uno y al otro.

—Eso no fue nada —le aseguró ella—. Lo importante es que ya he reclutado a varios voluntarios para mi proyecto de investigación.

Les haré una entrevista en profundidad a cada uno de los diez, pero también necesito verlos en acción en La Jungla.

—¿Planea entrevistarlos aquí? —le preguntó Vandalay.

—No —contestó Claire—. Creo que sería más valioso para mí ver a cada sujeto en su entorno personal. Así podré darme una idea de su vida privada en contraste con su comportamiento en un entorno social.

—¿Se va a meter en la casa de un extraño? —le preguntó Vandalay.

—¿No le parece un poco peligroso? —la interrumpió Mitch.

—Mi investigación no tiene por qué hacerse en sus casas —contestó Claire, sin dejar de mirar a Vandalay—. Podría quedar con ellos en un restaurante o cualquier lugar público. Y además, llevo un bote de spray antivioladores en el bolso.

Vandalay suspiró.

—Oye, Claire, ya sabes lo mucho que me gustaba tu viejo. Pero Marcus sabía desenvolverse en un sitio como este. No es lo mismo para una mujer.

—Es lo que pienso yo —corroboró Mitch.

—Eso es ridículo —dijo Claire de plano—. Entiendo su preocupación, señor Vandalay, pero creo que las posibles ventajas para su local son mayores que los riesgos.

Vandalay vaciló.

—A este club no le vendría mal un poco de publicidad gratis, eso es verdad.

Mitch sacudió la cabeza.

—La publicidad sea tal vez un titular de periódico que diga «Antropóloga atacada mientras conducía un proyecto de investigación en La Jungla».

Claire apretó los dientes, preguntándose si Mitch estaba verdaderamente preocupado por su seguridad, o tan solo molesto por que ella había quedado encima de él.

—Eso no va a pasar.

—Tal vez no —reconoció Vandalay—. Pero tengo una idea que creo que nos gustará a todos.

Claire disfrutó al ver que a Mitch se le borraba la sonrisa de la cara.

—Desde luego estoy abierta a alcanzar un acuerdo.

—Bien —Vandalay señaló al portero—. Quiero que Mitch te vigile, tanto aquí como durante esas entrevistas que pretendes hacer por ahí.

Claire se quedó boquiabierta. Cerró la boca y negó con la cabeza.

—No creo que eso sea necesario.

—Ni yo —dijo Mitch de plano.

—Maldita sea, Malone, te lo recompensaré —le prometió Vandalay—. Ya has demostrado que sabes cuidar de la señorita. Lo consideraré como un favor personal. Y siempre devuelvo los favores.

Mitch vaciló, dándole a Claire la oportunidad de intervenir.

—Me temo que va a aburrirse. La especialidad de antropología cultural puede llegar a ser bastante compleja.

—Siempre puedo llevarme un cuaderno para colorear —comento Mitch.

—Bueno, arreglároslas vosotros dos —contestó Vandalay—. Mientras los dos entendáis que no pienso dejar que la hija de Marc vaya por esta ciudad sin protección.

A Claire no le gustaron sus condiciones, pero en ese punto aceptaría cualquier cosa.

—Supongo que es razonable —dijo Claire.

—A mí no me parece razonable —soltó Mitch—. Me contrató de portero, no de niñera.

Vandalay lo miró con fastidio.

—No me des órdenes. Se te pagará lo que corresponda por las horas extras. Si no te gustan las condiciones, puedes largarte ahora mismo y ya buscaré a otro que ocupe tu puesto.

Claire vio que Mitch apretaba la mandíbula. El ultimátum de Vandalay no le había hecho gracia. Se lo merecía por ponerse así de gallito la noche anterior. ¿Pero quería de verdad pasar las próximas semanas en compañía suya?

Había llegado el momento de hacerle una contra oferta a Vandalay. Una que sabía que le gustaría.

—Tal vez haya un problema —empezó a decir ella.

Vandalay se volvió a mirarla.

—¿Cuál?

—Es importante que los sujetos de mi estudio no se sientan incómodos durante las entrevistas, lo cual es posible si Mitch está ahí de guardaespaldas mío.

—¿Y entonces?

Claire se inclinó hacia delante.

—¿Qué le parece si contrato a Mitch como ayudante de mi investigación? El dinero de la beca me da justo para cubrir el gasto extra, si él está dispuesto a conformarse con un salario mínimo. Así no le costará nada, Vandalay, porque Mitch será empleado mío.

Mitch la miró horrorizado.

—¿Está loca?

Claire empezaba a preguntarse lo mismo. Tenía que estar loca para tomar en consideración tal arreglo. Pero Dick Vandalay no le

dejaba demasiada elección. Si quería llevar a cabo el proyecto en La Jungla, entonces Mitch Malone era parte del trato.

—Regla número uno —le dijo—. Nunca discutas con el jefe.

Mitch abrió la boca, pero enseguida la cerró antes de darse media vuelta v marcharse de allí. Claire lo observó mientras se alejaba, fijándose en que él también tenía un trasero muy mono.

Sin duda, había ganado el primer round.

Mitch estaba en el sombrío sótano de La Jungla, marcando en su móvil el número de Elaine. Le habían dado el alta hospitalaria ese mismo día y a Mitch le fastidiaba tener que molestarla el primer día que estaba en casa, pero aquello era urgente.

—¿Diga?

No le sorprendió que ella misma contestara el teléfono. No era de las que solían hacerse las víctimas.

—Soy Mitch.

—¿Eh, compañero, qué hay de nuevo?

—Tenemos un problema —aspiró hondo, intentando decidir por dónde empezar—. Una antropóloga entró en La Jungla…

—¿Qué es, un chiste?

—No es ningún chiste —entonces le contó toda la historia—. De modo que ahora Claire Dellafield va a hacer el mismo estudio que hizo famoso a su padre —hace veinticinco años. Y de algún modo me han agarrado para ayudar.

—¿Y si te niegas?

—Entonces tengo que irme de aquí —se frotó la nuca con una mano—. Y la mujer necesita que alguien le eche un ojo. Solo que no quería ser yo ese alguien. Ya tenía un trabajo que desempeñar. Ahora serán dos.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Dellafield —alzó la vista hacia la parte superior de las escaleras para asegurarse de que la puerta estaba cerrada—. Claire Dellafield.

—Espera un momento.

Mitch oyó que el teléfono pegaba contra el suelo y después al marido de Elaine gritándole para que volviera a la cama. Momentos después Elaine volvió al teléfono, muy emocionada.

—Aquí lo tengo.

—¿El qué?

—Ya sabes que he estado recopilando toda la información posible acerca de Vandalay.

—Sí.

—Bueno, le pedí a la biblioteca que me enviaran todas las

revistas y artículos que pudieran encontrar en sus archivos sobre La Jungla —aspiró hondo—. Mitch, ahora mismo tengo delante una foto de Marcus Dellafield y Dick Vandalay. La instantánea es más o menos del setenta y siete.

—¿Y bien?

—Pues que esta podría ser la clave.

Mitch se cambió el teléfono de oreja, preguntándose si estaría trabajando demasiadas horas. Porque no entendía a Elaine.

—¿No lo ves? —continuó ella—. Vandalay trafica con afrodisíacos importados. Cosas como cuernos de rinoceronte, caballitos de mar y genitales de tigre. Cosas que uno solo puede encontrar en lugares remotos. Según la biografía de Dellafield, él ha viajado por todo el mundo, incluyendo sitios donde hay acceso a esos animales.

Mitch pestañeó.

—Pero Dellafield falleció el año pasado. No puede ser el proveedor de Vandalay.

—Tal vez su hija se haya hecho cargo del negocio. Este proyecto de investigación es la tapadera perfecta. Puede mantener el contacto con Vandalay y contactar con todos los mensajeros.

Mitch no podía negarle que algunas de las piezas encajaban. Especialmente cuando recordaba la intensa reacción que Claire había provocado en él la noche anterior. Y no solo en él, sino aparentemente en todos los hombres del local. Tal vez ella hubiera utilizado algún tipo de afrodisíaco, a lo mejor les había añadido algo a las bebidas, o más probable aún, se hubiera aplicado ella algún perfume especial.

Sacudió la cabeza, sabiendo que todo eso era una tontería.

—Vandalay no me habría asignado que la vigilara si ese fuera el caso.

—En realidad le das demasiado valor. Normalmente los criminales no son famosos por su cerebro —respondió Elaine—. Además, él piensa que tú eres un portero. No sabe que estás buscando lo que estás buscando.

—Yo diría que lo que dices es una posibilidad bastante remota.

—De momento es lo único que tenemos. Acércate a ella, Mitch. Utiliza algo de ese mágico encanto tuyo. Antes de que te des cuenta, te contará sus secretos más inconfesables.

Él no estaba tan seguro. En las últimas veinticuatro horas se había dado cuenta de que Claire tenía una voluntad de hierro. Además de un cuerpo de ensueño. Tendría que tener mucho cuidado, para ganarse su confianza sin llevar su relación demasiado lejos. Ya se había pasado demasiado en ese sentido la noche anterior.

—De acuerdo —concedió por fin, sabiendo que no le quedaba otra opción—. Me acercaré a ella y veré lo que puedo averiguar.

—Como te conozco —dijo Elaine con humor—, sé que eso no te llevará mucho. Mantenme informada.

—Lo haré. Ahora vuelve a la cama.

Mitch colgó y después se enganchó el teléfono al cinturón. Miró hacia las escaleras y pensó en lo que le esperaba. Una mujer que tal vez tuviera el poder de hacerle olvidar que aquello no era más que parte de un trabajo.

Pero de eso se preocuparía más tarde.

Claire bostezó disimuladamente mientras se bajaba del taburete. Había sido una noche larga, pero exitosa. Había reclutado a diez hombres para su proyecto de investigación. Era el momento de volver al apartamento y meter los datos recopilados en el ordenador.

Pero de camino a la puerta, se tropezó con un torso fuerte y musculoso que le impedía el paso. Al levantar la vista se encontró con el par de ojos más azules que había visto en su vida. El ritmo de su corazón empezó a igualarse al de la música, y Claire tragó saliva.

—Hola, Mitch.

—Lo acepto —dijo sin más preámbulo.

—¿El qué?

—Tu oferta para tomarme de ayudante. He cambiado de opinión.

Claire retrocedió un paso para poder respirar mejor. Tal vez la falta de oxígeno pudiera explicar su repentina disfunción cerebral.

—¿Cómo?

Mitch esbozó una medio sonrisa.

—Te estás repitiendo.

Claire aspiró hondo.

—Pero pensé que me habías dejado muy claro que lo último que deseabas era ayudarme con el proyecto.

—Un hombre puede cambiar de opinión, ¿no?

Claire empezó a sospechar inmediatamente, y eso que normalmente ella no era suspicaz. Pero algo no cuadraba. Tal vez fuera su tono de voz, o el modo en que la miraba. Le recordó a los tigres en Borneo, que paseaban alrededor de los poblados al anochecer.

—Un hombre como tú, no —Claire replicó por fin—. No si no tienes una buena razón.

Mitch le dio la espalda un instante para rasgar las entradas de tres mujeres que aparecieron a la puerta en ese momento. Tres

mujeres que a Claire le parecieron bastante mayores.

A pesar de lo alta que estaba la música, Claire oyó cómo una de ellas invitaba a Mitch a bailar. Él la rechazó con cortesía y después se volvió de nuevo hacia Claire.

—¿Entonces, cuándo empezamos?

—Aún no has contestado a mi pregunta. ¿Por qué este repentino deseo de ayudarme con el proyecto?

El evitó su mirada, pero a Claire no se le pasó por alto una expresión curiosa en sus ojos.

—Tal vez no quiera ser gorila toda mi vida. «Ayudante de Investigador» quedará muy bien en mi curriculum.

—Entiendo.

—Además, necesitas a alguien que te proteja por si te pasa lo de ayer.

Ella hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Eso no ocurrirá.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque no llevo la falda.

El miró la falda beis de cuero que llevaba puesta esa noche.

—¿Entonces crees que el no llevar la falda te hará menos deseable a los ojos de los hombres?

¿Deseable? Claire saboreó el escalofrío de placer que le produjo aquel elogio.

—Ni siquiera me has preguntado qué entraña el trabajo.

—Entonces dímelo.

—Tendrás que acompañarme a todas las entrevistas. El señor Vandalay ha insistido mucho en ese punto. Tal vez tú puedas conducir algunas de ellas. También necesitaré ayuda para recopilar datos adicionales en La Jungla.

—¿Quieres que haga algo más?

Ella se aclaró la voz.

—Ya veremos lo que surge.

A él le brillaron los ojos.

—A mí me suena bien —dijo en tono provocativo.

Claire ahogó un estremecimiento. Tal vez aquella no fuera tan buena idea, después de todo.

—Antes de aceptar mi oferta, creo que debes saber que el trabajo entraña hacer preguntas bastante sensibles a los hombres sobre su vida amorosa. Sobre sus sentimientos más profundos.

Mitch apenas pudo ocultar una mueca de asco.

—Entiendo —dijo con una sonrisa satisfecha—. No te va a gustar.

—No —contestó, aspirando hondo—. Las mujeres no paran de decirme que debería ser más… sensible —escupió, como si la

palabra le amargara la boca—. Que debería ser más comunicativo.

Claire sonrió de oreja a oreja, tal vez aquello resultara ser divertido. Disfrutaría viendo a Mitch desprevenido, por una vez.

—De acuerdo, estás contratado.

—¿Cuándo empezamos, entonces?

—¿Qué te parece mañana? Podríamos quedar a comer y discutir los pormenores.

El asintió.

—¿Dónde quieres quedar?

—¿Qué te parece en mi apartamento? —sugirió—. Así podré mostrarte el programa de ordenador que he confeccionado para el proyecto.

—Estupendo. ¿Cuál es tu dirección?

—Es la planta sexta de El Willoughby. En Central Park West.

El emitió un silbido.

—¿Cuánto gana una antropóloga?

—Estoy de alquiler —le dijo, decidiendo omitir la parte de la falda—. Mis compañeras de piso y yo conseguimos una ganga.

—¿A qué hora quieres que vaya?

—¿Qué te parece al mediodía?

Él asintió.

—Te veré entonces.

Claire salió de La Jungla acalorada y agradeció la suave brisa que soplaba en ese momento. Mitch Malone era va, oficialmente, su ayudante en la investigación. Esa era la oportunidad de hacer caso a Petra y darle a su vida un toque de pasión.

Y tal vez tomara en consideración hacer precisamente eso, una vez concluido el provecto.

Capítulo Siete

Al día siguiente, Mitch estaba en el vestíbulo de El Willoughby, donde el portero lo estaba interrogando.

—¿Nunca ha visto *El Mago de Oz*? —Franco Rossi negó con la cabeza, ciertamente desconcertado—. ¿Ni sabe quién es la Malvada Bruja del Oeste?

—Eso es —Mitch se metió las manos en los bolsillos—. De modo que no puedo darle la contraseña, porque no tengo idea de quién hizo de bruja buena.

—Hombre, es tan fácil —dijo Franco—, ¡Fue Billie Burke!

—Ya que lo hemos dejado claro, ¿me dejará pasar? —miró su reloj—. Como le he dicho, Claire Dellafield me espera.

Cuando Franco se disponía a seguir hablando de *El Mago de Oz*, las puertas del ascensor se abrieron y Claire accedió al vestíbulo. En la mano llevaba una correa que iba prendida al cuello de un perro caniche muy compuesto. El caniche miró a Franco y empezó a gruñir.

Claire miró a Mitch.

—Ha habido un ligero cambio de planes.

—¿Le has dado mi puesto al caniche?

Claire sonrió.

—Ya te gustaría. *Cleo* tiene una cita con su terapeuta, y me toca a mí llevarla.

—¿Quién es *Cleo*? —preguntó Mitch.

—Es ella —dijo Franco y señaló al caniche—. Abreviatura de Cleopatra. Y sin duda nuestra *Cleo* tiene algunos problemas emocionales.

El caniche le enseñó los dientes y le soltó un gruñido amenazador.

Franco retrocedió un paso.

—Me parece que no le caes muy bien —le dijo Mitch.

—El sentimiento es mutuo. No sé cómo mi novio permite que Higgy viva con ese chucho. Sobre todo porque obliga a los inquilinos de verano de Tavish a que se hagan cargo del perro gratis.

—¿Quién es Higgy? —preguntó Mitch, que estaba va totalmente perdido.

—La señora Higgenbotham —le dijo Claire—. Es mi vecina de al lado.

—Desde luego tienen un aire de familia —dijo Franco, y

entonces pegó un grito al ver que *Cleo* se agachaba en una esquina del vestíbulo—. ¡Otra vez no, chucho asqueroso!

Claire se agachó y tomó a la perrilla en brazos, seguidamente le hizo una seña a Mitch para que la siguiera.

—Será mejor que nos vayamos. Hasta luego, Franco.

—*Ciao* Claire —dijo, y entonces la miró de arriba abajo—. Por cierto, estás guapísima con ese vestido de tirantes. El turquesa es sin duda tu color. ¿No te parece, Mitch?

Mitch había estado intentando no fijarse. Pero Franco le había dado la excusa perfecta para hacerlo y deleitarse mirándola.

—Muy bonito.

Franco se tocó la barbilla mientras estudiaba a Mitch.

—¿Te han hecho alguna vez los colores?

Mitch sacudió la cabeza.

—No lo creo. Ni siquiera sé qué significa eso.

—Creo que tú eres el invierno —continuó Franco—, aunque con esta luz me cuesta decidirme. Si estás libre esta noche pásate por el apartamento ciento uno para hacerte una consulta. Es de mi novio, pero le encanta cuando invito a gente. Tal vez incluso nos dé tiempo a ver *El Mago de Oz*.

—Lo tendré en cuenta —contestó Mitch, que cruzó la puerta detrás de Claire.

Cuando llegaron a la acera, ella iba riéndose.

—¿Qué te ha hecho tanta gracia? —le preguntó él.

—La cara que has puesto —dijo Claire mientras *Cleo* olfateaba la acera—. ¿Tuviste miedo de que Franco te estuviera pidiendo una cita?

—Por supuesto que no —contestó Mitch—. Ya tiene novio, y Franco parece un tipo fiel.

—Lo es —reconoció Claire mientras caminaban los tres por la acera.

—Aunque me parece que está un poco loco. —Has visto cómo se ha agachado haciendo una llave de judo cuando *Cleo* le ha gruñido?

—Franco es cinturón negro en kárate y judo. Además, sabe todo de las personas que viven en el bloque.

—¿Entonces quiere decir eso que debería ir a Franco si quiero saber más cosas de ti?

Ella lo miró a los ojos.

—¿Por qué este repentino interés por mí?

Buena pregunta. Se encogió de hombros con desinterés.

—Tú eres mi nueva jefa. Solo tengo curiosidad por saber lo dura que vas a ser en el trabajo.

Ella sonrió.

—Según dicen mis alumnos, soy la reencarnación de Aula.

Enseño Antropología Cultural en la Facultad de Penleigh, en Indiana. Pero no te preocupes, Mitch, no voy a calificar tu rendimiento —entonces se puso colorada como un tomate—. Tu rendimiento en el trabajo, quiero decir.

—De acuerdo —contestó él, ciertamente confuso, tal vez fuera el momento de cambiar de tema—. ¿Adónde vamos exactamente?

—A Park Avenue. El terapeuta de *Cleo* tiene la consulta allí.

Mitch miró al perro.

—¿Por qué Cleo necesita ir a ver a un psiquiatra?

Claire se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Sufre de disfunción de intimidad canina.

—¿Y eso qué es, exactamente?

—En cristiano, significa que a Cleo no le interesan ninguno de los perros que la señora Higgenbotham le ha llevado para cruzarla.

—¿De verdad? Estás de broma.

—En serio. La señora Higgenbotham no se lo toma a broma. Sobre todo porque pagó una gran cantidad de dinero por esos machos. Y ahora uno de los dueños la ha llevado ajuicio.

—¿Ha llevado a juicio a un perro?

Claire asintió.

—Aparentemente, el macho no se tomó nada bien el rechazo, así que Cleo le dejó bien claro su desinterés mordiéndolo en un lugar muy sensible. Al macho le tuvieron que dar diez puntos.

Mitch hizo una mueca de dolor.

—¡Qué daño!

—Cleo tiene otro problema —anunció Claire mientras cruzaban una calle.

—¿Incontinencia? —dijo Mitch, pensando en el incidente en el vestíbulo de los apartamentos de Claire.

—No —Claire señaló el puesto de perritos calientes junto a ellos —. Un antojo insaciable de perritos calientes. No se moverá hasta que no le compremos uno.

Mitch miró a la caniche, que a su vez miraba con esperanza el puesto callejero.

—El único problema de esta perra es que está muy mimada.

Se agachó para levantarla en brazos y continuar caminando, pero Cleo hizo ademán de darle un mordisco con sus afilados dientes.

Mitch retiró la mano.

—O tal vez tenga hambre. ¿Y tú, Claire? ¿Te apetece comer? Te garantizo que no probarás un perrito caliente tan bueno en Indiana.

Ella asintió.

—Gracias. Tengo hambre. Lo quiero con mostaza y guarnición.

Mitch se volvió hacia el hombre del puesto y sacó su billetera.

—Tres perritos calientes, por favor. Uno normal, sin pan, y dos con todo.

—¿Mitch, por qué me lo has pedido con todo? Odio el *sauerkraut*, y además está lleno de cebolla.

—Pruébalo —dijo y retiró el envoltorio del suyo—. Te va a encantar.

Ella vaciló, entonces dio un pequeño mordisco y masticó despacio.

—No está mal.

—Está delicioso —contestó Mitch, y sonrió cuando Claire dio un segundo mordisco—. Reconócelo.

—De acuerdo —concedió ella—. Es el mejor perrito caliente que he probado en mi vida. ¿Cómo es eso posible?

—Este maravilloso aire que tenemos en Nueva York le da ese sabor tan especial.

Al dar otro mordisco, un pegote de ketchup chorreó por el otro lado y le cayó sobre la clavícula, a los pocos segundos se le deslizaba ya entre los pechos.

—Ay, no… —gritó ella, pero tenía las manos demasiado ocupadas para limpiársela.

Mitch reaccionó sin pensárselo dos veces, y metió los dedos por el escote del vestido para limpiarle el pegote.

Claire aspiró hondo cuando él le tocó la piel sedosa del nacimiento de sus pechos y sintió los rápidos latidos de su corazón bajo sus dedos. El contacto solo duró unos instantes, pero Mitch se sintió extrañamente desorientado.

Rápidamente se apartó de ella y se limpió los dedos con una servilleta. Entonces le quitó la correa de las manos y le pasó una servilleta limpia.

—Aquí tienes.

—Gracias —contestó ella sin mirarlo a los ojos, mientras se limpiaba el rastro del pegote con la servilleta.

Mitch se excitó al ver cómo pasaba la servilleta desde la clavícula hasta el nacimiento de sus turgentes pechos. Deseó hacerlo él mismo, y se dio cuenta de que ese breve contacto le había provocado para desear aún más.

No era buena idea. Pensó en Elaine, metida en aquella habitación de hospital, y se calmó. ¿Cómo podía estar allí deseando a Claire cuando tenía un trabajo que hacer? ¿Acaso no había aprendido ya la lección?

Se obligó a sí mismo a apartar la vista de ella y pensó en el caso que lo ocupaba. Sabía que ni siquiera le había preguntado nada aún de la relación de su padre con Vandalay. Pero también sabía que se lo tenía que tomar con calma. Lo que menos deseaba era levantar

sospechas.

—Bueno, háblame un poco más de este proyecto de investigación tuyo. ¿Cómo funciona exactamente?

—Bien, hay tres fases. Una es la de observación, que consiste básicamente en tomar apuntes que tengan que ver con la interacción entre hombres y mujeres en La Jungla.

—¿Por qué La Jungla? —preguntó—. Hay muchos bares para solteros en Nueva York, y la mayoría mucho más bonitos que el que has escogido.

—Yo no lo escogí —contestó Claire—. Hace veinticinco años La Jungla era el sito más de moda en Nueva York. Mi padre lo escogió para investigar cómo se relacionaba la gente con los extraños en plena revolución sexual. Ahora quiero ver si algo ha cambiado desde entonces, si han cambiado los clientes de La Jungla y el local en sí.

¿Sería solo eso, o Elaine no se había equivocado?

—¿Entonces cómo encaja Dick Vandalay en todo esto?

—Sé que quiero entrevistarlo. Él está ahí desde el principio, y podrá hablarme de todas las cosas que ha visto acerca del tema.

Tal vez ese fuera el sistema para atrapar a Vandalay.

Sugerirle a Claire algunas preguntas que lo pillaran desprevenido. Preguntas que, desde el principio de la investigación, intrigaban tanto a Mitch como a Elaine.

—Estoy libre esta tarde si quieres entrevistarlo hoy.

Claire sacudió la cabeza.

—Él es el último de mi lista. No quiero que sus opiniones influyan en mi investigación.

Eso quería decir que tendría tiempo suficiente para investigar la posible complicidad de Claire en el caso. Solo había un problema, que ella parecía totalmente entregada a su estudio. O bien era una estupenda actriz, o aquel estudio no era ninguna tapadera para el trafico con sustancias ilegales.

—Allí está —dijo Claire, señalando a un bonito edifico de Park Avenue.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Esa es la dirección que me dio la señora Higgenbotham. Y Cleo parece reconocer el sitio.

Mitch miró a la perra y vio que tiraba con fuerza de la correa.

—¿Y cómo conversa con su terapeuta?

—No lo pregunté.

—Chica lista.

Cuando llegaron a la clínica, Claire le pasó la perra a la recepcionista mientras Mitch esperaba en el pasillo.

—Tenemos que recoger a Cleo dentro de una hora —le dijo Claire al salir de la clínica—. El tiempo suficiente para hacer una entrevista.

—¿Con quién? —preguntó, esperando que hubiera cambiado de opinión acerca de Vandalay.

Ella le sonrió.

—Contigo.

—¿Empezamos? —le preguntó Claire cuando se sentaron en la terraza de un café que estaba justo enfrente a la consulta del doctor Fielding.

Abrió el cuaderno de notas sobre la mesa de hierro forjado y preparó el bolígrafo.

Mitch dejó sobre la mesa el refresco de uva al que ella le había invitado.

—Dime otra vez por qué tenemos que hacer esto.

—Porque quiero detectar los fallos que pueda haber en el cuestionario antes de empezar con las entrevistas reales.

A Claire eso le pareció bien, razonable. Esperaba que él se lo tragara.

—¿Y? —insistió con evidente suspicacia.

Su penetrante mirada azul la inquietó, desde luego, para ser portero de una discoteca, era tremendamente inquisitivo.

—Estoy algo nerviosa por el hecho de tener que entrevistar a unos extraños sobre su vida sexual —le confió—. Pensé que si podía llevar a cabo las preguntas más peliagudas contigo, con el resto de los candidatos sería fácil.

Mitch sonrió.

—¿Tanto miedo doy?

Sí. Pero por otras razones. Miedo porque más que concentrarse en el proyecto, lo que deseaba Claire era lanzar el cuaderno lejos y concentrarse en él. Miedo porque no podía olvidar el beso que se habían dado. Claro que seguramente él ni se acordara.

—Por supuesto que no. Solo eres… —Claire vaciló mientras intentaba pensar en un modo de describir a Mitch que no revelara la atracción que sentía hacia él.

Y Mitch no la estaba ayudando, que se dijera. Continuó bebiéndose el refresco despacio, con un aspecto demasiado sexy para el bien de los dos.

—Eres el tipo de hombre duro y silencioso —dijo por fin—. Son más difíciles de entender.

Él encogió los amplios hombros.

—Que yo sepa, a las mujeres les gustan los hombres así.

—Tal vez digan eso —respondió—. Pero los estudios demuestran que la falta de comunicación es una de las razones por las que las parejas buscan ayuda.

Mitch se inclinó hacia delante y Claire notó el movimiento de sus músculos bajo su camisa de algodón de manga corta.

—¿Entonces qué clase de hombre prefieres tú? ¿Silencioso o hablador?

Claire lo miró a la cara.

—Esto no va de mí. Necesito continuar siendo un observador imparcial en este estudio y no dejar que los entrevistados me hagan las preguntas a mí. Igual que tú estás intentando hacer ahora. Mis preferencias personales son irrelevantes.

—Para mí no.

Sus palabras consiguieron que agarrara el bolígrafo con más fuerza mientras apuntaba su nombre en la parte superior del cuestionario. ¿Qué había significado aquello?

—Pregunta número uno —empezó, decidiendo ignorar su comentario y continuar con la entrevista—. ¿Cuántos encuentros sexuales has tenido en el último año?

—No hago marcas en la cabecera de la cama —dijo con pesar.

—¿Menos de diez? —continuó Claire, como si él no la hubiera interrumpido—. ¿De diez a quince? ¿De quince a veinticinco? ¿O más de veinticinco?

—Defíneme encuentro sexual.

Ella levantó la vista del cuaderno.

—¿No entiendes la pregunta?

Mitch se inclinó hacia delante.

—¿Estás hablando del acto sexual o de cualquier contacto físico placentero con una mujer? Como la otra noche, cuando te saqué en brazos de La Jungla.

—Me refiero a cualquier contacto sexual.

—Como cuando te saqué de La Jungla, entonces —dijo en tono sensual.

Claire se puso colorada.

—Como en ese momento los dos íbamos vestidos, no creo que eso cuente como contacto sexual.

Mitch dejó el refresco sobre la mesa.

—¿Entonces crees que una persona tiene que estar totalmente desnuda para que haya contacto sexual?

—Por supuesto que no —balbuceó—. Pero el contacto físico no es lo mismo que el sexo. Ninguno de los dos tuvimos ganas de fumarnos un cigarrillo cuando me lanzaste en el taxi. ¡Lo cual no me resultó en absoluto placentero!

El pestañeó.

—Te pillé.
—¿Cómo?
—Se supone que no tienes que dejar que el entrevistado acabe haciéndote a ti las preguntas. Tus sentimientos son irrelevantes. Has suspendido el examen. ¿Quieres volver a intentarlo, Claire?
Ella aspiró hondo y resistió la tentación de echarle el refresco encima.
—Vamos a continuar con la entrevista, ¿te parece? Estoy esperando que contestes a la primera pregunta.
—¿Me la puedes repetir?
—¿Cuántos encuentros sexuales has tenido en el último año? Menos de diez. De diez a quince…
Mitch levantó la mano.
—Ya me acuerdo de esa parte.
—Puedes ser sincero —le dijo—. No te molestes en intentar impresionarme.
Él hizo un rápido cálculo mental antes de responder.
—Menos de diez.
—¿Eso es todo? —le preguntó, ligeramente escéptica.
—¿No me crees?
—Solo es que un hombre como tú…
Él arqueó una ceja, esperando a que Claire continuara.
—A lo mejor deberíamos pasar a la pregunta siguiente.
Él negó con la cabeza.
—Quiero saber por qué dudas de mí.
Claire lo miró a los ojos.
—Quizás tenga algo que ver con el modo en que me besaste anoche. A mí me pareció que tenías mucha práctica.
Mitch sonrió.
—Gracias.
—¿Estás seguro de que la respuesta es menos de diez?
—¿Y qué importa? —preguntó Mitch—. Esta entrevista es solo para practicar.
Mitch tenía razón. Claire anotó la repuesta.
Mitch se inclinó hacia delante.
—¿Y cuántos encuentros sexuales has tenido tú, Claire?
Pero ella no pensaba dejar que él le hiciera las preguntas, ni tampoco revelar detalles de su casi inexistente vida amorosa.
—Vamos por la segunda pregunta.
Mitch se arrellanó de nuevo sobre el respaldo y dio un trago de su refresco.
—De acuerdo.
—¿De media, cuánto duran tus relaciones con una mujer? Puedes elegir entre menos de un mes, de uno a tres meses, de tres a

seis, o de seis meses o más.

—Menos de un mes.

Claire lo miró.

—¿Entonces, no buscas una relación estable?

—¿Esa es una pregunta?

—Más bien una deducción —hizo una anotación en el margen—. Aunque supongo que esto me obliga a hacerte una segunda pregunta. ¿Quién suele romper la relación, tú o la mujer con la que estés?

—Normalmente es mutuo —Mitch se terminó el refresco—. Y normalmente esto ocurre porque después de atraerle el tipo varonil y silencioso, se da cuenta de repente de que quiere empezar a comunicarse. A partir de ahí todo va de mal en peor.

Claire no pudo evitar sonreír al detectar la confusión en su tono de voz.

—Pregunta número tres. Señala los atributos físicos que te atraen en una mujer.

—Nunca lo he pensado así —dijo Mitch mientras la estudiaba—. Me gusta una mujer que tenga una sonrisa bonita, los ojos bonitos, bonitos pechos.

—¿Quieres decir grandes? —le preguntó Claire inclinada sobre el papel, su curiosidad era estrictamente profesional.

—No, quiero decir… —suspiró—. No sé qué demonios quiero decir. Solo sé lo que me gusta.

—Me ayudaría mucho si pudieras ser más específico.

—¿Quieres un ejemplo?

—Si con eso te va a resultar más fácil contestar a la pregunta.

—De acuerdo, por ejemplo tus pechos —él la miró precisamente ahí—. Son bonitos. Ni demasiado grandes, ni demasiado pequeños. Bonitos.

Claire arqueó una ceja.

—¿Qué pasa? ¿Es que intentas meterme en la entrevista?

—No —dijo con sinceridad—. Intento contestar la pregunta. Pero si empezamos a hablar del tamaño de mis atributos, entonces se acabó.

Claire ahogó una sonrisa, tremendamente tentada a hacer precisamente eso.

Pero aún no quería que se marchara. Sobre todo porque todavía quedaban quince preguntas.

—Pregunta número cuatro…

* * *

Después de lo que le pareció una eternidad, Claire cerró el

cuaderno de notas con un suspiro de satisfacción.

—Creo que ha ido muy bien, teniendo en cuenta que es mi primera vez —entonces miró el reloj—. Es hora de ir a recoger a Cleo.

Mitch suspiró aliviado al tiempo que se levantaba del asiento. La humedad había aumentado a medida que avanzaba el día, y Claire tenía la frente ligeramente sudorosa. Se le habían escapado de la coleta varios mechones de cabello fino, que se rizaban alrededor de su cara.

—Iré contigo —le dijo, aunque lo que quería en realidad era volver a casa y darse una ducha fría. O tres.

—No hace falta —dijo, y se guardó el cuaderno en la bolsa de tela que llevaba al hombro—. Estoy segura de que no te pilla de camino.

—Me dijiste que habías metido unos datos en el ordenador —dijo—. Creo que debería verlos por si tengo alguna pregunta.

Gracias al bobo del portero no había podido subir al apartamento de Claire.

Claire vaciló.

—Lo cierto es que voy a tomar el camino más largo para volver a casa. Cleo tiene que dar un paseo por Central Park después de la sesión, es para liberar energía nerviosa.

—Después de la entrevista yo también me siento algo nervioso. Un paseo me parece una idea genial.

El caniche no estaba del todo listo cuando llegaron a la consulta del doctor Fielding. Mitch siguió a Claire a una atestada sala de espera, asombrado al ver la cantidad de gente en Nueva York que creía en la terapia para perros. Y que de hecho pagaba por ello.

La recepcionista los llamó desde el mostrador.

—El doctor Fielding quiere hablar con ustedes un momento. Es la segunda puerta a la izquierda.

Claire se volvió a mirar a Mitch y le hizo una seña para que la acompañara. El hilo musical sonaba por los altavoces y las paredes del pasillo estaban cubiertas de fotografías de perros sonrientes. Al menos parecían felices. Sin duda, el resultado de terapia canina intensiva.

La puerta de la consulta estaba abierta y el doctor se puso de pie cuando entraron. Se acercó a ellos y les estrechó la mano.

—Ustedes deben de ser los padres de Cleo. Me ha hablado tanto de ustedes. Soy el doctor Fielding.

—¿Cleo habla con usted? —preguntó Mitch, incapaz de contenerse.

—No verbalmente, por supuesto —dijo el hombre con una sentida risotada—. Pero a veces ese lenguaje es más agudo que el

verbal. ¿No le parece, señor Higgenbotham?

—En realidad yo soy la vecina de Cleo —le informó Claire—. Claire Dellafield. Y este es Mitch Malone.

—Bueno —dijo el doctor mientras se sentaba en una esquina de su escritorio—, me parece maravilloso. Me encanta ver cómo la gente apoya a los pacientes. Es tan importante para su recuperación.

—¿Dónde está Cleo? —preguntó Claire, mirando a derecha e izquierda.

—Le están haciendo la manicura —contestó el doctor Fielding—. Es una práctica habitual en nuestro programa de tratamiento.

—¿Hay alguna razón por la que quería vernos? —le preguntó Claire—. Tal vez sería mejor si hablara directamente con la señora Higgenbotham.

—No, no —le aseguró el hombre—. Usted puede pasarle mi mensaje, si no le importa. Solo quería asegurarle a todos los que se preocupan por el bienestar de Cleo que la sesión ha ido muy bien hoy. Creo que si se continua con esta terapia intensiva, Cleo podrá superar su miedo a la intimidad.

—Solo por curiosidad —dijo Mitch—. ¿Cuánto cobra por una sesión?

—Lo estándar —contestó el doctor—. Doscientos cincuenta a la hora.

—¿Doscientos cincuenta dólares? —le preguntó Mitch con incredulidad.

—Eso es —contestó el hombre alegremente—. Naturalmente, eso incluye la manicura, la sesión de biofeedback y la terapia de regresión al pasado.

—Naturalmente —dijo Mitch—. He elegido la profesión equivocada.

En ese momento se abrió la puerta y apareció una mujer con una bata blanca que llevaba a Cleo en brazos.

—Esta monada está lista para marcharse, doctor.

—Estupendo —el doctor tomó a Cleo en brazos y la alzó en el aire—. Hola, mi pequeñita. Qué bonita eres. Tan delicada, tan preciosa.

Cleo le gruñó.

El doctor Fielding le pasó el caniche a Mitch.

—Una reacción positiva. Es vital para la recuperación.

Mitch se la pasó a Claire, dudando si era el perro el que necesitaba el tratamiento.

—Lo tendré en cuenta.

—Solo nos falta la correa y podremos irnos.

El doctor Fielding la miró horrorizado.

—No es buena idea. Ni las correas ni las restricciones de ningún tipo, van en detrimento de la terapia que practico —el médico abrió un cajón y le pasó la correa a Claire—. Por favor, utilícenla con sumo cuidado. Deje que Cleo la dirija, no tire de la correa a no ser que sea estrictamente necesario.

Les llevó diez minutos salir del edificio, ya que la perra se paró a olisquear cada rincón y cada planta.

—A este paso vamos a tardar un buen rato en llegar a Central Park.

Nada más oír mencionar el parque, Cleo giró hacia la izquierda y empezó a correr en esa dirección.

Cuando llegaron a Central Park, tanto Mitch como Claire estaban sin resuello.

—Por fin —dijo Claire mientras se sentaba en un banco del parque y dejaba que el caniche se revolcara en el césped.

Mitch se sentó a su lado.

—¿Cansada?

—Un poco —contestó, intentando no jadear demasiado—. ¿Crees que Cleo ha recuperado ya su sensación de libertad, como dijo el doctor?

Pero cuando Mitch iba a contestar, Cleo se irguió al oír a una paloma hurgando entre unos arbustos que había junto a ellos y se lanzó sobre los matorrales, arrancándole a Claire la correa de la mano.

—Creo que sin duda está disfrutando de su libertad.

Claire se puso de pie.

—¡Vuelve aquí! ¡Ahora mismo, Cleo!

Pero el caniche había volado.

Capítulo Ocho

—¿La ves? —Claire se dio la vuelta despacio, buscando al caniche con la mirada.

—No. Me parece imposible creer que haya desaparecido así, tan rápidamente. Es la última vez que hago caso del consejo de un terapeuta para perros.

—Seguramente tendré que colocar carteles de Cleo por todas partes, ofreciendo una recompensa —dijo Claire—. La señora Higgenbotham me matará. A lo mejor incluso nos echará del apartamento.

—No pienses en eso aún —le dijo Mitch—. Ese perro tiene que estar por aquí.

—¿Cómo es de grande Central Park?

—No estoy seguro —respondió Mitch—. Creo que una vez leí que tiene unos ochocientos acres. Tal vez un poco más.

Claire gimió.

—No podremos recorrernos todo eso en un día. ¿Y si la perra está herida? ¿Y si se ha caído a un estanque? ¿O si se pelea con otro perro?

—Estoy seguro de que Cleo sabrá nadar. Y en cuanto a defenderse, acuérdate de lo que le hizo a ese macho.

Claire se tiró un poco del corpiño del vestido al notar que estaba sudando.

—¿Entonces qué hacemos ahora? ¿Llamar a la policía?

Mitch dejó de mirarle los pechos y la miró a la cara.

—La policía ni siquiera empieza a buscar a una persona desaparecida hasta que no han trascurrido veinticuatro horas.

—¿Entonces qué hacemos?

—¿Y si vamos a un puesto de perritos calientes? Tal vez podamos atraerla con una salchicha.

—Buena idea —Claire se apartó de la acera al ver a una familia en bicicleta que se aproximaba hacia ellos—. ¿Por qué no nos separamos? Tú puedes ir a comprar un perrito mientras yo continuo buscándola.

Él frunció el ceño.

—No me parece buena idea. Es mejor que nos quedemos juntos.

—Pero si nos separamos podremos cubrir más terreno —Claire señaló la extensa área de arbustos a espaldas suyas—. Seguramente Cleo estará por ahí persiguiendo a algún pájaro. A ver si con la salchicha podemos sacarla.

Mitch miró a su alrededor y seguidamente echó a andar en dirección opuesta.

—Volveré dentro de un rato con el perrito —gritó girando la cabeza.

—Mantén los ojos bien abiertos, Mitch —le contestó Claire, pero lo cierto era que estaba empezando a perder la esperanza.

Claire se imaginaba ya lo histérica que se pondría la señora Higgenbotham si volvía al apartamento sin el caniche. Franco se alegraría, pero ella y sus compañeras de piso a lo mejor acababan en la calle.

Claire se adentró entre los altos arbustos, buscando algo blanco y rosado que destacara entre tanto verdor. Empezó a apartar ramas a su paso, se le había ocurrido que tal vez la correa se hubiera enganchado en algún sitio. Quién sabía si Cleo estaría atrapada y no podía salir.

De repente, un ruido la hizo detenerse. Le pareció un gruñido bajo. ¿Cleo? Se puso de rodillas con cuidado y se asomó por debajo del denso seto.

—¿Cleo? Cleopatra, es hora de salir.

Pero el caniche no apareció. Claire empezó a retroceder para salir del seto cuando el sonido de una voz malévola le dejó paralizada momentáneamente.

—Bonito paisaje.

La extraña voz hizo que Claire se estremeciera. Al ir a incorporarse sintió que le hincaban algo frío y duro en la espalda. ¿Sería una pistola?

—Vuelve a ponerte a cuatro patas —dijo el hombre con voz ronca—. Ahora mismo.

Ella volvió a colocarse de ese modo, demasiado aturdida para pensar a derechas.

—Ahora mira al frente —le ordenó—. Y dame la bolsa.

Claire se retiró la bolsa del hombro con el corazón latiéndole a cien por hora. No podía ser que le estuvieran atracando en pleno Central Park. En su bolsa había una pequeña cantidad de dinero, la llave del apartamento y las notas que había tomado durante la entrevista de ese día, notas muy detalladas sobre la vida sexual de Mitch.

—¿Puedo quedarme con el cuaderno? —le preguntó, molesta al notar que le temblaba la voz.

—Aquí no hay nada —exclamó el atracador mientras vaciaba la bolsa de Claire en el suelo—. ¿Qué más tienes?

Claire cerró el puño derecho para que aquel tipo no viera el anillo de esmeralda que su padre le había regalado hacía diez años. Pero el furtivo movimiento llamó la atención del atracador.

—Dame el anillo.

—No —soltó ella, pero enseguida sintió que le hincaba con más fuerza el cañón de la pistola en la espalda, y Claire supo que sería una estupidez arriesgar su vida por un anillo, por mucho que significara para ella.

Con mucho pesar se quitó en anillo y se lo pasó al hombre que tenía detrás.

Un movimiento entre los arbustos llamó la atención de Claire. Mitch estaba también bajo el seto, a cuatro patas, buscando a Cleo. Claire pensó que tenía que buscar el modo de avisarlo antes de que el atracador se diera cuenta de su presencia.

—¿Entonces cómo es esa pistola?

Mitch levantó la cabeza y la miró con expresión confusa.

—Lo suficientemente grande para volarte la tapa de los sesos —respondió el ladrón con una risotada.

Mitch entrecerró los ojos mientras valoraba la escena que tenía delante. Claire vio que apretaba los dientes y que seguidamente se ladeaba cuidadosamente para ver mejor al hombre que la apuntaba por la espalda.

—Creo que sería mejor que se marchara —le dijo Claire al atracador, temiendo por la vida de Mitch—. Alguien podría verlo.

—¿Llevas más joyas encima? —le preguntó, ignorando su consejo, entonces se acercó más a ella y a Claire le llegó un aliento fétido a tabaco y a salchichón—. Será mejor que yo mismo eche un vistazo.

Claire se puso tensa, lista para salir corriendo, cuando oyó que el hombre gemía y después el crujir de un hueso. Volvió la cabeza y vio al atracador en el suelo con Mitch a horcajadas encima de él.

—Cuidado —le gritó Claire—. ¡Tiene una pistola!

Pero el hombre solo se echó mano a la nariz, que le sangraba profusamente. Mitch se agachó y levantó algo del suelo.

—No es una pistola, sino una barra de salchichón.

Claire se quedó mirando el salchichón boquiabierta. El arma de su asaltante era una barra de salchichón de las que se compraban en cualquier tienda de alimentación. Se acercó al hombre, muy enfadada.

—¿Salchichón? ¿Me ha robado con un salchichón?

—Mi nariz —se quejó el asaltante—. Creo que me la ha roto.

Claire se agachó muy enfadada y repasó los bolsillos del abrigo del atracador hasta dar con la esmeralda. Entonces le quitó a Mitch el salchichón y le dio al hombre un buen golpe en la rodilla con la barra, que se partió en dos. Claire lanzó el pedazo que tenía en la mano a un lado, llena de frustración.

En ese momento un caniche blanco salió de detrás del seto y se

lanzó sobre el salchichón.

—¡Cleo! —exclamó Claire.

Entonces, sin razón alguna, se echó a llorar.

Mitch agarró el extremo de la correa de Cleo y la ató a un árbol cercano. Entonces abrazó a Claire y empezó a susurrarle palabras suaves al oído para tranquilizarla.

Cuando finalmente se apartó de él, vio que no había nadie detrás de ellos.

—El atracador se ha largado.

Mitch volvió la cabeza y seguidamente se volvió a mirarla.

—No pasa nada. No creo que atraque a nadie con un salchichón durante una temporada.

—Espero que ese puñetazo en la nariz le haya servido de lección —dijo Claire con rabia.

Se colocó bien el anillo de su padre, y pensó en lo cerca que había estado de perderlo.

—Tiene suerte de no tener también la rodilla rota —se burló Mitch—. Con el golpe que le has dado, seguramente le habrás dejado un moretón.

—Y tú haciendo bromas —dijo aún nerviosa.

—Sí —dijo Mitch reflexivamente—. Lo hago cuando estoy muerto de miedo.

Ella lo miró a los ojos, y la preocupación que vio allí hizo que se enterneciera.

—¿Y qué más haces?

—Esto —inclinó la cabeza y la besó.

No fue como el beso a la puerta de La Jungla. Aquel había sido ardiente, apasionado. El que le estaba dando en ese momento fue suave, relajante, renovador. Casi reverente.

Claire aspiró hondo y se apartó un poco de él, tratando de no pensar demasiado en aquel beso. Pero el corazón le dio un vuelco de todos modos.

—Lo siento —dijo él bruscamente.

—No, yo lo siento —contestó algo mareada—. No sé lo que me ha pasado. Es muy raro que me eche a llorar, solo es que nunca me han atracado.

El se pasó la mano por los cabellos.

—Yo nunca he besado a una mujer en Central Park. Me imagino que no debería haberme aprovechado así de ti.

Claire se volvió a desatar la correa de la rama, preguntándose si Mitch querría decir que se arrepentía de haberle dado aquel beso tan maravilloso.

—No pasa nada. Me alegro mucho de haber recuperado mi anillo. Y de que Cleo haya aparecido.

Mitch se agachó para recoger el contenido de la bolsa de Claire, que aún estaba esparcido por el suelo.

—Gracias al salchichón.

Claire lo miró y se echó a reír.

—No puedo creer que pensara que era una pistola. Qué boba soy.

—Hiciste lo correcto —le aseguró—. Es mejor no arriesgarse en situaciones como esa.

Ella puso los brazos en jarras.

—Pues aplícate el consejo, Mitch. Tú tampoco sabías que lo que tenía en la mano era un salchichón cuando te echaste encima de él. Eres portero de una discoteca, Mitch, no policía. Si el tipo hubiera tenido una pistola, podría haberte matado.

Mitch no dijo nada, la miró unos segundos más, como si quisiera añadir algo, pero entonces apartó la mirada y se encogió de hombros.

—Supongo que tienes razón.

—Sé que la tengo —echaron a andar por el camino, esa vez agarrando con fuerza la correa de Cleo—. ¿Crees que deberíamos ir a la policía?

Mitch negó con la cabeza.

—Ahora no van a encontrar a ese tipo. En esta ciudad ocurren muchos atracos como para investigarlos todos. Pero si te vas a sentir mejor, puedes llamarlos.

Claire se miró las rodillas y vio que las tenía llenas de barro.

—En este momento lo único que quiero es irme a casa y darme un baño.

—Parece que a Cleo tampoco le iría mal uno —comentó Mitch, mirando a la perra.

Por primera vez Claire se fijó en las hojas y el barro que se adherían al pelo del caniche. Se agachó a limpiárselos, pero la perra estaba bastante sucia.

—No te preocupes —le dijo Mitch cuando llegaron al Willoughby—. Si la señora Higgenbotham se enlacia por el aspecto de Cleo, que la próxima vez la saque ella.

—Tienes toda la razón —dijo Claire mientras se limpiaba las manos de hojas húmedas—. ¿Te importaría que te enseñara el programa del ordenador otro día? Creo que necesito asearme un poco.

—No hay problema —contestó Mitch, los dos allí de pie a la puerta del edificio—. ¿Cuándo es la primera entrevista?

—El jueves a las dos —contestó, dándose cuenta de que pasarían tres largos días hasta que volvieran a verse—. ¿Te parece bien?

Él reflexionó un momento y entonces asintió.

—¿Por qué no quedamos en la esquina de la Treinta y Dos con Broadway? ¿Alrededor de las dos menos veinte?

—Me parece bien.

Claire sonrió.

—Seguramente resultará aburrido después de la agitación de hoy.

Mitch sonrió.

—Si hay algo que he aprendido recientemente, es que la vida contigo no tiene nada de aburrida.

Desde el día en que Claire se había puesto la falda negra, su vida había sido más intensa, más divertida.

—Pero, ¿cuánto duraría la magia?

—Bueno, pues adiós.

—Adiós.

Después de devolver a Cleo a la señora Higgenbotham, a quien no le contó el incidente del parque, Claire se quedó pensando unos segundos en el pasillo. Avanzó unos metros y se plantó delante de la puerta de Petra, había llegado el momento de hacer frente a sus sentimientos.

Petra sonrió al ver a Claire a su puerta.

—¡Claire! Qué sorpresa.

Claire aspiró hondo.

—Dime cuál es la mejor manera de seducir a un hombre.

—Eso es muy sencillo —dijo Petra mientras la invitaba a pasar —. Encuentra una excusa para que uno de los dos se desnude — añadió después de cerrar la puerta.

—¿Sencillo? —Claire se dejó caer en el sofá—. Tal vez para ti. Pero no todas nosotras nos ganamos la vida esculpiendo estatuas de hombres desnudos.

—Cierto —dijo Petra en tono pensativo—. ¿Por qué crees que elegí esta profesión? —señaló la impresionante colección de torsos masculinos desnudos que decoraba el salón—. Si te gusta alguno de estos, dímelo. Puedo darte su nombre y número de teléfono.

Claire sacudió la cabeza.

—No me interesa cualquier hombre.

—¿Entonces quién?

Claire tragó saliva.

—Mitch Malone.

—Ah —Petra sonrió—. Entonces volviste a La Jungla.

Claire asintió.

—Es una larga historia, pero el resultado es que Mitch es ahora mi asistente en la investigación —entonces se le ocurrió otra idea—. Espera un momento… ¡Yo no puedo seducirlo! Sería acoso sexual.

Petra volteó los ojos con impaciencia.

—Mitch es el hombre que te sacó de La Jungla en brazos, ¿te acuerdas? Después te besó. No creo que se sienta acosado solo porque le hagas saber que estás interesada en él.

—¿Pero cómo voy a hacer eso? —preguntó Claire—. De otro modo que no sea quitándome la ropa.

Petra se sentó en frente de ella.

—¿Qué hay de esa intrigante falda negra? Parece que la última vez que te la pusiste te funcionó de maravilla.

Claire sacudió la cabeza.

—En realidad no quiero utilizar ningún medio artificial esta vez. No me parece justo. Quiero que Mitch me desee por mí misma.

—Entonces tendrás que idear una buena estrategia —dijo Petra con alegría—. Averiguar cuál es su punto débil. ¿Qué sabes de él por ahora?

—Besa de maravilla —empezó a decir, recordando el interludio en el parque—. También es fuerte, protector, divertido. ¿Pero me puedo atrever a liarme con un hombre que dice que el hablar fastidia una relación?

Petra arqueó una ceja.

—No sabía que te interesara hablar.

Claire se desplomó de nuevo en el asiento.

—No puedo creer que estemos hablando de esto.

Su madrina se echó a reír.

—¿Bueno, no has venido a Nueva York precisamente a estudiar el comportamiento de los humanos cuando se aparean? Creo que es la oportunidad ideal para darle utilidad a tu investigación.

—Tal vez todo esto sea un gran error —comentó Claire, llena de dudas, parecía que el beso del parque le había hecho papilla el cerebro—. ¿Y si la relación con Mitch interfiere con mi trabajo?

—Creo que el ignorar tus sentimientos hacia él iría más en detrimento de tu trabajo que sacarlos a la luz. Uno no puede ahogar la pasión, Claire. Tarde o temprano sale a borbotones, y normalmente en el peor de los momentos.

Claire se puso de pie con resolución.

—Gracias, Petra. Necesito pensar un poco en lodo esto. Pero aprecio tu consejo.

—De nada. Solo te pido que tengas cuidado —le advirtió su madrina—. Si te parte el corazón, tendré que cargármelo. Y no sé por qué pero me parece que los guardias de la cárcel no querrían posar para mí.

—Intentaré tenerlo en mente.

Claire solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

El jueves por la tarde, Mitch estaba en una esquina de Manhattan, esperando a Claire para acompañarla a la primera de las entrevistas. Como llevaba ya diez minutos de retraso, Mitch miró a su alrededor a ver si la veía. Esperaba al menos que en esa ocasión no se presentara con el caniche. Para sufrir disfunción de intimidad canina, Cleo era toda una celestina.

Mitch se dijo que debía dejar de besar a Claire. Inmediatamente. Sin más dilación. Desde ese momento su trato con ella sería solo profesional. Eso significaba que nada de besarla, nada de desnudarla mentalmente, nada de fantasear con ella. Cero.

Se volvió a mirar por la calle Treinta y Dos, esperando ver a una morena conocida entre el mar de transeúntes. Desde que la había besado en Central Park había tenido ganas de verla.

Y eso lo fastidiaba.

Un taxi se detuvo junto a la acera y Mitch vio a Claire en el asiento de atrás del vehículo. Cuando ella abrió la puerta y salió del taxi, le dio un vuelco el corazón.

—Basta —se reprendió entre dientes.

—Siento llegar tarde —dijo ella con una sonrisa—. Franco se empeñó en enseñarme su última llave de kárate.

Mitch sonrió sin darse cuenta.

—No pasa nada.

—En realidad tengo un problema. Aunque es más algo bueno en una mala situación.

—Cuéntame primero lo malo.

—Albert Ramírez ha tenido que posponer nuestra entrevista. Te habría llamado para decírtelo, pero no tengo el número de tu móvil.

—No me gusta darlo —contestó, y al segundo siguiente le sonó el móvil.

Ella sonrió.

—Qué a tiempo.

—Es uno de mis múltiples talentos —Mitch se sacó el teléfono del cinturón para contestarlo, la voz al otro lado de la línea le indujo a ahogar un gemido—. De acuerdo, iré enseguida.

A Claire se le borró la sonrisa de los labios.

—¿Tienes que marcharte a algún sitio?

—La señora Cudahy tiene un problema.

—¿Quién es la señora Cudahy?

—La anciana que vive enfrente de mí. Es viuda y su único hijo vive en Florida. Dentro de un par de semanas se va a mudar ahí. Pero mientras tanto el encargado del edificio se niega a contestar ni una más de sus llamadas.

—¿De modo que recurre a ti?

—Solo es una pobre anciana que está sola —le explicó Mitch.

La señora Cudahy le recordaba a la menuda abuelita que se había ocupado de él cuando sus padres lo habían abandonado, y que había curado su dolor con galletas de copos de cebada y abrazos a parles iguales.

—Entonces será mejor que te marches.

Mitch detestó la decepción que detectó en su voz.

—Dime antes cuál era la buena noticia.

—No es algo tan importante —contestó ella—. Después de que el señor Ramírez me dijera que no podíamos vernos, pude arreglar otra entrevista con otro de los sujetos. He quedado con él dentro de una hora en el Umbrella Café.

Mitch se cruzó de brazos.

—No irás sin mí.

—Tú va has quedado con la señora Cudahy.

—El Umbrella solo está a un par de manzanas de mi casa —le dijo Mitch—. ¿Por qué no vienes conmigo? Puedo arreglar el problema que tenga la señora Cudahy y después iremos juntos a la entrevista.

Claire se puso contenta al oír la sugerencia y, sin saber por qué, a Mitch se le ensanchó el corazón.

—¿Seguro que no te importa que vaya contigo? —le preguntó mientras él paraba un taxi.

—En realidad me harías un favor viniendo.

—¿Cómo?

Claire estaba tan cerca de la calzada que Mitch tuvo que ponerle un brazo delante para protegerla del tráfico.

—La señora Cudahy está empeñada en que me case con su sobrina —dijo él.

Claire sonrió.

—¿De verdad?

Mitch asintió.

—Creo que quiere que forme parte de su familia antes de mudarse a Florida. Tal vez si me viera con otra mujer, se daría cuenta de que no me interesa el matrimonio.

—Lo haré lo mejor que pueda —le prometió Claire mientras un taxi se detenía delante de ellos.

Diez minutos después estaban en el bloque de apartamentos de Mitch, subiendo en el ascensor hasta el tercer piso.

—Qué bonito —dijo al salir al pasillo, que olía a pintura fresca y a moqueta nueva.

De pronto se le ocurrió a Mitch que un portero de discoteca no podría permitirse un apartamento como el suyo con su sueldo. Claro que el de un policía tampoco era como para tirar cohetes, pero aun así, mentalmente paseó la mirada por su apartamento, esperando

que no hubiera nada a la vista que pudiera delatarlo. Tal vez la decisión de invitarla a acompañarlo hubiera sido un poco impulsiva.

La puerta de la señora Cudahy se abrió antes de que tocaran el timbre.

—Oh, Mitch, me alegra tanto que hayas venido. No sabía qué hacer. La bañera se ha vuelto a atascar.

—Estoy aquí para ayudarla, señora Cudahy —entonces se volvió hacia Claire—. Esta es una amiga mía, Claire Dellafield.

La mujer abrió mucho los ojos, tras las lentes bifocales de sus gafas.

—Me alegro mucho de conocerte, Claire. ¿Estáis Mitch y tú… juntos?

—Creo que es muy especial —elijo Claire, y le tomó la mano.

Se la apretó suavemente y Mitch sintió una deliciosa descarga eléctrica subiéndole por el brazo.

La señora Cudahy sonrió con dulzura.

—Pero qué maravilla. No hay nada que me guste más que ver a dos personas enamoradas.

—Mitch me ha hablado de usted —le dijo Claire, [legándose tanto a Mitch que su cuerpo se alertó inmediatamente—. ¿Verdad, Mitch?

Mitch tragó saliva.

—Sí.

El brillo de malicia en los ojos de Claire denotó que estaba disfrutando de la oportunidad de dejarle cortado. Sin duda era su modo de devolverle la pelota por las veces en las que él le había hecho lo mismo a ella.

La señora Cudahy abrió la puerta del todo y los invitó a pasar.

—No os quedéis ahí. Pasad. Tengo un poco de tarta y también he preparado una jarra de té helado.

—¿Y la tubería?

La señora Cudahy lo miró con confusión unos instantes, pero enseguida sonrió.

—Ah, sí. ¿De verdad que no le importa echarle un vistazo?

—En absoluto.

Mitch fue al cuarto de baño. Las voces de las mujeres le llegaban por el pasillo, aunque no entendió lo que decían. ¿Estarían hablando de él?

Cinco minutos después, Mitch volvió a la cocina, secándose las manos con una toalla.

—¿Has podido arreglarlo? —le preguntó la señora Cudahy mientras le servía un vaso de té helado.

—La tubería ya está desatascada —le dijo—. Había una esponja

obstruyéndola.

—Vaya, qué raro —la señora Cudahy se sonrojó—. ¿Me preguntó cómo habrá podido ocurrir?

Entonces retiró una silla e invitó a Mitch a sentarse junto a Claire.

—Ahora toma un pedazo de tarta. Es de chocolate, tu favorita. Traeré un poco de helado también. Y te he guardado unas galletas para que te las lleves a casa.

—No debería molestarse tanto, señora Cudahy —dijo Mitch mientras se sentaba.

—Oh, no es molestia —contestó la mujer mientras abría la puerta del congelador.

Mitch agarró el tenedor, consciente de que Claire lo estaba mirando. Se volvió a mirarla él también.

—¿Qué?

—Eres un incauto, y también un buen tipo.

Se inclinó hacia ella para que solo Claire pudiera oírlo.

—Esto me lo dice una mujer que lleva al perro de su vecina al psicólogo.

—Es parte del contrato —contestó.

—Claro.

—¿Qué estáis cuchicheando? —preguntó la señora Cudahy mientras dejaba un cuenco de helado de vainilla sobre la mesa delante de Mitch.

—Le estaba diciendo a Mitch que no debería besarme delante de usted.

—Adelante. Yo también he estado enamorada, sabéis —la señora Cudahy se tapó los ojos con la mano—. Yo no miro.

Mitch miró a su encantadora antropóloga, sabiendo que no le estaría mal si le tomara la palabra. Tal vez hubiera llegado el momento de dejarle cortada.

—¿Y bien, a qué esperas? —preguntó la señora Cudahy, asomándose entre los dedos.

Claire le ofreció la mejilla, pero Mitch agarró las patas de la silla de Claire y tiró de ella para juntarla a la suya. Entonces se inclinó hacia delante y la besó en la boca.

Tras un breve suspiro entrecortado, Mitch se perdió en el sabor de sus labios. Una maravillosa combinación de chocolate y Claire.

Pasados unos momentos Mitch se apartó de ella, consciente de que había dejado que el beso se prolongara demasiado.

Claire lo miró con sus grandes ojos marrones muy abiertos.

—Caramba…

—Y tanto —corroboró la señora Cudahy—. Será mejor que le eches el guante ahora que tienes la oportunidad, jovencita. Es un

manitas, cariñoso y, además, tiene una fotografía de su abuela en su apartamento. ¿Qué más podría desear un chica?

—Ya se lo he dicho, señora Cudahy, yo no valgo para el matrimonio.

—Eso es lo que dicen todos —la señora Cudahy le guiñó un ojo a Claire—. Hasta que dan con la chica adecuada.

Claire le sonrió y por un instante Mitch se preguntó si él también lo había hecho. Entonces recordó que ella seguía siendo una sospechosa del caso Vandalay. Un caso que aún no parecía estar cerca de resolver. Tenía que darle un empujón a la investigación. Por el bien de Elaine. Y por su propia salud mental y física.

A partir de ese momento, el único interés que Mitch tendría en Claire Dellafield sería el de determinar su implicación en el caso. Después tendría que continuar.

Antes de que olvidara que él no estaba hecho para el matrimonio.

Capítulo Nueve

Dos semanas después, Mitch estaba a la puerta de la casa de piedra rojiza del señor Ramírez. Caía una leve llovizna de un cielo plomizo, y Mitch se inclinó hacia delante para cobijarse bajo el alero del tejado mientras marcaba el número de Elaine en el móvil.

Ella contestó a la primera llamada.

—Hola.

—Soy Mitch. Acabo de recibir tu mensaje.

—No te vas a creer lo que he encontrado.

—¿Qué tal la cadera? —la interrumpió.

—Cada día un poco mejor.

—Bien —dijo, esperando que fuera cierto—. ¿Entonces qué tienes?

—He desenterrado algo de información sobre la profesora Claire Dellafield.

Sus dedos se tensaron alrededor del teléfono.

—¿Qué clase de información?

—Tiene un curriculum de viaje muy completo. Sudamérica, el Lejano Oriente, Nueva Zelanda, Antigua. Y otros sitios que no recuerdo.

—¿Y bien?

—Pues que esos son los mismos lugares en los que uno puede encontrar esos afrodisíacos con los que creemos que se trafica en La Jungla.

—Pero aún no he conseguido ninguna prueba que conecte a Claire con este caso.

—Tiene que haber algo ahí —insistió Elaine—. Claire Dellafield ha tenido muchas oportunidades de contactar con personas que trafican con afrodisíacos ilegales. ¿Y no te parece un poco raro que alguien con sus contactos esté haciendo un estudio de investigación en La Jungla?

—Pura casualidad.

Elaine suspiró.

—Tal vez. Lo único que digo es que abras bien los ojos. Vandalay sigue siendo nuestro principal sospechoso, pero sabemos que no puede estar solo en esta operación. A lo mejor Claire es su proveedora, o a lo mejor solo sea la intermediaria entre él y otras personas.

—Claire no está implicada en el caso.

—¿Está hablando tu experiencia o tus hormonas, Malone?

—En estas últimas semanas he tenido la oportunidad de tratarla bastante, Elaine. La reputación de su padre fue siempre impecable, y Claire es una profesional consagrada.

—Y este caso es importante para mí —le contestó Elaine—. Ahora cuéntame qué novedades tienes tú.

Mitch se metió un poco más debajo del alero al ver que la lluvia empezaba a caer con más intensidad.

—He hablado con todos los empleados de La Jungla y dejado caer en numerosas ocasiones que estoy interesado en conseguir viagra de contrabando, pero aún no ha surgido nada. Ahora tengo que hablar con los distribuidores de alcohol y con otros proveedores. También tengo que hablar con los de la limpieza, y conseguir los nombres de algunos ex empleados descontentos. Tal vez alguno de ellos esté dispuesto a hablar.

—Parece que estás muy ocupado.

—Día y noche —dijo mientras se frotaba el cuello—. O bien estoy de portero en el club, trabajando en el caso o ayudando a Claire con sus entrevistas.

—¿Has aprendido algo interesante en esas entrevistas?

—Mucho más de lo que me gustaría saber —dijo Mitch sin mentir—. Tenemos un gran número de fetichistas sexuales en esta ciudad. Aunque la mayoría de ellos son inofensivos.

—¿Va a entrevistar también a Vandalay?

—Sí, pero Claire prefiere hablar con él después de entrevistar a todos los demás —la llovizna se convirtió en un diluvio, y Mitch vio que la gente echaba a correr para guarecerse de la lluvia—. Albert Ramírez es el último, de modo que si no vuelve a cancelarla terminaremos hoy. Después imagino que Claire buscará un hueco para entrevistar a Vandalay.

—¿No podrías meterle un poco de prisa?

Aquella no parecía su compañera de trabajo, que siempre había sido tan metódica en sus investigaciones. Sin duda su lenta recuperación le estaba volviendo loca.

—No sin levantar sospechas.

—¿No dijiste que ya había recopilado algo de información sobre Vandalay?

—Sí, su historia personal e información sobre la situación.

—¿Tienes acceso a ella?

—La tiene en su ordenador —contestó Mitch—. Junto con el resto de su estudio.

—Parece organizada —comentó Elaine—. Tal vez tenga archivos de todo, incluidas sus transacciones comerciales con Vandalay.

—No tenemos pruebas de que Claire esté implicada —repitió Mitch, y entonces se dio cuenta de que lo había dicho en tono

defensivo—. Pero en cuanto pueda entrar en su apartamento, le echaré un vistazo a los archivos.

—¿Hace un mes que conoces a esa mujer y aún no has estado en su casa? ¿Cómo es posible?

—No conoces a su portero —contestó Mitch, v le echó un vistazo a su reloj.

Claire se retrasaba ya cinco minutos. ¿Qué podría haberle pasado? ¿Estaría intentando tal vez hablar con él?

—Mira, será mejor que te deje.

—Llámame en cuanto averigües algo más —le dijo Elaine—. Cualquier cosa. Sea lo que sea.

—Lo haré. Cuídate.

Elaine se echó a reír.

—La terapia física es tan agotadora que cuando termine podré hasta darte de latigazos en el trasero. Y lo haré si no te espabilas y entras en el apartamento de Dellafield. ¿Lo entiendes, Malone?

—Perfectamente —dijo y entonces colgó y se volvió a enganchar el teléfono al cinturón.

Un trueno resonó por todas partes y en ese momento vio a Claire corriendo por el camino de entrada hacia la casa. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, se resbaló, pero Mitch pudo agarrarla a tiempo y evitar la caída.

—Normalmente no soy tan patosa —dijo mientras se retiraba el pelo mojado de la cara—. Pero últimamente, siempre me pasa algo cuando estoy contigo.

—Es otra de mis habilidades —la soltó y abrió la puerta del edificio—. Las damas primero.

—Bueno, Mitch, ya está —dijo mientras subían por las escaleras hasta el cuarto piso—. Nuestra última entrevista.

—Queda la de Dick Vandalay —le recordó Mitch.

—Sí. Solo que en esa no tendrás que estar presente —le sonrió —. Creo que estaré a salvo en La Jungla.

Pero Mitch no estaba tan seguro. Vandalay podría suponer un peligro mayor para ella y su profesión de lo que ninguno de ellos era consciente. Sabía que Claire estaba conduciendo aquel estudio para asegurar su puesto de profesora en Penleigh College.

Esa era la diferencia entre ellos dos. Su carrera no dependía de la resolución de aquel caso. Aunque el resolverlo tal vez lo librara del sentimiento de culpabilidad que lo agobiaba a causa del accidente de Elaine. Claro que mentirle a Claire no le producía lo que podía decirse satisfacción.

Mitch se puso derecho cuando Claire llamó a la puerta de Ramírez. Elaine tenía razón. Tenía que encontrar el modo de entrar en el apartamento de Claire y buscar esa información en relación

con Vandalay. Después de eso se alejaría de ella, antes de que ella averiguara la verdad y lo echara a patadas.

Claire estaba sentada en una silla de mimbre a la mesa de la cocina de Albert Ramírez. Mitch estaba enfrente a Claire, cruzado de brazos y con las piernas totalmente estiradas bajo la mesa. Claire pensó que no parecía estar pasándolo demasiado bien.

Aparentemente, a Albert no le había hecho mucha gracia ver a Mitch detrás de Claire a la puerta de su casa. Pero lo había disimulado bien y no parecía reacio a contestar a las preguntas de la entrevista. En realidad, le dio algunos detalles íntimos que Claire ni necesitaba ni hubiera querido saber.

—Ahora ya podemos continuar —lo interrumpió Claire mientras Albert describía las posiciones favoritas de una criada que había conocido en el hotel Plaza hacía un mes mientras iba a recoger la ropa sucia, ya que Albert trabajaba en una lavandería.

Albert miró a Mitch.

—Recuerda ese nombre si estás alguna vez en el Plaza. Gabriella —suspiró con nostalgia—. Chico, ella sí que da un buen servicio de habitaciones —entonces miró a Claire—. Por supuesto, no puede compararse contigo. Tú tienes mucha clase. Esa fue una de las primeras cosas que noté en ti.

Claire se preguntó si, después de saber de las habilidades de la criada, Mitch estaría interesado. Pero inmediatamente se dijo que no quería saber nada.

Claire había reconocido finalmente que había fracasado en sus intentos de seducirlo. Desde que la había besado en casa de la señora Cudahy unas semanas atrás, Mitch había mantenido una distancia cortés entre ellos, a pesar de su esfuerzo por acercarse a él.

—¿Estás segura de que no quieres tomar nada? —Albert le preguntó a Claire—. ¿Un vaso de té helado? ¿O una copa de vino? A lo mejor tengo una cerveza en la nevera.

—No, gracias. Estoy bien —dijo por tercera vez.

Albert la miró de arriba abajo.

—Desde luego que lo estás. Pero que muy bien.

Mitch agarró el cenicero que había en el centro de la mesa.

—Esto me suena.

Claire vio el logotipo de La Jungla en el centro del cenicero, levantó la vista para mirar a Albert y vio que estaba muy colorado.

—Me gusta hacer publicidad del club. Cuando vienen mis amigos, siempre me preguntan.

Mitch asintió despacio.

—¿Entonces roba ceniceros con fines promocionales?

—Yo no utilizaría la palabra robar —se defendió Albert con indignación—. Los hoteles y los restaurantes saben que sus clientes se llevan cosas como ceniceros, toallas y vasos. ¿Por qué si no graban en ellos su nombre?

—Tal vez para identificar las cosas robadas —aventuró Mitch.

Albert se levantó de la silla.

—Creo que será mejor que se marche.

—Señor Ramírez —empezó a decir Claire mientras le echaba una mirada de advertencia a Mitch—. Por favor, siéntese. Si quiere contestar unas cuantas preguntas más, habremos terminado con la entrevista.

—Ya hemos terminado —dijo enfadado—. No me importa si te quedas, Claire, en realidad me gustaría. Pero no permitiré que se me acuse de ladrón en mi propia casa.

Mitch entrecerró los ojos.

—No me importaría acusarlo en otro sitio, Ramírez. ¿Qué le parece en comisaría?

—Se acabó —gritó Ramírez señalando hacia la puerta—. ¡Fuera!

Claire se volvió hacia Mitch.

—Tal vez deberías esperarme en el pasillo.

—Olvídalo —dijo en tono seco.

—Escuche a la señorita —dijo Albert, colocándose junto a Claire —. Quiere quedarse conmigo.

—No me voy a ningún sitio sin ella.

—Ya lo veremos —Albert fue hacia la puerta y la abrió—. No pienso contestar ni una sola pregunta más sin que esté presente mi abogado.

Claire miró su cuaderno con desaliento.

—Pero si ni siquiera hemos completado la mitad de la entrevista.

—No me dijiste que vendrías con un perro guardián —se quejó Albert—. Pensé que estaríamos solos tú y yo.

—Creo que se equivocó —dijo Mitch, y le tendió la mano a Claire—. Vamos, Claire.

Claire se dio cuenta de que tanto Mitch como Albert tenían ganas de pelea. ¿Por ella? Así que en lugar de insistir, recogió sus cosas y las metió en su bolso. Cuando Mitch y ella salieron del apartamento, Ramírez cerró la puerta dando un portazo.

—Qué cretino —exclamó Mitch.

—Dejaremos que se calme unos cuantos días —contestó Claire mientras se echaba el bolso al hombro—. Entonces intentaré terminar la entrevista.

El la miró con incredulidad.

—¿De verdad quieres volver aquí?

—No importa lo que yo quiera —le explicó Claire—. Albert Ramírez es uno de los sujetos de mi estudio. Sin él, el estudio quedaría incompleto.

—¿No puedes prescindir de él y encontrar uno nuevo?

—No funciona así.

Salieron a la calle donde, pasada la tormenta, lucía el sol. Un autobús pasó delante de ellos.

—He invertido mucho tiempo catalogando sus datos personales. Además, cuando llevas a cabo un estudio así, tienes que aceptar lo que viene.

—Ese tipo es un asqueroso —dijo Mitch con rabia—. ¿Viste cómo te miraba todo el tiempo?

—En realidad no es culpa suya —le dijo, dándose cuenta de que había llegado el momento de explicarle algo, confiaba lo suficiente en él para saber que no se reiría de ella—. Está claro que la falda todavía le está haciendo efecto.

Mitch se le quedó mirando.

—Es la segunda vez que mencionas esa falda. Aún no sé de qué estás hablando.

Claire se acercó al borde de la acera para parar un taxi.

—¿Sabes lo que es un afrodisíaco?

Al oír aquella palabra Mitch se temió lo peor.

—Claro. Es una sustancia que provoca deseo sexual.

—Bueno, la falda negra que me puse para ir a la Jungla esa primera noche tiene un hilo especial entretejido en la tela que proviene de una extraña raíz que solo se da en una remota isla del Caribe. Tiene unos increíbles poderes como afrodisíaco.

—Y un cuerno —contestó él, pero las palabras de Elaine le fueron a la memoria.

«Claire Dellafield ha tenido muchas oportunidades de contactar con la clase de personas que trafican con sustancias ilegales».

—Es cierto —Claire paró un taxi, pero el conductor pasó de largo—. También por eso aquel taxista me siguió a los lavabos de señoras v los hombres de la discoteca se enzarzaron en una pelea —Claire lo miró y le sonrió—. Créeme, es la primera vez en mi vida que los hombres se han peleado por mí.

Mitch no podía creerlo, no quería creerlo. Sobre todo cuando ya se había convencido a sí mismo de que Claire no tenía nada que ver con el caso.

—Pero sigo sin entender tu comportamiento de hace un momento con Ramírez —dijo, sin saber que ella era la culpable de que Mitch se sintiera tan confundido—. Parecías más un policía que un portero de discoteca.

El esbozó una sonrisa lo más natural posible.

—Tienes razón. Supongo que no me gusta ver las cosas de La Jungla desperdigadas por ahí. Siento haber estropeado tu proyecto.

—No pasa nada —contestó mientras intentaba parar otro taxi.

—Sí que pasa.

Mitch se acercó a ella, sabiendo que tenía que estar seguro de que ella estaba implicada antes de hacer algo drástico. Eso significaba encontrar el modo de meterse en su apartamento en busca de pruebas contundentes.

—Me gustaría compensarle. Deja que te invite a cenar esta noche.

—No tienes por qué hacerlo —medio protestó Claire, pero en realidad estaba encantada.

—Quiero hacerlo —contestó él.

Y lo dijo de corazón. Había pasado tiempo con Claire para intentar probar su culpabilidad. Ahora estaba empeñado en probar su inocencia.

Un taxi se detuvo junto a Claire y Mitch le abrió la puerta.

—Vete a casa y ponte tu mejor vestido. Vamos a ir a un sitio muy especial. Te recogeré a las ocho.

Antes de que Claire pudiera abrir la boca, Mitch cenó la puerta y echó a andar calle abajo. Mientras caminaba observó el taxi de Claire hasta que desapareció. Mitch tenía miedo. Si Claire estaba implicada en el caso debía averiguarlo lo antes posible.

Y de ser así, pensar qué podría hacer al respecto.

Claire abrió las puertas del ropero y se quedó mirando las prendas que tenía delante mientras se preguntaba qué se pondría para aquella cita. La falda especial de Sam era una tentación, pero ahora que Mitch sabía lo de sus poderes, ponérsela tal vez resultara demasiado obvio. ¿Por qué habría sido tan bocazas?

—No importa —murmuró mientras sacaba un sencillo vestido negro de noche del armario.

Sacó también un foulard de seda rosa, para que Franco no se metiera con ella al salir del edificio.

Cuando estuvo vestida y calzada con unos zapatos nuevos de diseño, se cepilló primero la larga melena y después se sentó frente al espejo para hacerse una trenza. Cuando llevaba media trenza hecha, sonó el timbre de la puerta. Sorprendida, miró el reloj que colgaba de la pared del baño. Solo eran las siete y media. Además, todavía no había ni empezado a maquillarse.

El timbre sonó por segunda vez y Claire se dijo que probablemente sería la señora Higgenbotham para decirle algo del

programa de Cleo. Como Sam y A. J. ya habían salido, Claire entró al salón sujetándose la trenza para que no se le desbaratara.

Desgraciadamente no era la señora Higgenbotham la que estaba a la puerta, sino Mitch. Con media hora de antelación. Siempre había odiado a las personas puntuales. Solo que a él era imposible odiarlo.

Mitch estaba tan guapo con un traje gris y una corbata azul a juego con sus ojos. En la mano llevaba un ramo de rosas rojas. La miró de arriba abajo con admiración, y Claire se sintió bien por haber dejado la falda en el ropero de Sam.

—¡Caramba… ! —exclamó.

Claire lo invitó a pasar, intentando disimular el placer que le produjo su comentario.

—Aún no estoy lista.

—Son para ti —le pasó las flores—. Te pido perdón por lo de esta tarde.

Unas flores para disculparse. La emoción cedió al pensar que aquella no era un cita propiamente dicha. Probablemente incluso se habría imaginado aquella chispa de deseo que le había parecido ver en sus intensos ojos azules.

—Son preciosas. Deja que las ponga en agua.

—Un sitio estupendo —dijo mientras entraba en el salón—. Nunca he estado en un apartamento de Central Park West. ¿Te importaría enseñármelo?

Le hubiera gustado peinarse y maquillarse antes, pero ya que la había visto así, no tenía importancia.

—Sígueme.

Claire le llevó primero a la cocina, donde colocó la docena de rosas en un jarrón que Petra le había hecho. Mitch admiró los armarios de cerezo y deslizó la mano sobre la encimera de brillante mármol negro.

—Bonito.

Entonces Claire le llevó por el pasillo.

—El dormitorio de A. J. es ese. Y Sam duerme aquí. Tiene las mejores vistas de Central Park.

—¿Sam? —dijo con suspicacia—. ¿Duerme solo?

Claire sonrió y el cosquilleo volvió.

—Sí, duerme «sola». Las tres hemos alquilado juntas el apartamento para el verano.

Claire le llevó al despacho, contenta de haberlo ordenado esa misma tarde.

—Aquí duermo yo. Esta habitación ya estaba preparada para instalar un ordenador, así que también puedo trabajar.

El miró a su alrededor.

—El sofá no parece demasiado cómodo.

—Se abre en una cama de matrimonio. Hay sitio de sobra para más de una persona.

¿Por qué habría dicho eso? Antes de que él pudiera decir nada, Claire dio la vuelta y se marchó.

—Adelante, ponte cómodo, Mitch. Estaré lista en unos minutos.

Mitch no podía creer que fuera tan fácil. Estaba en el cuarto de Claire, al lado del ordenador. Como conocía bien a las mujeres, había llegado con media hora de antelación porque intuía que no estaría lista tan pronto, lo que no hubiera espetado nunca era tener acceso a su ordenador con tanta facilidad.

Esperó hasta que oyó la puerta del baño cerrándose y entonces se sentó delante del monitor. Presionó el botón de encendido y esperó con impaciencia a que se pusiera en marcha.

—Vamos, vamos —murmuró.

La pantalla parpadeó mientras se cargaban los archivos. Solo tenía que abrir el adecuado.

—¿Eh, Mitch? —Claire gritó desde el baño.

Él se levantó de la silla y se acercó a la puerta.

—¿Sí?

—Creo que alguien ha llamado a la puerta. Te importaría abrir tú.

Maldición. Había estado tan distraído intentando encontrar a Vandalay que no había oído nada.

—Claro.

Mitch apagó el ordenador de mala gana y fue al salón a abrir la puerta. Una mujer mayor de aspecto atlético y juvenil estaba al otro lado con una botella mágnum de champán en la mano.

—Tú debes ser Mitch Malone —le sonrió—. Soy Petra Gerard. Vivo al lado. Claire me ha hablado tanto de ti —se asomó al interior —. ¿Interrumpo algo?

—En absoluto —contestó Mitch, y abrió la puerta del todo.

—Qué pena —Petra entró y entonces le pasó la botella—. Adelante. Ábremela, por favor. Tenemos que celebrar algo muy importante.

Mitch miró la etiqueta y la cosecha le dejó impresionado.

—Veré si encuentro un abrebotellas en la cocina.

—También vamos a necesitar unas copas —le oyó decir Mitch cuando iba camino de la cocina.

Mitch encontró las copas y el abrebotellas y volvió con todo ello al salón.

Cuando Mitch estaba dejándolo todo sobre la mesa, Claire entró

al salón. Se había hecho una trenza y aunque a Mitch le gustó, pensó que le gustaba más cómo lo había llevado antes, suelto y salvaje, como si acabara de levantarse de esa cama del sofá.

—Petra —dijo Claire al ver a su vecina—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Petra juntó las manos.

—Vaya, esta noche sí que estás preciosa, Claire —entonces se volvió a Mitch—. ¿No te parece que está preciosa?

—Muy bonita —dijo mientras descorchaba la botella con cuidado.

El corchó saltó suavemente de la botella y la espuma empezó a subir. Claire colocó las copas debajo de la boca para que no se vertiera nada sobre la alfombra.

—Estábamos a punto de salir a cenar —le explicó Claire mientras le pasaba una copa a Petra.

—Bueno, antes de marcharos debéis brindar conmigo —a Petra le brillaron los ojos de emoción—. ¡Acabo de firmar un contrato para hacer una exposición en la Galería Ledbetter!

—Eso es maravilloso —Claire se acercó a abrazar a Petra—. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Mientras las dos mujeres se abrazaban Mitch se dio cuenta de que aquella debía de ser la madrina que Claire había mencionado, una ex profesora de Penleigh. Le había contado que la facultad era como su familia y el campus el único hogar que había conocido.

Petra le dio un beso en la mejilla.

—La exposición será dentro de tres días. Seréis mis invitados de honor.

Claire se volvió hacia Mitch.

—Petra es la escultora más fantástica que he visto en mi vida.

—Estoy impresionado —llenó las otras dos copas y seguidamente le pasó una a Claire—. Felicidades.

—Gracias —contestó Petra alzando la copa—. Claire, tu padre siempre hacía los mejores brindis. No hay nada que más me ilusione que su hija brinde conmigo en esta ocasión tan especial para mí.

—Por el éxito —dijo Claire, alzando también su copa—. En el arte. En la vida. En el amor.

—Por el éxito —gritó Petra mientras brindaban.

Petra apuró su copa y después la lanzó a la chimenea, donde se hizo añicos. Entonces invitó a Mitch a que hiciera lo mismo.

—Espera. Estas copas son de A. J…

—Le compraré otro juego —prometió Petra—. Ahora debemos seguir la tradición y romper las copas.

Mitch miró a Claire, que se encogió de hombros y apuró su copa antes de lanzarla a la chimenea. Mitch hizo lo mismo.

—Mitch es clavado a Delmore.

—¿Delmore? —repitió Mitch, mirando a Claire y luego a Petra.

Petra se volvió hacia Claire.

—¿Te acuerdas de Delmore? ¿Ese modelo que se largó a San Francisco a mitad de las sesiones?

—No —contestó Claire frunciendo el ceño.

—Bueno, pues me dejó tirada —exclamó Petra—. Si pudiera terminar esa escultura sé que sería la sorpresa de la exposición.

Claire la entendió enseguida.

—No creo que sea muy buena idea.

—¿Por qué no dejas que Mitch decida? Ya es mayorcito —Petra se volvió hacia él—. Por favor, dime que lo harás.

—¿Qué tengo que hacer exactamente?

—Posar para mí para que termine la escultura —entonces al ver la cara que ponía modificó su petición—. O al menos dejar que te tome unas fotos. Soy una persona muy visual: necesito tener delante lo que estoy creando.

—No creo que Mitch sea el hombre adecuado para eso —empezó a decir Claire, intentando sin duda darle una salida.

Mitch apreció el detalle, ¿pero qué daño haría dejar que una señora le sacara unas fotos? En realidad le haría feliz. Y parecía que ella y Claire estaban muy unidas. Tal vez incluso lo ayudara a calmar la inquietud que sentía por utilizar aquella cita para poder acceder a los archivos de Claire.

—De acuerdo, lo haré.

Petra aplaudió repetidamente.

—¡Estupendo! ¡Voy por la cámara!

Mitch vio que corría hacia la puerta y se quedó maravillado ante la rapidez con la que se movía una mujer de su edad. Cuando salió Mitch se volvió hacia Claire.

—Petra es especial.

—No tienes idea —contestó Claire con una sonrisa de pesar.

Volvió a la cocina, de donde regresó con tres copas más. Entonces sirvió otra copa de champán a cada uno.

—Creo que te va a hacer falta.

—Qué exagerada.

Ella lo miró con picardía.

—Creo que hay algo de las esculturas de Petra que deberías saber.

Él se llevó la copa a los labios.

—¿El qué?

Pero antes de que pudiera contestar, Petra entraba de nuevo en el apartamento con una cámara instantánea en una mano y un pedazo de cuero negro en la otra.

—Aquí tienes. Puedes cambiarte en la habitación de Claire.

Mitch se quedó mirando aquella especie de tanga negro que Petra acababa de darle y el estómago se le encogió.

—¿Cómo que cambiarme?

—Para las fotos.

Él lo miró bien, dándose cuenta entonces de que era un tanga, pero una versión algo modificada, con un trozo de cuero colgando tanto delante como detrás.

—Es un taparrabos —le explicó Petra al ver su perplejidad—. Como el de Tarzán. ¿Lo has visto alguna vez?

Mitch levantó el taparrabos a la luz.

—¿Delmore posaba con esto?

—Oh, no —Petra se echó a reír—. Normalmente insisto para que mis modelos posen desnudos. Pero como esta es tu primera cita con Claire, no pensé que eso fuera lo más apropiado.

Mitch miró a Claire, que lo miraba por encima del borde de la copa, pero no logró leer la expresión en sus preciosos ojos.

—Como he dicho —continuó Petra—, el trabajo está a medio hacer. Siempre hago primero mis partes favoritas, así que solo me quedan los hombros y la parte alta de los muslos.

¿Partes favoritas? Mitch decidió que no quería saberlas.

—Date prisa —le dijo Petra, empujándolo hacia el pasillo—. Seguro que ya os está entrando hambre.

Claire lo miró y arqueó una ceja, claramente esperando que se echara atrás.

Pero a Claire le esperaba una sorpresa.

Capítulo Diez

Claire no podía creer que Mitch decidiera seguir adelante con aquello, taparrabos incluido. Petra lo colocó en el sofá del salón, en una postura semireclinado, y le ajustó cuidadosamente el taparrabos, ocultando con efectividad lo que en realidad Claire más deseaba ver.

—De acuerdo, no te muevas un momento —dijo Petra y levantó la cámara para tirar la primera fotografía, pero eso no ocurrió—. Qué raro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Claire.

—Parece que no funciona —Petra le dio la vuelta—. Le he puesto una película, tiene pilas. No sé qué le pasa.

—Deja que le eche un vistazo —se ofreció Mitch y se levantó del sofá.

A Claire se le quedó la boca seca al ver su cuerpo musculoso caminando hacia Petra. El taparrabos de cuero se amoldaba como una segunda piel a las partes más provocativas de su cuerpo, sin dejar mucho sitio a la imaginación.

—No sé lo que le pasa —le dijo mientras le pasaba la cámara a Petra.

—Es la única cámara que tengo —suspiró Petra, pero entonces se le iluminó la mirada—. A no ser que…

Claire reconoció esa mirada. Sin duda Petra estaba tramando algo.

—¿A no ser que qué?

—A no ser que Mitch accediera a posar para mí aquí en el apartamento —alzó ambas manos antes de que ninguno pudiera decir nada—. Sé que tenéis planes de salir a cenar, pero si queréis puedo encargar que os traigan la cena de Jean Georges. Os prometo que apenas si os vais a enterar de que estoy aquí.

—Depende de Mitch —dijo Claire.

—¿Qué dices, Mitch? —le preguntó Petra, volviéndose hacia él —. Jean Georges es fabuloso. Conozco al cocinero jefe. Y no podemos echar a perder el resto del champán.

Mitch vaciló y se encogió de hombros.

—Supongo que no me importa si a Claire le parece bien.

—Pues claro —dijo Claire con más ánimo del que en realidad sentía—. Pondré la mesa.

—Y yo iré a mi apartamento por la escultura —dijo Petra ya de camino a la puerta—. Llamaré al restaurante y pediré una cena para

dos. Seguro que podré convencer al jefe de cocina para que prepare algo muy especial.

—¿Cena para dos? —dijo Claire—. ¿No vas a cenar con nosotros?

—No, gracias, querida. Estoy ayunando —Petra dejó la puerta entreabierta y salió al vestíbulo.

Claire entró en la cocina, diciéndose que era mejor así. No quería que Mitch se gastara en ella el dinero que tanto le había costado ganar. Sin duda la velada terminaría pronto y podría incluso hacer algo de trabajo. Para eso había ido a Nueva York. A trabajar, no a jugar.

La puerta de la cocina se abrió, y Claire se dio la vuelta y se encontró a Mitch con su taparrabos.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó.

Un extintor le iría de maravilla. En ese momento se dio cuenta de lo ridícula que estaba resultando aquella noche. No sabía si echarse a reír, o ponerse a babear.

—Puedes poner los cubiertos. Están en el cajón junto a la cocinilla.

Claire lo miró con el rabillo del ojo, la especie de lengüeta del taparrabos le ofrecía provocativos vistazos de lo que había debajo. Un traguito de champán la ayudó a tranquilizarse un poco… hasta que a Mitch se le cayó un tenedor al suelo y se agachó a recogerlo.

Cuando las burbujas de champán se le fueron por otro lado, Claire se atragantó y empezó a toser. Y encima Mitch se acercó a ella y empezó a darle palmadas en la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó tan cerca de ella que el borde del taparrabos le rozaba las puntas de los dedos.

Pensó en desmayarse con la esperanza de que le hiciera el boca a boca, pero Petra eligió ese mismo momento para asomar la cabeza por la puerta de la cocina.

—Está todo listo. La comida estará aquí dentro de una hora, el tiempo suficiente para darle los toques finales a mi escultura. Estoy deseando ponerme manos a la obra contigo, Mitch.

Bienvenida al club.

—Id al salón y empezad —dijo Claire—. Quiero recoger la cocina un poco.

Mitch la miró unos segundos, y seguidamente salió de la cocina descalzo.

Una hora después, Petra entró en la cocina. Tenía las manos manchadas de barro y parecía como si quisiera estrangular a alguien.

—¿No está cooperando Mitch? —le preguntó Claire mientras pasaba una bayeta por los azulejos blancos y negros de la pared.

—De momento lo está haciendo de maravilla. Tú, en cambio, me estás volviendo loca.

Claire la miró sorprendida.

—¿Yo?

Petra señaló hacia el salón.

—Tienes un hombre increíblemente sexy y medio desnudo tumbado en el sofá, ¿y dónde estás tú? Metida en la cocina limpiando los azulejos.

Claire miró lo que estaba limpiando.

—Pero ahora están más blancos, ¿no?

Petra bajó la voz un poco.

—¿Me pediste o no consejo para seducir a Mitch?

—Sí, lo hice —reconoció Claire—. Pero pensé que estabas de broma cuando me dijiste que uno de los dos o los dos teníamos que estar desnudos.

—Yo nunca bromeo con la desnudez. Pero ya que el hombre está casi desnudo, ¿cómo va a funcionar mi plan si te escondes en la cocina?

Claire puso los brazos en jarras.

—No sé cómo has podido planear todo esto. Yo no te dije que Mitch me había invitado a cenar.

—Lo vi salir del ascensor cuando abrí la puerta para recoger el periódico. Como sabía que tanto Sam como A. J. tenían las dos planes para esta noche, espetaba que fuerais a aprovecharos del apartamento. Pero decidí pasarme solo para asegurarme.

Claire sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Entonces el brindis con champán para celebrar lo de tu exposición y lo que has contado de Delmore eran mentiras?

—No, todo eso es cierto. Bueno, todo menos la parte de Delmore. Mitch tiene mucho mejor cuerpo, así que me alegro de que las cosas hayan salido así.

Claire contó hasta diez para sus adentros. Quería a Petra, pero aquella clase de ayuda no le hacía falta. Si Mitch se enteraba de que todo aquello era un montaje… Emitió un gemirlo de desesperación y empujó a Petra hacia la puerta.

—Vete a casa. Yo me ocuparé del resto de la velada.

—Buena idea. Yo ya he hecho mi parte. Oh, por cierto, te he metido algunos preservativos en el cajón de la mesita de noche por si acaso —sonó el timbre de la puerta y a Petra se le alegró la mirada—. Ahí está la comida. He pedido unos entrantes con muchos carbohidratos para que Mitch tenga energía para toda la noche.

—Ya hablaremos tú y yo mañana —le dijo Claire.

—Estupendo. Estoy deseando que me cuentes los detalles más jugosos —Petra empujó la puerta de la cocina y Claire la siguió.

En ese momento el repartidor de Jean Georges le estaba entregando a Mitch dos recipientes grandes de plástico. Seguidamente el chico sacó una factura del bolsillo de su camisa.

—Yo me ocuparé de eso —dijo Petra mientras avanzaba hacia la puerta.

—No, déjame a mí. Le prometí a Claire que la invitaría a cenar esta noche —Mitch fue a sacar la cartera, pero entonces se dio cuenta de que no llevaba pantalones.

—No seas ridículo —contestó Petra, quitándole al repartidor la factura de la mano—. Es lo menos que puedo hacer por haberos hecho cambiar de planes en el último momento.

Mitch fue hacia el dormitorio, donde había dejado su ropa.

—Al menos deja que le dé yo la propina.

Pero Petra empujó al chico y cerró la puerta.

—¿Has posado alguna vez de modelo, joven? —le oyeron decir —. Creo que lo harías de maravilla…

Mitch se volvió hacia Claire.

—¿Te importa si me visto para cenar?

Ella le echó un último vistazo.

—Adelante. Yo prepararé la comida mientras tú te cambias.

Al abrir los recipientes, Claire se dio cuenta de que la comida tenía un aroma delicioso. Con uno de los tenedores que había llevado a la mesa, sirvió el contenido del primer recipiente en un plato y después le echó la suculenta salsa por encima.

—No está.

Alzó la vista y vio a Mitch de pie en el salón. Todavía llevaba el taparrabos.

—¿El qué?

—Mi ropa —dijo mientras se acercaba a la mesa—. No la encuentro por ninguna parte.

Claire dio la vuelta a la mesa y fue hacia su habitación. Pero Mitch tenía razón. Su ropa no estaba por ninguna parte.

—¿Dónde la pusiste?

ÉÍ la había seguido hasta el dormitorio.

—Justo ahí, en el sofá.

—Bueno, entonces tiene que estar por aquí, en algún sitio.

Pero cuando se agachó a mirar debajo del sofá. Claire se dio cuenta de algo horrible. Petra. Al ponerse de pie vio la misma expresión suspicaz en los ojos de Mitch.

—¿Por qué habría querido llevarse mi ropa? —preguntó Mitch.

Claire se pasó la lengua por los labios, intentando encontrar una explicación plausible. Pero en lugar de eso prefirió decir la verdad.

—Me temo que es la manera que tiene Petra de hacer de casamentera.

El sonrió.

—Muy sutil.

—Mitch, lo siento tanto —agarró el teléfono—. La llamaré ahora mismo y le pediré que traiga tu ropa inmediatamente.

Cuando el teléfono había sonado unas treinta veces, Claire se dio por vencida.

—O bien no quiere contestar, o bien no está en casa.

—Seguramente habrá salido con el repartidor —Mitch dio un paso hacia ella—. Mira, es una pena echar a perder toda esa comida tan rica. ¿Por qué no cenamos ahora y después buscamos a Petra?

—Buena idea —dijo Claire—. ¿Quieres una bata?

Mitch negó con la cabeza.

—Dudo que me sirva. Soy mucho más grande que tú.

Sobre todo en un sitio muy importante.

—Entonces supongo que vas a tener que hacer de Tarzán un rato más.

—Puedes llamarme señor de La Jungla.

—Agudo —dijo mientras salía de su dormitorio—. Muy agudo.

Tres horas después Mitch seguía con el taparrabos, pero estaban jugando a algo distinto.

—Se me mueven los dientes —dijo Mitch mientras reclinaba la cabeza sobre el sofá.

—De acuerdo, déjame pensar.

Llevaban un par de horas jugando a aquel juego. Consistía en que uno de ellos citaba una frase de una película y el otro tenía que adivinar el título. Cuando uno acertaba se anotaba un tanto. Claire iba anotando la puntuación en una servilleta de Jean Georges. De momento Mitch le sacaba tres puntos.

—¿Te rindes? —preguntó Mitch.

En ese momento Claire chasqueó los dedos v lo miró con una sonrisa triunfal.

—*Descalzo por el Parque.*

—Correcto —dijo de mala gana mientras ella añadía un punto más a los que ya tenía—. De acuerdo, te toca a ti.

—Puedo ser inteligente cuando es importante.

Mitch sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea.

—*Los Caballeros Las Prefieren Rubias* —dijo Claire y se anotó otro tanto.

Aquel caballero desde luego no. En ese momento, le gustaban más las morenas. En realidad le encantaría ver la melena de aquella morena extendida sobre la almohada, o acariciándole el pecho, o las

caderas…

Claire lo miró.

—Te toca.

Se aclaró la voz y recitó la primera frase que se le fue a la cabeza.

—Eso escapa a mi control.

—Esa es fácil —contestó Claire mientras se anotaba ya otro punto—. *Las Amistades Peligrosas.*

Lo peligroso era que no podía dejar de pensar en hacerle el amor a Claire. Cualquier relación con ella sería peligrosa, pero no solo por el caso que lo ocupaba, sino también por sus sentimientos. A ella jamás podría llevársela a la cama y después olvidarla. Claire Dellafield ya había dejado una impronta en su corazón y en su pensamiento, y eso que solo la había besado.

Pero deseaba hacerle mucho más que eso.

—Me atraes tremendamente —dijo ella.

Mitch pestañeó mientras todo él se ponía alerta.

—¿Cómo?

—Me atraes tremendamente —entonces arqueó una fina ceja—. ¿Te rindes?

El juego. Estaba hablando del juego. Mitch suspiró, el corazón le latía tan deprisa que le pareció que fuera a estallarle. Por un momento había creído que ella le había hecho una invitación, invitación que él había estado a punto de aceptar. Había estado a punto de estrechar a Claire entre sus brazos para demostrarle lo mucho que ella le atraía a él. Lo mucho que la deseaba.

Sintió una presión en la entrepierna, y rápidamente echó mano de la manta de viaje que había en el sofá v se la echó por encima antes de que ella pudiera ver lo que el ceñido taparrabos no podía ya ocultar.

—¿Tienes frío?

—Un poco —mintió, porque en realidad estaba sudando.

Por el contrario, Claire parecía serena. Y totalmente vestida.

Mitch pensó que le encantaría bajarle muy despacio la cremallera de aquel vestido negro tan sexy hasta que acabara en el suelo. Entonces le desabrocharía el sujetador para poder acariciarle los pechos turgentes v redondos. Se entretendría un rato con ellos, dejando que su boca v su lengua disfrutaran de los deleites que pudiera ofrecerle, antes de deslizarle las manos por la cintura y quitarle las braguitas. Yeso lo haría besándola por todas partes, hasta que estuviera totalmente desnuda delante de él.

—Se acabó el tiempo —dijo Claire, interrumpiendo su fantasía.

—Me rindo.

—La película es *Rendición* —Claire sonrió—. Otro punto para mí.

Claire se volvió a mirarlo, sus labios estaban tan cerca, y resultaban tan tentadores…

—¿No te parece sorprendente que los dos hayamos visto casi las mismas películas?

Lo único que tenía que hacer era ladear la cabeza un poco y besarla.

—Creo que significa que los dos tenemos buen gusto.

Ella lo miró a los ojos y ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos. Mitch sintió su aliento cálido en la mejilla, y le pareció que su respiración se volvía más rápida. Así, tan cerca de ella, Mitch vio que tenía en el iris marrón motas doradas. Si no ponía remedio pronto, iba a besarla v a olvidar la verdadera razón por la cual había ido allí esa noche: para echarle un vistazo a los archivos.

—Hace calor, ¿verdad?

—Entonces quítate la manta —contestó Claire, que también sentía una pizca de calor.

—Era una frase de una película —le dijo Mitch mientras echaba la cabeza hacia atrás para ofrecerle a Claire una panorámica mejor de su torso musculoso.

Claire se aclaró la voz. Se había quedado embobada mirándolo y sin duda Mitch se había dado cuenta.

—¿Puedes repetirlo, por favor?

Una expresión intensa asomó a sus ojos azules.

—Hace calor, ¿verdad?

Un calor insoportable.

—*Fuego en el Cuerpo*.

—Una estupenda película —dijo Mitch en tono sensual.

Ella asintió.

—Muy fuerte.

—Caliente —concedió mientras la temperatura en el apartamento parecía aumentar.

Claire se apartó un poco de él e intentó respirar con normalidad.

—Tú ganas, Mitch.

Él no dijo nada. Al momento se sentó en el sofá.

—Me pregunto si Petra habrá vuelto ya.

—Voy a ir a su casa a mirar —dijo Claire mientras iba hacia la puerta, necesitaba alejarse de él y calmarse un poco—. Franco nos habría dejado entrar con la llave maestra si tú no te hubieras metido con sus zapatos.

—Me pillaron de sorpresa —le explicó Mitch mientras se mudaba de postura en el sofá, pero teniendo cuidado de no perder la manta—. No estoy acostumbrado a ver a un portero con zapatillas color rubí.

Claire puso la mano en el pomo de la puerta.

—Y yo no puedo creer que un aficionado al cine como tú no haya visto *El Mago de Oz*.

—Bueno, nadie es perfecto.

—*Con Faldas y a lo Loco* —exclamó Claire, dándose la vuelta al llegar a la puerta—. Ahora estamos empatados. Se acabó el juego —dijo, y entonces salió al pasillo.

Mitch la vio marcharse, deseando que fuera verdad. Pero el verdadero juego no había hecho más que empezar.

Capítulo Once

—No te enfades —dijo Petra mientras le pasaba a Claire la ropa de Mitch muy doblada—. Solo dime que funcionó. ¿Mitch y tú… ?

—No —contestó Claire—. Cenamos, que por cierto estaba riquísima la cena, gracias. Después jugamos a un juego.

Petra arqueó las cejas.

—¿Qué clase de juego?

—El de adivinar la película por una frase célebre.

Petra frunció el ceño.

—Espero que jugarais al menos a la versión en la que hay que quitarse la ropa.

—Esa versión te la acabas de inventar —dijo Claire—. Además, Mitch se habría quedado como Dios lo trajo al mundo con un solo fallo.

A Petra le brillaron los ojos.

—Exactamente.

Claire se dio la vuelta v regresó a su apartamento sin decir más. Resultaba más que vergonzoso reconocer que no había pasado nada». Tal vez ella debería haber dado el primer paso… ¿Pero y si él no estaba interesado? Formaban un buen equipo de trabajo y Claire no quería fastidiar eso.

Ya le resultaba bastante difícil trabajar con él, y eso que normalmente iba vestido. Lo malo era que a partir de ese momento la imagen de él en taparrabos no se le borraría de la cabeza.

Cuando entró en el apartamento Mitch parecía haberse esfumado. Miró en la cocina y en el cuarto de baño, pero Mitch no estaba allí. Entonces avanzó por el pasillo y vio luz en su habitación. Giró el pomo y abrió la puerta. Mitch estaba delante de la pantalla del ordenador.

—¿Qué estás haciendo?

Mitch se quedó helado al oír su voz. Había tardado más de lo necesario en cargar uno de los archivos en un disquete, simplemente porque no había querido creer lo que tenía delante de los ojos. Claire tenía un archivo solo dedicado a los afrodisíacos en su ordenador, junto con sus países de origen y unos cuantos nombres que no reconoció.

Apagó la pantalla del ordenador y se volvió hacia ella.

—Jugando al solitario —improvisó—. Pero me canso de jugar solo.

Ella abrió los ojos como platos cuando Mitch se levantó y

avanzó hacia ella, un suave suspiro escapó a sus labios en el mismo momento en que él la tomaba entre sus brazos. Mitch se dijo que era para distraerla, para que ella no descubriera que había estado cotilleando en sus archivos. Pero su cuerpo se negaba a aceptar ningún pensamiento racional. Mientras inclinaba la cabeza para atrapar entre los suyos sus labios dulces, Mitch se dio cuenta de que ardía en deseos por ella. En realidad llevaba toda la noche queriendo besarla.

Un suave gemido le brotó de lo más hondo de su pecho al sentir cómo el cuerpo suave de Claire se aplastaba contra su cuerpo. Entonces le deslizó las manos por la espalda desnuda, y mientras ella le daba un masaje con movimientos circulares, él la besó más apasionadamente. Entonces Claire le agarró de los hombros al tiempo que separaba los labios para dejar que la lengua de Mitch acariciara los pliegues sedosos de su boca.

Mitch volvió a besarla antes de que ella le pidiera que lo dejara, antes de que él se dijera a sí mismo de nuevo que aquello era una estupidez, que alguien debía de haberle puesto un afrodisíaco en la cena. Eso explicaría por qué el corazón le latía tan deprisa y por qué solo podía pensar en acariciar a Claire por todas partes. Y totalmente desnuda.

Mitch hundió los dedos entre los largos y sedosos cabellos de Claire antes de encontrar la cremallera en la espalda del vestido. Mitch se la bajó al tiempo que Claire interpretaba una danza erótica con la lengua. Cuando por fin terminó de bajar la cremallera, Mitch le retiró las mangas de los hombros y la prenda resbaló hasta las caderas. Levantó la cabeza y fijó su mirada en aquellos grandes ojos marrones, brillantes ya de deseo.

Entonces se inclinó a besarle un pecho terso y pálido, justo a la altura del borde del sujetador de encaje negro. Claire enredó sus dedos entre los cabellos de Mitch, animándolo a que se tomara su tiempo. Y él no se hizo de rogar.

Pasados unos momentos Claire le tomó de la mano y le condujo al sofá, donde los dos se hundieron sobre los suaves almohadones de plumón que Claire había colocado allí. Mitch se tumbó primero y colocó a Claire encima de él para deleitarse con el peso de su cuerpo, que le apretaba las carnes palpitantes de deseo mientras él la besaba sin parar.

Le metió las manos por debajo del dobladillo del vestido y las deslizó hacia arriba para acariciarle la cara interna de los muslos. Cuando se topó con sus braguitas de seda, ella levantó la cabeza y cerró los ojos mientras suspiraba suavemente.

Mitch se movió ligeramente para que el taparrabos quedara pegado a las braguitas de Claire, para que el cuero se deslizara

sobre la suave seda de su prenda íntima.

Claire empezó a gemir, presa de aquellas sensaciones tan dulces provocadas por el roce de sus cuerpos. Y Mitch también empezó a gemir, sintiendo que el control se le escapaba poco a poco. Le encantaba observarla. Disfrutaba viendo cómo separaba los labios al tiempo que flexionaba las caderas sobre él, como si estuviera montada en una ola de puro placer.

—Ah, sí… —gimió mientras él buscaba con sus dedos ágiles el punto más sensible de su cuerpo.

Entonces Claire aguantó la respiración y arqueó la espalda, y Mitch vio la expresión de éxtasis en sus facciones antes de que se derrumbara sobre él.

Se quedó muy quieto, con los músculos tensos de tanto resistirse al ansia de embestirla, de restregar su cuerpo contra ella. Su intención solo había sido la de distraerla. ¿En qué momento había perdido el control?

El cuerpo le palpitaba, pidiéndole más, pero sabía que no podía permitir que aquello siguiera adelante. Sobre todo porque el disquete estaba aún dentro de la disquetera de su ordenador.

Entonces Claire lo besó mientras su mano avanzaba sin tregua hasta colarse debajo de la faldriquera del taparrabos, y Mitch perdió el poco dominio de sí mismo que le quedaba.

La mano menuda y suave de Claire le agarró el miembro con determinación, y Mitch gimió al experimentar una sensación tan exquisita.

Claire le bajó el tanga de cuero mientras ella también se abría para recibirlo. Mitch dobló la cabeza para atraparle un pezón en la boca, que lamió con delicadeza mientras ella seguía acariciándolo. Cuando había llegado casi al punto en el que no podría volver atrás, Claire estiró el brazo y abrió el cajón de la mesilla de noche, de donde sacó un preservativo.

Mientras ella lo desenrollaba despacio sobre su miembro erecto, Mitch pensó que no llegaría a completar el acto, que se perdería antes de tiempo. Entonces Claire se tumbó sobre el sofá v estiró los brazos hacia él.

Mitch se hundió en su cuerpo suave y caliente mientras Claire alzaba las caderas para recibirlo.

Al ver que Claire lo miraba con sus grandes ojos marrones llenos de deseo, Mitch se estremeció. Pero lo que más le gustó fue que también vio en ellos confianza.

—Claire —suspiró mientras se hundía en ella una y otra vez.

Las sensaciones lo empujaban hacia el abismo, pero Mitch se retiró, deseoso de que aquel momento perfecto no terminara jamás.

Le encantaba ver el aleteo suave de sus párpados v el modo en

que su cabeza se abandonaba hacia atrás mientras buscaba el éxtasis que el cuerpo de Mitch le prometía.

Mitch le susurró palabras dulces y apasionadas al oído mientras le hacía el amor. Mitch, que siempre había pensado que hablar con una mujer era una pérdida de tiempo, de pronto parecía no poder parar. Le dijo lo mucho que la deseaba, lo dulce que era su cuerpo, lo mucho que deseaba hacerlo muy despacio con ella.

—No —gritó, al tiempo que aumentaba el ritmo entre ellos, hasta que Mitch no pudo continuar pensando.

Él alcanzó el clímax a los pocos segundos de Claire, y las sucesivas oleadas de placer lo invadieron mientras ella le agarraba con fuerza de los hombros. Mitch la abrazó hasta que su respiración se calmó, entonces rodó hasta colocarse de lado, sin soltar a Claire.

—Creo que has debido de ponerme algo en la comida —se burló, aunque en el fondo de su corazón sabia la verdad—. No recuerdo haber sentido nada igual en mi vida.

—Yo tampoco —susurró Claire, llena de satisfacción.

Mitch se quedó despierto mucho tiempo, abrazado a Claire mientras ella se quedaba dormida. Una vez disminuida momentáneamente la pasión, Mitch recordó el disquete que estaba en la disquetera del ordenador de Claire. Finalmente tenía lo que había buscado desde el principio: unas pruebas que la implicarían en el caso. Lo cual solo dificultaba su siguiente movimiento. Si mostraba a Elaine la información del disquete, la consideraría suficiente para demostrar la culpabilidad de Claire.

Y él no podía dejar que eso ocurriese.

Se inclinó hacia delante para darle un beso en la cabeza. A pesar de todos sus buenos propósitos, había dejado que una mujer volviera a distraerlo. Solo que esa vez era mucho peor.

Porque también se había enamorado de ella.

A la mañana siguiente Claire se despertó entre los brazos fuertes de Mitch. Habían abierto la cama del sofá en algún momento de la noche, y en las horas siguientes habían agotado las provisiones de preservativos.

Claire se acurrucó junto a él, disfrutando del calor de su cuerpo y de su aroma masculino.

—Buenos días —murmuró en tono adormilado.

—Buenos no le hace justicia —contestó, levantando la cabeza para mirarlo—. Yo más bien diría maravillosos, fantásticos, increíbles.

El le dio un beso en la punta de la nariz.

—Qué extraño. Esas son las mismas palabras que yo utilizaría

para describirte a ti.

Claire se acurrucó más entre sus brazos.

—Quedémonos en la cama todo el día.

—Buena idea. Podemos ver películas en el vídeo. ¿Crees que Franco nos prestará *El Mago de Oz*?

—Seguro que sí —contestó mientras le acariciaba el pecho—. El único problema es que uno de los dos tendrá que levantarse de la cama para pedírselo.

—Olvídalo —dijo Mitch mientras se colocaba encima de ella, entonces se quedó mirando la pared con expresión horrorizada—. ¿Qué día es hoy?

Ella estiró el cuello y vio que Mitch tenía la vista fija en el calendario.

—Jueves, dos de julio, creo. ¿Por qué?

Mitch gimió y agachó la cabeza.

—Porque le prometí a la señora Cudahy que iría a ayudarla a mudarse. El camión llegará a las diez de la mañana. ¿Qué hora es ahora?

Claire miró el despertador de la mesilla.

—Las nueve y media.

Él le mordisqueó la oreja brevemente y se levantó de mala gana.

—No te muevas. Volveré dentro de seis horas.

Ella sonrió, con el corazón lleno de amor por aquel hombre que no olvidaba su promesa con su anciana vecina.

—No me moveré.

Mitch se sentó y agarró su ropa, que seguía en el suelo donde la había dejado la noche anterior.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Me encantaría —contestó—. Pero en realidad debería quedarme y trabajar un poco.

—De acuerdo. Traeré algo para cenar —dijo Mitch mientras se ponía la camiseta.

—Y yo me haré de una copia de *El Mago de Oz* para verla esta noche.

Mitch se inclinó hacia delante y le dio un beso en la boca, haciéndole maravillosas promesas con sus labios.

—Date prisa en volver —dijo Claire mientras Mitch salía por la puerta.

Entonces se estiró perezosamente sobre la cama, las sábanas de algodón aún estaban calientes donde había estado Mitch.

Claire cerró los ojos v recordó cada momento déla noche anterior.

Unos minutos después sonó su teléfono móvil, sacándola de un maravilloso estado de letargo. Estiró el brazo y tanteó con la mano

hasta que lo encontró.

—¿Diga?

—¿Claire?

Claire medio se sentó, mientras intentaba identificar aquella voz vagamente familiar.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Albert. Albert Ramírez.

—Ah, hola —no había sabido de él desde aquella desastrosa entrevista de la semana anterior, y Ramírez no había contestado a ninguna de sus llamadas—. ¿Cómo está señor Ramírez?

—Estoy bien, algo ocupado —se quedó en silencio unos segundos—. Recibí tu mensaje y estoy dispuesto a darte otra oportunidad de terminar la entrevista si aún estás interesada.

Claire se sentó en la cama y se puso las zapatillas.

—Estoy muy interesada. ¿A qué hora le viene bien?

—¿Qué te parece ahora mismo? —le sugirió Albert—. Podríamos quedar en el Café de Hal, en la calle Treinta y Dos. Mi tío es el dueño, así que tendremos una mesa segura.

—Eso me parece perfecto —dijo mientras se peinaba la melena con los dedos—. Déme veinte minutos.

—¿Piensas traerte a ese Malone?

—Mitch está ocupado esta mañana. Iré sola.

Claire se puso un par de pantalones cortos color caqui y una camisa azul a cuadros, después se cepilló el pelo con rapidez antes de hacerse una cola de caballo. Agarró su bolsa, se puso las sandalias y fue hacia la puerta. Cuando la abrió, se encontró a la señora Higgenbotham con Cleo.

—Justo a tiempo —dijo la señora Higgenbotham con intención de pasarle la correa de Cleo—. Cleo se está poniendo nerviosa.

Claire miró con desesperación al pequeño caniche.

—Oh, lo siento pero ahora no es un buen momento. Tengo una cita.

—También tenéis un contrato que dice que tú o tus compañeras de piso debéis pasear a mi perra.

—Tal vez Sam o A. J. puedan hacerlo —contestó, aunque no estaba segura de haberlas oído entrar la noche anterior—. La próxima vez la pasearé yo —dijo Claire camino al pasillo—. Se lo prometo.

La señora Higgenbotham seguía farfullando mientras se cerraban las puertas del ascensor.

Treinta minutos después, Claire llegó al café donde había quedado con Ramírez y lo localizó enseguida, sentado a una mesa.

—Siento llegar tarde —dijo mientras se sentaba frente a él.

—No pasa nada —dijo, y le señaló un plato que había delante de

ella con huevos, salchichas y bollos de pan—. Me he tomado la libertad de pedir el desayuno para los dos, con el fin de ahorrar tiempo.

—Gracias.

Mitch y ella habían saqueado el frigorífico a mitad de la noche, de modo que Claire no tenía demasiado apetito. Pero le dio un mordisco al bollo antes de sacar la hoja de la entrevista de su bolsa.

—¿Le importa que empecemos directamente?

—En absoluto —entonces le sonrió con los dientes llenos de huevo revuelto—. Hoy estás muy sexy.

Ella se aclaró la voz.

—Gracias.

Su expresión le hizo sentirse algo inquieta. Tal vez debería haberle pedido a Mitch que fuera, después de todo. Pero él ya se había comprometido con la señora Cudahy. Claire se centró en el formulario que tenía delante.

—Solo quedan unas cuantas preguntas, así que no deberíamos tardar demasiado.

—Me he tomado el día libre para estar contigo —le informó—. Tengo la esperanza de que podamos encontrar algo que hacer después.

—Señor Ramírez —dijo en tono afable pero firme—, eso no va a ocurrir. Como investigadora, debo mantener una relación estrictamente profesional con los sujetos de mi estudio.

—Ya veremos —dijo, y le guiñó un ojo mientras se metía otro tenedor en la boca.

Claire empezó con las preguntas que quedaban, pero lodo el tiempo estuvo pensando en Mitch.

¿Qué habría significado la noche pasada para él?¿Solo una aventura?

—¿Ya está? —preguntó Albert mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

Claire miró las respuestas que había anotado hasta la última pregunta.

—Eso parece. Gracias por su ayuda.

—Ha sido un placer —entonces miró su plato—. No has probado bocado.

—Lo sé —dijo con pesar—. La verdad es que no tengo hambre esta mañana.

—Al menos cómete las salchichas —la animó Albert—. Es mi tío el que prepara la mezcla.

—Pediré que me las envuelvan y las calentaré cuando llegue a casa —dijo, y llamó a la camarera.

A Albert no pareció hacerle mucha gracia, de modo que Claire

pagó la mitad de la cuenta, entonces agarró su bolso y la bolsa con las salchichas y salió del café.

—Claire —le dijo Albert, que salió detrás de ella—. Si cambias de opinión más tarde, ya sabes a lo que me refiero, llámame.

—De acuerdo —contestó Claire, sabiendo que era mucho más fácil decirle eso que intentar explicarle que nunca lo haría.

Porque era una profesional. Y porque estaba enamorada de Mitch.

La idea la sorprendió mientras caminaba de vuelta a su apartamento. En realidad más bien flotó de vuelta a su apartamento. Al entrar en el vestíbulo, vio a Franco que la miraba con fastidio.

—¿Pasa algo?

—Sí —dijo, alzando la barbilla—. Esa perra me ha arruinado el día.

Claire pestañeó al oír su lenguaje, pero entonces se dio cuenta de a quién se refería.

—¿Cleo?

—Por supuesto. Cuando estaba a punto de ponerme a tomar el sol, va y se orina en mi piscina.

—Oh, no —dijo Claire tapándose la boca para que Franco no viera su sonrisa.

—No tiene gracia —protestó Franco—. Tuve que tirar toda la piscina, y ahora la vieja Higgy se niega a pagar. Ella está enfadada contigo, también —dijo con cierta complacencia—. Porque hoy tuvo que sacar ella a la perra a pasear. Le oí decir algo de llamar a su abogado para romper el contrato.

Claire suspiró.

—¿Está en casa? Supongo que debería disculparme.

—Sí —contestó Franco—. Desgraciadamente.

Claire subió al sexto en el ascensor y fue directamente a casa de la señora Higgenbotham.

—Ah, eres tú —dijo la señora al ver a Claire a la puerta.

—Solo quería disculparme de nuevo por no haber podido sacar a Cleo esta mañana.

El ruido de una uñas sobre el parqué anunció la llegada de la perra.

Claire se metió la mano en el bolso y sacó las salchichas que le habían envuelto en el café.

—Así que le he traído un regalito —dijo, y dejó las dos salchichas tibias en el suelo.

Cleo se lanzó sobre ellas inmediatamente, y al poco el suelo estaba otra vez limpio.

—Parece que tu disculpa ha sido aceptada —dijo la señora

Higgenbotham con un resoplido—. Pero que no vuelva a ocurrir —añadió, y entonces cerró la puerta.

Claire suspiró aliviada mientras se daba la vuelta hacia su propio apartamento, contenta de haber evitado un posible desalojo.

Claro que tal vez no estaría tan mal lo del desalojo si pudiera mudarse a casa de Mitch. Solo de pensar en pasar todas las noches en la cama con él hizo que se estremeciera.

De momento, iría de una en una.

Capítulo Doce

Mitch ayudó a la señora Cudahy a cargar todos los muebles en el camión que su hijo había alquilado para el transporte. Le llevó menos de seis horas, sobre todo por el ritmo al que trabajaba, animado por lo que le esperaba cuando terminara. Estaba deseando volver a ver a Claire, deseando poder abrazarla, demostrarse a sí mismo que aquello no había sido un bello sueño.

Esa tarde, acababa de salir de la ducha cuando sonó el timbre. Mitch se vistió, se secó la cabeza con una toalla y fue a abrir la puerta.

Elaine estaba al otro lado, apoyada sobre un par de muletas. Estaba algo más llenita que la última vez que la había visto y tenía las mejillas sonrosadas.

—¿Sabe Dwayne que estás subiendo escaleras? —dijo, pensando en las que había tenido que salvar para llegar a la puerta de entrada de su casa.

—Dwayne piensa que he ido a fisioterapia —entonces entrecerró los ojos—. ¿Por qué no me lo dijiste, Mitch?

Él sintió un dolor en el vientre. ¿Cómo podía haberse enterado ya de lo de Claire?

—¿Decirte el qué?

—No te hagas el tonto conmigo —le reprendió mientras entraba en su apartamento—. Te conozco mejor que a nadie. Así que dime desde hace cuánto que sabes que a lo mejor podría quedar atada a un escritorio para toda mi vida.

Él se pasó la mano por los cabellos húmedos.

—Desde el día del accidente.

Elaine asintió bruscamente, como si ya supiera la respuesta.

—Supongo que pensaste que lo hacías para protegerme.

—Pensé que los médicos tal vez se estuvieran equivocando —le aclaró Mitch—. Eres una investigadora de primera, Elaine. Y una luchadora. Sabía que si había alguien que pudiera superar una lesión como la tuya, ese alguien serías tú.

—Dime dónde estás en el caso —dijo, cambiando bruscamente de tema.

Sabía que eso significaba que estaba a punto de desmoronarse. A Elaine no le gustaba demostrar su lado débil delante de nadie.

—No creo que Claire Dellafield esté implicada, al menos no voluntariamente.

Ella lo miró con escepticismo.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

Pensó en el disquete, que seguía en la disquetera de Claire.

—Porque he llegado a conocerla bien en las últimas semanas. No es de esa clase de persona.

—¿Estás hablando tú, Mitch, u otra parte de tu anatomía?

—Créeme, si la conocieras te darías cuenta de que jamás sería capaz de perpetrar nada criminal.

—Supongo que pronto lo averiguaremos —dijo Elaine, avanzando despacio hacia la puerta.

—¿Qué quieres decir?

Volvió la cabeza.

—Hará una hora recibí una llamada de un sargento de la comisaría. Ha estado sacándome informes sobre el caso.

—¿Y bien?

—Y me dijo que acababan de llevar a Claire Dellafield.

Mitch sintió miedo por ella.

—¿Por qué?

—Posesión de sustancias ilegales.

Mitch la miró, incapaz de creer todo aquello.

—Eso es una ridiculez. Claire no es culpable de nada.

Excepto de haber conseguido que se enamorara de ella.

—Entonces será mejor que nos diga quién es —dijo Elaine—. O podría estar metida en un buen lío.

Mitch la siguió, deteniéndose solo un momento para agarrar una camisa y un par de zapatos. No podía dejar de pensar en el aspecto que Claire había tenido esa mañana en la cama. Tan cálida, tan amorosa.

Tan inocente.

Había llegado el momento de demostrarlo, costara lo que costara.

Claire se paseaba de un lado al otro del cuarto y se frotaba las muñecas distraídamente. Las esposas no le habían dejado ninguna marca, aunque no podría olvidar la humillación que había sentido cuando la habían sacado del edificio con las manos a la espalda. Franco casi se había caído de la hamaca.

Aún no podía creer que la hubieran arrestado. ¡Y por drogar a Cleo! De pronto la señora Higgenbotham había empezado a aporrearle la puerta diciendo que había intentado envenenar a Cleo, y al poco un par de policías uniformados habían llegado y la habían detenido.

La puerta se abrió y entró Mitch. Al verlo, Claire sintió un gran alivio y se echó a sus brazos.

—Me alegro tanto de que estés aquí.

—No pasa nada —le susurró al oído mientras la abrazaba con fuerza.

Ella echó la cabeza para atrás para mirarlo.

—Intenté llamarte.

—Creo que me quedé sin batería en el móvil —dijo, y maldijo entre dientes mientras paseaba la mirada por la pequeña celda.

Claire cerró los ojos. Tal vez A. J. hubiera encontrado el modo de contactar con él. Su compañera de piso había sido la segunda persona a la que había llamado. A. J. había estado en medio de un juicio, pero había aconsejado a Claire por teléfono con aquel tono tranquilizador y sereno.

—No te preocupes, y no digas nada —le había dicho A. J.—. Estaré ahí en cuanto pueda.

—Dime exactamente qué ha ocurrido —le preguntó Mitch, mirándola a los ojos.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad.

—Ni yo lo sé todavía. La señora Higgenbotham me acusó de envenenar a Cleo y al momento vino la policía y me detuvo.

—¿De envenenar a Cleo? —repitió Mitch con confusión—. Eso no tiene sentido.

—Lo sé. Lo único que hice fue darle unas salchichas que no me comí en el desayuno —dijo Claire, buscando alguna explicación razonable—. Tal vez le sentaron mal. Pero no entiendo por qué la policía me detiene por eso.

—¿Está… viva?

Ella asintió, recordando con claridad cómo Cleo se había tirado a la pierna de uno de los policías mientras la arrestaban.

—Viva sí que está, aunque se comporta de un modo muy extraño.

La puerta de la celda se abrió y entró una mujer rubia con muletas. Llevaba una placa de policía de plástico prendida en la solapa de la chaqueta y una gruesa carpeta en la mano.

Mitch la miró con el ceño fruncido.

—Ahora no, Elaine.

¿Elaine? ¿Por qué Mitch llamaba a una poli por su nombre de pila?

—Lo siento, Mitch, pero esto no puede esperar más.

Elaine echó la carpeta sobre la mesa y se sentó con gesto cansado.

—Necesitamos que nos haga una declaración, señorita Dellafield. Ahora tenemos aquí mismo el informe del laboratorio del veterinario, así que no sirve de nada que nos diga que no tuvo nada que ver con el incidente.

—¿Que les diga? —Claire miró a Mitch y a Elaine, algo le olía mal—. No tengo idea de lo que estáis hablando.

Elaine miró a Mitch.

—¿Se lo has dicho?

—No —respondió con tirantez.

Elaine suspiró, entonces se volvió hacia Claire.

—Hemos estado investigando a Dick Vandalay por tráfico ilegal de sustancias afrodisíacas. Una de las cuales fue detectada en la sangre del caniche.

Claire miró a la mujer, intentando asimilar todo al mismo tiempo. Pero una sola palabra se quedó grabada en su mente.

—¿Hemos?

—¿Quieres decírselo tú, o lo hago yo? —Elaine le preguntó a Mitch.

—¿Decirme el qué? —preguntó Claire, cada vez más aprensiva.

Mitch dio un paso al frente.

—Creo que será mejor que te sientes, Claire.

Claire sintió que estaba a punto de marearse.

—Llevo trabajando un mes en La Jungla en misión secreta para averiguar pruebas que nos ayuden a encerrar a Vandalay.

Claire lo miró, no queriendo creerlo. Porque si lo hacía, todo lo demás que había ocurrido entre ellos habría sido una mentira.

Elaine dijo algo, peor Claire no la escuchó. Estaba con la vista fija en Mitch, esperando a que le dijera que aquello no era más que una broma. Un malentendido.

A medida que el silencio se prolongó entre ellos, Claire fue recordando uno a uno todos aquellos pequeños detalles que le habían señalado en dirección a la verdad.

Entonces pensó en la noche pasada, cuando lo había pillado delante del ordenador. Mitch le había hecho olvidar sus preguntas con una noche de pasión. ¿Porque querría ocultar algo?

—Claire, deja que te explique.

Pero ella se apartó de él, sacudiendo despacio la cabeza.

—Hay una posibilidad de que hagamos un trato —le dijo Elaine —. Pero eso significa que debe revelarnos todos los negocios que tiene con Vandalay, el nombre de sus fuentes de aprovisionamiento y los nombres de los mensajeros.

Claire aspiró hondo, sabiendo que allí había mucho más en juego que un corazón roto. Recordó el consejo de A. J. por teléfono.

—No diré una palabra hasta que no esté presente mi abogado.

Elaine se encogió de hombros, entonces agarró las muletas y se levantó de la silla. Ya junto a la puerta se dio la vuelta.

—¿Vienes, Mitch?

Él sacudió la cabeza y avanzó hacia Claire.

—Por favor, entiéndelo. Solo estaba haciendo mi trabajo.

Sus palabras fueron tan dañinas como un cuchillo afilado. Tomó una bocanada de aire, diciéndose a sí misma que podría sobrevivir.

—La verdad, querido, me importa un bledo.

Mitch esperó con impaciencia fuera de la celda mientras Claire hablaba con una de sus compañeras de piso. La abogada A. J. Potter ni siquiera lo había mirado al pasar junto a él en el pasillo haría cosa de una hora.

Se alegraba de que Claire tuviera una abogada de valía. Teniendo en cuenta las pruebas que había en contra de Claire, iba a necesitar ayuda.

Mitch cerró los ojos, sabiendo que jamás en la vida olvidaría la expresión de Claire. Una de decepción completa. Si pudiera encontrar el modo de hacerle entender, de conseguir que volviera a confiar en él.

Pero ni siquiera le había dejado volver a entrar en la celda con ella.

De pronto se abrió la puerta y Mitch se apartó de la pared, esperando verla. Pero A. J. impidió eso al cerrar la puerta con firmeza.

—Parece que has arrestado a la mujer equivocada, detective Malone.

—Yo no la he arrestado —dijo, aunque había hecho algo peor.

Le había mentido. Mientras le había hecho el amor.

—¿Cómo está?

—Acaban de detenerla, y encima ha descubierto que el hombre a quien ama ha estado utilizándola para recopilar información para una investigación policial. ¿Cómo te parece que puede estar?

«El hombre a quien ama…».

Mitch se agarró a esas palabras, incluso aunque el resto le estuviera haciendo pedazos.

—Tenemos que arreglar todo esto. Sé que es inocente.

—Bien, pues ya somos dos —dijo A. J.—. Ahora consigue una orden de registro para el piso de Albert Ramírez y tal vez podamos convencer a tu compañera y al resto de la policía de que Claire no tiene culpa siquiera de lo que le ha pasado a Cleo.

Mitch la miró sorprendido.

—¿Ramírez?

—Claire se encontró con él esta mañana en un café de la Treinta y Dos. Él le dijo que quería terminar la entrevista, pero cuando Claire llegó se encontró con que ya había pedido el desayuno. Huevos, bollos y salchichas.

Él apretó la mandíbula.

—¿Quieres decir que fue él quien mezcló alguna sustancia en esas salchichas?

A. J. se encogió de hombros.

—Lo que sé es lo que me contó Claire. Aparentemente estaba más interesado en ella que en contestar las preguntas. Y se enfadó cuando Claire dijo que no tenía hambre y no se comió el desayuno.

Ramírez. A Mitch le daba vueltas la cabeza solo de pensar en las implicaciones. ¿Habrían estado Elaine y él vigilando al tipo equivocado todo ese tiempo? Habían sospechado de Vandalay porque en su familia había conexiones con la mafia, pero Ramírez era cliente habitual de La Jungla. Y Mitch ya sabía que el tipo era un ladrón. Y un cretino.

—Maldita sea —murmuró—. Todo esto es culpa mía. Debería haberme dado cuenta antes.

—Estoy de acuerdo.

Tres horas después, Claire vio cómo se abría la puerta de la celda y que entraba A. J..

—La policía ha encontrado Viagra de contrabando y otras sustancias afrodisíacas ilegales en el apartamento de Ramírez —dijo sin más preámbulo—. Y un camarero del café vio a Ramírez espolvoreando algo sobre tu plato poco antes de llegar tú. De modo que ahora Albert Ramírez está arrestado y tú quedas libre.

Claire asintió, se sentía como atontada. Pero bajo ese aparente atontamiento bullía una rabia que amenazaba con salir en cualquier momento.

—Mitch insiste en hablar contigo —dijo A. J. mientras recogía su maletín del suelo—. Si prefieres evitarlo, conozco un camino para salir por la puerta de atrás.

Claire negó con la cabeza, lista para enfrentarse a él mientras le durara la rabia.

—Que pase.

Capítulo Trece

Claire se puso de pie y esperó a que Mitch cruzara la puerta. Pensó en el día en que se conocieron en aquel callejón detrás de La Jungla. Pensó en cómo su indiferencia hacia ella le había herido en su amor propio.

La falda había cambiado todo eso. Mitch la había besado la única vez que se la había puesto. Qué poco había sospechado ella entonces que su interés de ahí en adelante había tenido poco que ver con ella y mucho con aquel caso.

Mitch era policía.

Claire no paraba de repetírselo para sus adentros, intentando entender. Cada momento que habían pasado juntos había sido una farsa. ¿Entonces por qué cuando se abrió la puerta de la celda y entró Mitch, Claire sintió deseos de correr a abrazarlo?

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella asintió con brusquedad.

—¿Qué quieres?

Mitch dio un paso adelante.

—Quiero decirte que nunca fue mi intención hacerte daño. Que lo que pasó anoche… no tuvo nada que ver con esto.

Claire cerró los ojos un momento, recordando cómo Mitch le había hecho el amor. Entonces recordó que la noche anterior él le había preguntado si le había puesto un afrodisíaco en la comida.

—Anoche pensaste que te había puesto algo en la comida. ¿Es esa la razón por la que me hiciste el amor? ¿Porque te sentiste coaccionado?

—No —exclamó apasionadamente—. Quería hacer el amor contigo. Y sigo queriendo. Más que nada en el mundo.

—Solo dime una cosa —dijo por fin—. ¿Te pagan extra por trabajar de noche?

Él la miró muy molesto.

—Sé que merezco eso. Igual que sé que no tienes por qué confiar en mí.

—Fuiste muy bueno —reconoció, intentando distanciarse del dolor—. Todas esas cositas que hiciste para ganarte mi confianza. Como cuando me salvaste de ese atracador en Central Park. O esas cenas con la señora Cudahy —Claire levantó la vista y lo miró—. Supongo que era parte de la estrategia para acercarte a mí.

—No —respondió con tirantez—. Yo siempre creí en tu inocencia. Pero yo no era el único que tenía algo que decir en el

caso. Sencillamente tenía un trabajo que desempeñar.

—Y yo también —le contestó ella—. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que tu investigación podría poner fin a mi proyecto? ¿Tal vez a mi carrera? No hay muchos catedráticos con antecedentes policiales trabajando en las universidades.

—Se retiraron los cargos —contestó.

—Gracias a A. J. —aspiró hondo, haciendo un enorme esfuerzo por mantener la calma.

Le costara lo que le costara, no permitiría que él la viera llorar.

—Claire —empezó a decir, dando otro paso hacia ella, pero Claire alzó las manos y lo detuvo.

—¿Sabes lo peor? —le dijo en voz baja—. No sé quién eres en realidad. Todo lo que me constaste sobre tu abuela y tus amigos. Lo bien que lo pasamos juntos. ¿Fue real algo de eso?

Él se acercó y la agarró de los hombros, como si quisiera inculcarle así la verdad.

—Fue todo real, Claire. Te amo.

Claire habría dado cualquier cosa por escuchar esas palabras ocho horas atrás. En ese momento cayeron en el vacío que tenía donde antes había tenido un corazón. Al ver su expresión, él dejó caer las manos y retrocedió.

—He hablado con Vandalay hará unos minutos —dijo Claire con una tranquilidad que disimulaba el tumulto en su interior—. Piensa que yo te estaba ayudando a recopilar información sobre él y sus clientes. Me ordenó que no volviera a poner el pie en La Jungla en mi vida. Mi estudio está acabado.

—Maldita sea, Claire —se pasó las manos por la cabeza—. Tal vez si yo hablara con él…

—Olvídalo —respondió ella en tono seco—. Ni necesito tu ayuda, ni la quiero.

—¿Y ahora qué?

—Ahora volveré a Indiana, a intentar buscar el modo de no perder mi empleo.

—¿Y qué hay de nosotros? —le preguntó con tristeza—. ¡Maldita sea, Claire! No eches todo por la borda por culpa de un error. Sé que metí la pata. Dame otra oportunidad, por favor.

—¿Para qué? —le preguntó—. Tú no estás hecho para el matrimonio, ¿recuerdas? Además, la mayoría de tus relaciones duran menos de un mes, de modo que lo hemos hecho bien.

—Nunca he experimentado con nadie lo que he experimentado contigo.

—Lo sé —dijo con pesar—. Esta vez solo estabas haciendo tu trabajo.

Él tragó saliva.

—Te quiero, Claire.

Claire no podía soportarlo más. Su determinación empezaba a derrumbarse. Así que pasó delante de él y fue hacia la puerta.

—Adiós, Mitch.

—Claire —la llamó, y ella se detuvo a la puerta.

—¿Qué? —dijo tras una pausa.

—Nunca quise hacerte daño.

Ella asintió y se alejó de él y de sus pobres excusas. Había estado soñando, imaginando una vida junto a Mitch. Pero él tenía su sitio en Nueva York y ella en Indiana.

Claire pestañeó para no echarse a llorar mientras salía de la comisaría, recordándose a sí misma que Mitch jamás le había prometido nada. En realidad había sido lo contrario. Él se había tomado la relación paso a paso, mentira a mentira.

Solo que habían sido unas mentiras tan bellas.

Mitch se quedó sentado a la mesa de la celda, con la cara oculta entre las manos. Deseaba tanto correr detrás de Claire y convencerla de que su amor era real.

¿Pero por qué iba ella a creerlo?

Sobre todo cuando la prueba de su engaño seguía en la disquetera del ordenador de Claire. A. J. le había prometido deshacerse del disquete, aunque Mitch sabía que lo haría más por el bien de Claire que por el suyo.

La puerta se abrió y por un momento Mitch rezó para que fuera ella, pero cuando levantó la cabeza vio a Elaine cruzando la puerta con lentitud.

—¿Se ha ido ya? —le preguntó mientras tomaba asiento frente a él.

Mitch asintió, pues no podía hablar.

—Maldita sea, Mitch, metí la pata.

Él carraspeó.

—La metimos los dos.

Elaine sacudió la cabeza.

—Tú siempre dudaste, no estabas convencido de que Claire estuviera implicada en el caso. Pero yo tuve que seguir insistiendo. Tenía que vengarme del hombre que yo pensaba que había dado la orden para que me empujaran por esas escaleras —de repente se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Maldita sea, Mitch, por qué no estabas allí conmigo?

—Lo siento —dijo, pero las palabras no lo convencieron.

¿Por qué siempre tenía que defraudar a las mujeres que le importaban?

Ella negó con la cabeza mientras se enjugaba las lágrimas con rapidez.

—Yo soy la que lo siento. Jamás debería haber dicho eso. Y nunca debería haberme metido sola en aquel edificio. Quise demostrar que podía hacerlo sola.

Sabía el miedo que tenía Elaine de no poder volver a trabajar de investigadora.

—Yo debería haber estado ahí contigo.

—Los dos cometimos errores —reconoció—. Mi error fue echarte la culpa a ti. Y por ende, empujarte demasiado en este caso. Por mi culpa has perdido a Claire.

—La he perdido yo solo —dijo mientras le tomaba las manos a Elaine.

—Entonces ve por ella.

—Es demasiado tarde —Mitch aspiró hondo, listo para cambiar de tema—. ¿Entonces cómo sabes con seguridad que Vandalay no está relacionado con Ramírez?

—Ramírez acaba de confesarlo todo —le dijo Elaine—. Nos dio los nombres de sus correos y de su proveedor. Vandalay no está implicado en el caso.

Mitch suspiró aliviado.

—Bien.

—Dale un poco de tiempo —dijo Elaine en tono suave—. Tal vez reaccione.

Pero Mitch sabía que era demasiado tarde. Solo le quedaba averiguar cómo iba a pasar el resto de sus días sin Claire.

Tres semanas más tarde, Claire estaba sentada delante del ordenador, dándole los últimos toques a su proyecto de investigación. Después de que el estudio sobre La Jungla se fuera al traste, en lugar de volver a Penleigh, había decidido centrar toda su atención en el estudio sobre los afrodisíacos. Todo había ido de maravilla, y Claire había redactado el trabajo con rapidez e ideas fluidas. Cuando estaba terminándolo decidió que jamás había sentido nada así en su vida.

Era la primera vez que se sentía como una verdadera antropóloga.

Gracias a Kate Gannon, Claire había podido ponerse en contacto con todas las personas por las que había pasado la falda, y ellas le habían contado sus interesantes historias. Albert Ramírez también le había sido de utilidad, y en sucesivas visitas a la cárcel Albert le había ilustrado sobre el uso moderno y la distribución de afrodisíacos.

Mientras llevaba a cabo todo aquello, había intentado dejar de pensar en Mitch, pero de vez en cuando le resultaba imposible. Normalmente eso le pasaba de noche.

Finalmente satisfecha con el informe, Claire apretó el botón y guardó el documento.

—Espero no interrumpir —se oyó una voz a la puerta.

Claire se volvió y vio a Petra con una túnica de lentejuelas rojas hasta los pies.

—Caramba… ¿Qué estás celebrando?

—Mi exposición se inaugurará el próximo viernes —se dio la vuelta despacio—. ¿Te gusta de verdad?

—Es fabuloso —dijo con cierta envidia.

Petra siempre había vivido la vida a tope.

—Vas a venir, ¿verdad?

—Por supuesto —Claire apagó el ordenador—. Se lo he dicho también a Sam y a A. J., aunque no sé si tendrán ya planes.

—Y yo se lo dije a Mitch —añadió Petra.

Claire se puso tensa.

—¿De verdad?

—Tiene que estar allí —exclamó Petra—. Su escultura es la estrella de la exposición. Estoy deseando ver cuánto alcanzará en la subasta.

—¿Crees que… va a ir?

—No se ha comprometido —contestó Petra—. Y no me ha dicho ni palabra de ti. Creo que está muy dolido.

—¿Muy dolido? —Claire miró a su madrina sorprendida—. Él fue el que mintió, el que utilizó el romance para sacar información.

—Pero tú eres la que estás huyendo.

Claire miró a su querida amiga. ¡Petra estaba de parte de Mitch!

—Penleigh es mi hogar —dijo Claire con serenidad—. Afortunadamente, creo que gracias a este nuevo estudio lograré mantener mi empleo.

—El hogar de una persona es donde están sus seres queridos —Petra le tomó la mano—. Voy a decirte algo que tu padre me pidió que te revelara solo en caso de emergencia.

Claire jamás había visto a Petra tan seria.

—¿Qué te contó mi padre?

—Hace veinticinco años, Marcus llegó a Nueva York, un joven que quería revolucionar el mundo de la antropología. Pero lo que no esperó fue encontrar el amor también. Una mujer se fijó en el hombre, no en el profesional, una mujer que le inspiró pasión. Una mujer llamada Elizabeth.

Claire la miró con incredulidad.

—¿Entonces qué pasó?

Petra la miró con ternura.

—Pues que Elizabeth y Marcus tuvieron una niña. Una preciosa niña.

Claire sintió que la emoción la ensordecía de repente.

—¿Yo?

Petra asintió.

—Solo que él estuvo seguro de que el amor de su vida no encajaría en su mundo. Y ella tuvo la certeza de que él no encajaría en el de ella. Elizabeth no estaba preparada para criarte sola y planeó entregarte en adopción. Hasta que Marcus la convenció de que con él tú llevarías una vida buena. De que jamás te faltaría de nada.

¿Por qué su padre nunca le había contado la verdad?

—¿Entonces mi madre está aquí… en Nueva York?

Petra negó con la cabeza, sintiendo lástima de Claire.

—No. Cuando tu padre te dijo que había muerto, era verdad. Elizabeth murió en una accidente de barco cuanto tú tenías dos años.

—¿Entonces por qué no me dijo nunca que él era mi padre biológico?

Petra dejó de sonreír.

—Porque tu madre fue uno de los sujetos de su estudio en La Jungla.

A Claire se le fue el alma a los pies.

—Eso no puede ser cierto. Mi padre jamás habría arriesgado su investigación de ese modo.

—Pues lo es.

—Pero sigo teniendo los documentos de mi adopción.

—Fueron reales —continuó Petra—. Elizabeth se negó a anotar su nombre en la partida de nacimiento para protegerlo. Mira, alguien había corrido la voz de que el profesor Marcus Dellafield tenía planeado adoptar un bebé. Por esa razón su proyecto de investigación tuvo tanto éxito, a la gente le encanta las historias con tintes sentimentales.

—Pero la verdad habría arruinado su carrera profesional —dijo Claire en voz alta.

Petra asintió.

—Por esa razón Elizabeth sugirió hacer una adopción privada. ¿Porque, qué habrían conseguido si el público se hubiera enterado de su aventura amorosa? Por otra parte su estudio tuvo un efecto positivo, pues aumentaron las ayudas y donaciones para Penleigh.

Claire estaba aún recuperándose de la noticia bomba que Petra acababa de darle.

—¿Estaban enamorados?

—Era para haberlos visto —dijo Petra con nostalgia.

Claire la miró.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

—Porque quiero que tomes las decisiones que debas tomar con los ojos bien abiertos —le dio un apretón en la mano—. Marcus podría haberse quedado aquí. Incluso aunque Elizabeth no le hubiera prometido nada. Podría haberla elegido a ella en lugar de a su carrera. Podría haber elegido una vida repleta de pasión.

—¿Y tú tienes miedo de que yo esté siguiendo sus pasos?

Petra no dijo nada de momento.

—Tengo miedo de que continúes viviendo sin arriesgarte. Porque así no se vive, Claire.

Entonces Petra se levantó y salió de la habitación sin decir más.

Claire se la quedó mirando, envuelta en un sinfín de confusas emociones. Había tanto en juego, tanto que perder. Y las garantías no existían.

Sabía que tenía que tomar una decisión. Podría hibernar en la relativa seguridad del mundo académico de Penleigh sin volver a poner en peligro su corazón.

O podría subirse al carro de la vida y vivirla apasionadamente.

Claire sabía que si quería recuperar a Mitch tendría que utilizar todas sus armas de mujer. Así que el día de la exposición de Petra en la Galería Ledbetter se arregló con meticulosidad. Después de hacerse un tratamiento completo en el salón de belleza, con limpieza de cutis, manicura y pedicura incluidas, había estado en la peluquería. Incluso se había comprado un par de zapatos nuevos. Solo le faltaba una cosa. La falda.

Eran las seis y cincuenta y cinco minutos de la tarde y Claire se paseaba de un lado al otro del salón del apartamento, esperando a que A. J. le llevara la falda.

La casualidad había hecho que las tres hubieran necesitado la falda el mismo día.

Sam se la había puesto por la mañana, y después la había sustituido por la falsa de A. J. esa tarde. A. J. se había marchado alrededor de las cinco, pero le había prometido a Claire que se la llevaría antes de las siete. Solo que aún no había aparecido.

¿Se atrevería Claire a presentarse a la exposición sin la falda? ¿Arriesgarse a ganarse de nuevo a Mitch si esa ayuda?

Claro que, tal vez incluso no se presentara, sobre todo si había perdido interés por ella. Desde luego no se había molestado en llamarla o en visitarla desde aquel día en la comisaría de policía. Claire llevaba tres semanas sin verlo o saber nada de él. Ni una

palabra. Y aunque eso era exactamente lo que le había dicho que quería, le dolía. Un poco de atención habría sido agradable. Tal vez unas flores, o unos bombones. En su opinión, el arte de suplicar se estaba perdiendo.

Yeso la horrorizaba aún más. Tal vez Mitch no necesitara suplicarle porque ya estuviera con otra persona.

Claire dejó de pensar en cosas negativas y fue hacia su dormitorio. Con o sin la falda, tenía que ir a la galería y averiguar por sí misma si Mitch la seguía queriendo o no. Rebuscó en el ropero y encontró la falda de imitación que había comprado en Bloomingdales al principio de su estancia en Nueva York. Se la puso mientras rezaba para que Mitch al menos se dignara en aparecer.

Cuando salió al pasillo oyó el reloj dar las siete campanadas.

—¿Claire?

Corrió al salón, donde vio a A. J. bajándose la cremallera de la falda.

—¡Has venido!

—Siento llegar tarde. Hay un tráfico horrible —se la quitó y se la pasó a Claire—. Solo hay un problema. No sé si esta es la falda mágica.

—¿Qué quieres decir?

—Esta mañana había dos faldas en mi armario. La verdadera y la de imitación. Me pareció que esta brillaba más, pero no estoy segura.

—Vayamos a la habitación de Sam a compararlas. Allí hay más luz.

Delante de la ventana de la habitación de Sam, A. J. y Claire compararon las faldas.

—Esta parece como si brillara más —dijo Claire.

—Creo que tienes razón —concedió A. J.—. Esta debe de ser la auténtica.

Claire dejó la falda que llevaba sobre la cama de Sam y se puso la que le pasaba A. J..

—¿Qué aspecto tengo?

—Se ve que estás nerviosa —le contestó A. J. con sinceridad.

—Supongo que es mejor que estar horrorosa —dijo Claire y a los pocos segundos salió por la puerta.

Al llegar al vestíbulo, Franco le echó el alto.

—¿Por qué todo el mundo tiene tanta prisa hoy?

—Por favor, Franco —dijo, resistiéndose al deseo de darle un empujón—. Esta podría ser la noche más importante de mi vida.

—Lo sé —contestó—. Petra me lo contó —le puso las manos sobre los hombros con suavidad—. Ahora, quiero que respires hondo.

Ella hizo lo que le pedía y sintió que se relajaba un poquito.

—Eso está mejor —le dio un apretón en los hombros para infundirle ánimos—. Mira, pase lo que pase esta noche hay algo muy importante que quiero que recuerdes.

—¿El qué? —preguntó, y con el rabillo del ojo le echó un vistazo al reloj, que marcaba las siete y diez.

Franco sonrió.

—No hay nada como estar en casa.

Franco le encontró un taxi casi inmediatamente y Claire se sintió feliz de estar en camino.

Mientras se relajaba en el asiento trasero del taxi, pensó en lo que le había dicho Franco.

El corazón le decía sin lugar a dudas que su hogar estaba ya en aquella ciudad.

Junto al hombre que amaba.

Veinte minutos después salió del taxi, que la dejó frente a la Galería Ledbetter. La misma deliciosa sensación de poder que había sentido en La Jungla cuando se había puesto la falda aquella primera noche se apoderó de ella. Aquella debía de ser la auténtica, porque Claire se sintió invencible, bella, atrayente. Como si ningún hombre pudiera resistirse a sus encantos.

Pero solo había uno que la importaba.

Desgraciadamente, Mitch no estaba allí. Paseó la mirada por la gente que llenaba la galería, pero al rato empezó a perder la esperanza mientras contemplaba la posibilidad de que él no fuera a aparecer.

—¡Has venido! —Petra se lanzó a sus brazos—. Estás preciosa.

—Tú también —contestó Claire, empeñada en no aguarle la noche a Petra, a pesar de su propia decepción.

—¿No te parece maravilloso? —Petra bajó la voz—. Ha venido el alcalde y el crítico de la revista *Arte de Hoy* se ha vuelto loco con el desnudo de Malone. Quiere que la revista escriba un artículo sobre mí. ¿Te lo imaginas?

—Me alegro tanto por ti —dijo Claire de corazón.

—¿Dónde está Mitch? —preguntó Petra mientras miraba de un lado a otro.

Claire tragó saliva.

—No creo que esté aquí.

—Bueno, estoy segura de que llegará de un momento a otro —Petra tomó una copa de vino de la bandeja de un camarero que pasó junto a ellas—. No te preocupes.

Pero Claire no estaba tan segura. A lo mejor Mitch quería evitar volver a verla. A lo mejor ni siquiera la echaba de menos.

—Será mejor que vaya a atender a los demás invitados —dijo

Petra antes de beberse la copa de vino de un trago—. La subasta va a empezar enseguida.

Claire paseó por las salas de la galería, admirando las obras expuestas. Entonces llegó a donde estaba «El Malone». La estatua estaba colocada sobre una columna de mármol en el centro de una sala e iluminada por una foco.

Si no podía tener a Mitch, tal vez pudiera hacerse con aquella escultura de él. Un recordatorio único del verano más alucinante de su vida.

Solo había un problema. Gracias a lo caro que era vivir en Nueva York y al dineral que se había gastado ese día en el centro de belleza y demás, su cuenta bancaria estaba casi vacía. Sabía que los trabajos de Petra se cotizaban en cientos de dólares, a veces en miles. ¿Así que cómo iba a permitirse «El Malone»?

Claire se miró la mano y el anillo de esmeralda lanzó destellos de colores. Lo miró reflexivamente, sabiendo que había sido valorada en más de tres mil dólares. La persona que se lo había dicho había quedado tan impresionada por la extraña cualidad de la gema que había querido comprársela en aquel momento.

El golpe del martillo de madera contra el mármol la sacó de su ensimismamiento. La subasta estaba a punto de comenzar.

Mitch estaba en un rincón de la galería, tomándose una copa de vino. ¿Cuándo podría marcharse sin quedar grosero? Petra estaba muy ocupada entreteniendo a su círculo de admiradores, la mayoría hombres jóvenes.

Los demás invitados se dedicaban a admirar los desnudos de Petra, sobre todo «El Malone», gracias al cual Mitch tuvo que aguantar a más de una persona que lo mirara con interés.

Él no veía el parecido, la verdad, pero en realidad no tenía costumbre de mirar su cuerpo en el espejo.

Y la verdad era que se sentía algo incómodo por el hecho de que su anatomía estuviera a la vista de todos.

Porque solo quería que estuviera a la vista de una persona. Solo que ella no parecía estar allí. Mitch había ido esa noche para ver a Claire. Solo había pasado tres semanas sin verla, pero a él le parecía como si hubieran sido tres meses. Había agarrado el teléfono cientos de veces para llamarla, ¿pero qué decirle que no le hubiera dicho ya? Ella sabía dónde encontrarlo, y estaba claro que no estaba ya interesada en buscarlo.

Cuando Petra lo había llamado para invitarlo a la exposición, Mitch había medio esperado que fuera otro de sus no demasiado sutiles intentos de hacer de casamentera. Se habría vuelto a poner

el taparrabos si Claire se lo hubiera pedido.

En realidad, haría cualquier cosa por demostrarle su amor.

Petra golpeó la losa de mármol con el martillo de madera.

—Presten atención, todo el mundo. Ha llegado la hora de la subasta —esperó a que el público a su alrededor se acercara más a ella—. Como todos ustedes saben, he decidido vender «El Malone» al más alto postor y entregar los beneficios para obras de caridad.

Mitch se colocó detrás de un árbol decorativo. En cuanto empezara la subasta, él se largaría. Tal vez a casa a darse un maratón de películas de Humphrey Bogart.

Pero entonces alzó la vista y la vio. Claire estaba al lado de Petra, y tan guapa y sensual que Mitch se quedó pasmado. Llevaba puesta una camisa de seda color jade y una falda corta negra. ¿La falda? Mitch no lo sabía, pero tampoco le importaba. Lo único importante era que Claire estaba allí, que había ido esa noche.

—¿Podemos empezar la apuesta con quinientos dólares? —pidió Petra.

—Quinientos —dijo un caballero regordete que había junto a Claire.

A Mitch le sorprendió que el hombre pudiera prestarle atención a la subasta, o apostar siquiera, teniéndola tan cerca.

—Yo apuesto seiscientos —dijo una mujer mayor que se apoyaba en un bastón de ébano.

—Mil —gritó una voz por la parte de atrás de la sala.

La mujer mayor golpeó el suelo con su bastón.

—Mil quinientos.

Las apuestas para hacerse con «El Malone» aumentaron rápidamente, pero Mitch solo tenía ojos para Claire. Se deleitó mirándola, fijándose en cada detalle, en cada curva de su cuerpo, en cada peca de su piel. Y recordó lo bien que se había sentido entre sus brazos. Había sido un imbécil dejándola escapar la primera vez, pero no volvería a cometer el mismo error.

—Tenemos una apuesta de tres mil dólares —gritó Petra—. Tres mil a la una, tres mil a las dos…

—Tres mil veinte dólares y diecisiete centavos —dijo Claire en tono sereno.

Mitch se había colocado ya detrás de ella, y su apuesta hizo que el corazón le diera un vuelco. Tal vez tuviera aún una oportunidad con ella.

—¿Por qué gastarte tanto dinero en una escultura —le dijo mientras ella se daba la vuelta despacio—, cuando puedes tener la verdadera?

Petra se quedó boquiabierta y los asistentes se quedaron en silencio.

Claire se pasó la lengua por los labios.

—¿Y cuál es el precio?

Él avanzó hacia ella.

—El cuerpo es gratis. El corazón ya te lo entregué.

Mitch oyó varios suspiros femeninos y todos los invitados se volvieron a escuchar la respuesta de Claire.

La expresión de Claire se suavizó, y por un momento Mitch habría jurado ver el amor reflejado en su mirada. Pero tal vez fuera el hecho de no haberla visto en tantos días. Sintió la misma sensación mareante que la primera noche cuando habían hecho el amor. Una sensación que quería sentir cada día durante el resto de sus vidas. Pero no era la falda, sino la mujer que la llevaba.

—¿Y qué tengo que dar a cambio? —le susurró ella.

Todos se volvieron a mirarlo a él.

—Tu corazón. Tu confianza —aspiró hondo—. Sé que no soy merecedor de ninguna de las dos cosas. Pero lo seré, si quieres darme un poco de tiempo.

Ella avanzó hacia él y a Mitch casi se le paró el corazón.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Te parece razonable cincuenta años?

—¿Y setenta? —respondió ella, sonriendo ya—. Según los estudios los hombres aprenden muy despacio.

—De acuerdo, setenta —dijo mientras la estrechaba entre sus brazos—. Pero solo si puedo dirigir un estudio propio.

—¿Qué clase de estudio? —dijo mientras él inclinaba la cabeza para besarla.

—El de los hábitos de apareamiento humano entre dos personas enamoradas.

Ella le echó los brazos al cuello.

—Me ofrezco voluntaria para ser el único sujeto de tu investigación.

—Profesora, trato hecho —entonces empezó a besarla sin parar.

—¿Y qué pasa con «El Malone»? —preguntó alguien mientras Mitch y Claire se fundían el uno en brazos del otro.

—Apuesto diez mil dólares —dijo Petra—. Diez mil a la una, diez mil a las dos… Adjudicado —exclamó antes de golpear el pedazo de mármol con el martillo—. Será el regalo de bodas perfecto —dijo con lágrimas de felicidad en los ojos.

Epílogo

Claire, Sam y A. J. se quedaron mirando las tres faldas que habían colocado sobre el sofá. Su contrato cumplía al día siguiente, y habían decidido celebrarlo presentándose a sus respectivos novios. El novio de Sam, Josh, ya había llegado y estaba en la cocina abriendo una botella de vino. Mitch acababa de llamar a Claire para decirle que estaba de camino.

—Estas faldas me parecen idénticas —dijo Sam.

—Estoy casi segura de que la que llevé a la galería de arte era la auténtica —insistió Claire, y entonces frunció el ceño—. Pero ahora ya no estoy segura de cuál es.

Sonó el timbre de la puerta y Claire le abrió a Mitch. Le recibió con un beso y lo presentó a las demás.

—Llegas a tiempo de ayudarme a averiguar cuál de estas faldas es la auténtica —le dijo Claire.

—¿Qué importa? —preguntó A. J.—. Todas hemos encontrado el verdadero amor. Quedémonos cada una con una.

—Te diré por qué importa —dijo Mitch cuando Josh volvió de la cocina—. Porque he visto el efecto que esa falda causa en otros hombres, y no quiero que mi mujer atraiga a todos los varones del área metropolitana. Sobre todo porque está a punto de convertirse en una mujer rica y famosa.

A Claire se le ensanchó el corazón al ver la confianza que Mitch tenía en ella. Gracias a Petra, su estudio sobre los afrodisíacos se había dado a conocer a través de la prensa y estaba causando sensación.

—Estoy de acuerdo con Mitch —dijo Josh, mientras le pasaba a las mujeres sendas copas de vino.

—Tal vez deberíamos probarnos una falda cada una —sugirió Sam—. Y dejar que los chicos nos digan cuál es la verdadera.

—Eso me parece fácil —dijo A. J., que agarró las faldas y desapareció por la puerta del pasillo—. Vamos a cambiarnos.

—Ahora vengo —le dijo Claire a Mitch, pero él la siguió hasta el pasillo y la agarró cuando las demás entraban en la habitación de Sam.

—Solo quiero que sepas ahora mismo que no fue la falda lo que hizo que me enamorara de ti, Claire Dellafield. Fuiste tú sola.

Ella le echó los brazos al cuello.

—Bueno, tuve ayuda, la verdad. Petra, Franco, la señora Higgenbotham y Cleo.

—¿Quiere decir que tengo que invitarlos a la boda?

—No hasta que no sea oficial.

—De acuerdo —sacó un anillo de diamantes del bolsillo de la camisa—. Hagámoslo oficial.

Claire se quedó boquiabierta mientras Mitch le colocaba el anillo antiguo en el dedo.

—Este anillo era de mi abuela. Ella me pidió que se lo regalara a alguien especial.

—Es una auténtica preciosidad.

—Lo mismo que tú.

Entonces Mitch la estrechó entre sus brazos y la besó largamente, y Claire supo que de todos los lugares exóticos en los que había estado en el mundo, jamás olvidaría aquel apartamento del sexto piso del Willoughby.

Sam asomó la cabeza.

—¿Vienes, Claire?

Claire sonrió a Mitch.

—Tengo que ponerme una falda. ¿Me esperas?

—Te esperaré toda la vida si hace falta.

Fin

En el Deseo titulado Dulce y sensual podrás leer la historia de Sam Romano y A.J. Potter.